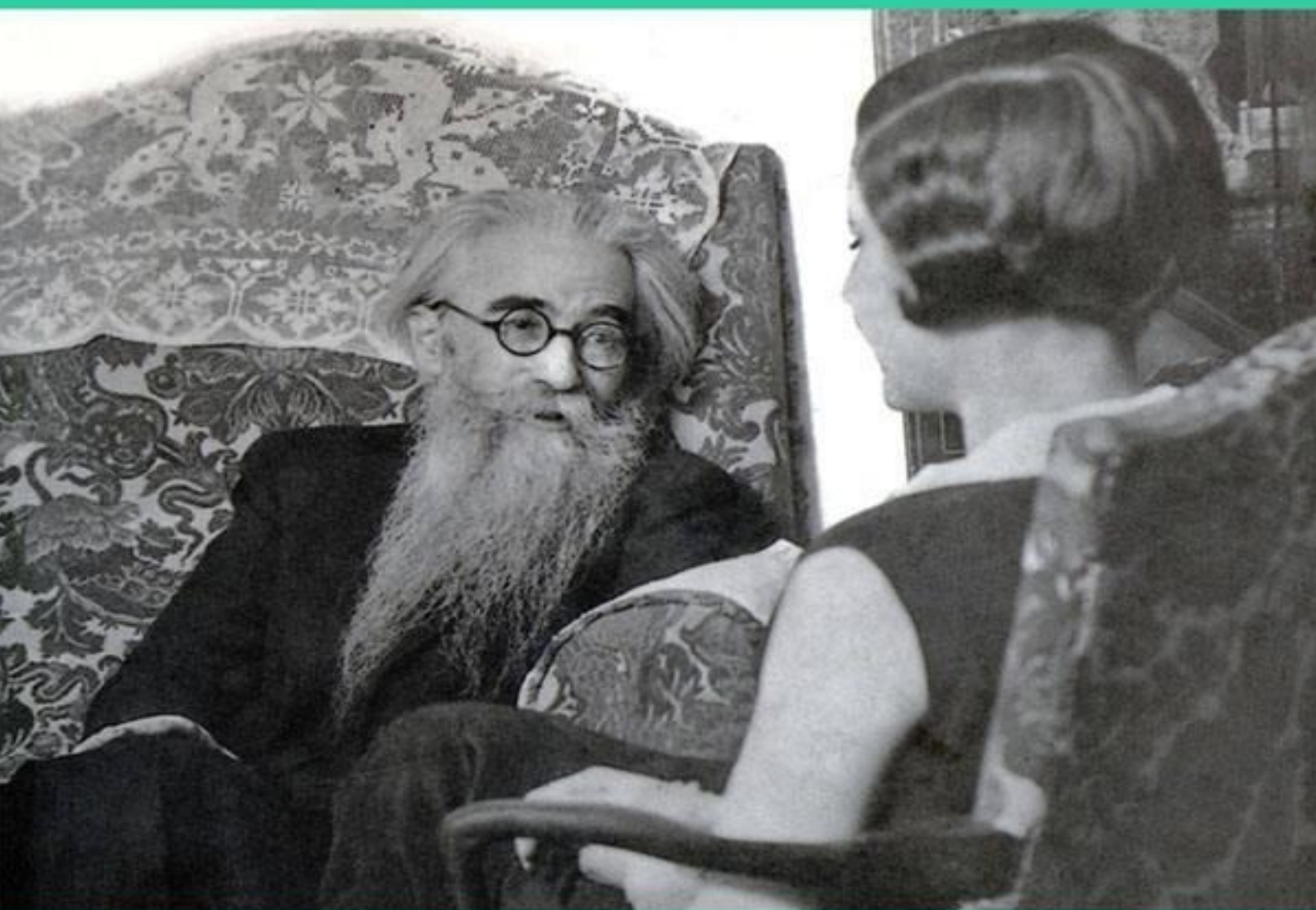


JOSEFINA CARABIAS



COMO YO LOS HE VISTO

Encuentros con Valle-Inclán, Unamuno, Baroja, Marañón,
Pastora Imperio, Ramiro de Maeztu y Juan Belmonte

Prólogo de Victoria Prego



Lectulandia

Pío Baroja cargando con su bandejita del almuerzo en el comedor de la Ciudad Universitaria de París, durante la guerra, Unamuno perorando contra las mujeres ilustradas en medio del fervor de sus aduladores ateneístas, el torero Juan Belmonte en su cama del sanatorio recuperándose... de una operación de hemorroides. La visión de Josefina Carabias de estos grandes personajes españoles de la primera mitad del siglo, que ella conoció, admiró y trató a lo largo de muchos años, es sin duda poco convencional, a menudo divertida y siempre reveladora, tanto de aspectos apenas divulgados de su carácter como de la época en que vivieron. El doctor Marañón, la bailaora Pastora Imperio, el mentor espiritual de la derecha Ramiro de Maeztu y don Ramón del Valle-Inclán completan esta interesante y amena galería personal en la que la autora estaba trabajando cuando murió, en septiembre de 1980.

Lectulandia

Josefina Carabias

Como yo los he visto

ePub r1.0

Titivillus 16.03.2018

Título original: *Como yo los he visto*

Josefina Carabias, 1999

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Reportero te dejo mi cadáver...

Así empezaban los versos que Valle-Inclán había decidido entregar a Josefina Carabias para que fuera ella quien los publicara el día de la muerte del escritor. No pudo ser. Pepita, paralizada por la emoción cuando oyó a Valle explicarle sus propósitos *post mortem*, olvidó pedirle la cuartilla y ésta parece haber desaparecido para siempre. Todo esto lo cuenta Carabias en *Crónicas de la República*, publicado por sus hijas en 1997, muchos años después de la muerte de su madre.

El lector no encontrará, pues, en este libro la historia de los versos perdidos de don Ramón pero sirve la anécdota para intuir el grado de confianza y de respeto que muchos de los grandes hombres que vivieron en la primera mitad de este siglo en España sintieron por Josefina Carabias. El hecho de que ella haya desarrollado con tanto éxito la mayor parte de su trabajo en un tiempo en que la presencia de mujeres en el mundo del periodismo, la política o la literatura fuera de una escasez extrema, otorga mayor interés si cabe a la persona de esta gran periodista que vuelve hoy en este libro a dar un recital de lo que este oficio nunca puede dejar de ser.

Como yo los he visto es un paseo por la memoria, que Josefina Carabias estaba a punto de terminar cuando murió, demasiado pronto, en 1980. Y en este paseo rescata para nosotros a seis personajes de su tiempo que han pasado a la Historia de España y sobre quienes ella posa una mirada distinta, aguda, certera, hospitalaria, sólida.

Lo que Pepita Carabias nos ofrece aquí no es un rosario de episodios más o menos curiosos sino una sucesión de retratos que nos descubren facetas inesperadas de seis hombres y una mujer que, de no haber sido observados por ella, conservarían para siempre una identidad algo mermada, mucho más fría, un poco muerta.

Pío Baroja, el personaje que constantemente se le cruza en el camino y que puede ser un referente de su vida, ocupa una parte importante de su recuerdo. Con rápidos e impagables trazos completa Carabias el viejo y tópico retrato del gran escritor, y nos da la oportunidad de atisbar a un Baroja optimista, reidor, divertido, afable, lleno de conformidad, asustado por la guerra y que confiesa miedo. Éstas son notas que la periodista seguramente nunca se atrevió a hacer públicas hasta pasados muchos años cuando ya su prestigio le permitió deshacerse de las limitaciones del oficio. Toda

entrevista ha de ser necesariamente escueta y ha de reflejar la realidad de la conversación, por eso siempre acaban quedando fuera las situaciones que no entran en el reportaje y que constituyen el verdadero privilegio del periodista: no tanto reproducir sus palabras cuanto tener la oportunidad de observar libremente al ser humano que las pronuncia.

Las muchas horas compartidas por la periodista con el escritor en muy variadas circunstancias le permite describirlo con hondura y con crudeza, al modo de una radiografía. Al final, Baroja aparece también como un hombre tiernísimo, tímido, necesitado del afecto femenino y que quizá permaneció soltero porque nunca se atrevió a arriesgarse a ser rechazado por carecer de una buena posición económica que, al decir de Baroja, y tenía razón, era lo que apreciaban entonces casi todas las féminas como la principal cualidad de un hombre.

Josefina Carabias posa su mirada deliberadamente amable sobre personajes tenidos como ásperos y en su llana descripción no admite la menor oposición a sus tesis. Ella no duda de lo que dice por la sencilla razón de que lo ha visto y lo ha vivido. No pretende teorizar al respecto, describe simplemente pero con total aplomo aquello de lo que ha sido testigo. Así los vio ella y si los vio así es porque así eran, al menos en parte, pero una parte tan cierta como las demás o quizá más cierta aún porque está observada desde la distancia más corta posible. En su recuerdo de Valle-Inclán dice, por ejemplo: «Caerle en gracia a don Ramón era una de las cosas más fáciles que podía haber en el mundo». Afirmación asombrosa, insólita, que muchos estarían deseosos de discutir si no estuviera formulada de ese modo inapelable, desmintiendo con total naturalidad todo lo que se ha dicho y escrito sobre el talante esquinado que solía acompañar a Valle-Inclán tan fielmente como su sombra. Pero no. Ella vio otras cosas y puede hacer esa afirmación porque la tiene fundamentada. Ella observa el mundo y las personas desde su propio prisma, valiosísimo, agudo, amable, brillante, flexible, obtenido por experiencia directa y que tiene por eso una fuerza irresistible. El retrato que hace de Valle-Inclán es divertido, implacable, tierno y totalmente verídico. La técnica de Carabias consiste en enhebrar los sucesos y sus observaciones sin orden cronológico ni temático, en una composición desigual que acaba produciendo, sin embargo, un cuadro completo del sujeto y de su ambiente. Ella no hace tesis, huye de los análisis, no busca conclusiones. Sólo relata, retrata, hilvana párrafos con la naturalidad de una estructura verbal y, con eso y su talento, Josefina Carabias consigue hacer revivir a sus personajes, les devuelve el aliento y el calor. Más que periodismo escrito, parece estar haciendo un documental de cine. O un reportaje de televisión. Un ejemplo de su asombrosa capacidad son estas frases de Pastora Imperio hablando de su madre La Mejorana, recogidas por Pepita con amoroso cuidado: «Era una gitana rubia como las candelas, tenía la piel blanca... iba a decir como el alabastro, pero no lo digo porque yo he visto el alabastro y... ¿cómo se va a comparar con mi madre? La piel de Rosario *La Mejorana* era algo así como un amasijo de jazmines, de azucenas, de seda de la buena y de rosas. Mire usted:

cuando mi madre bebía, el agua se le clareaba por la garganta». ¿Se han hecho ustedes idea de cómo era la gran Pastora Imperio? ¿No la están viendo hablar y mover los brazos? Pues éste es el gran servicio que nos hace Josefina Carabias: el devolver la vida para nosotros, sus lectores, a sus personajes que un día ella tuvo frente a sí.

Tampoco elude Josefina, sino que les hace sitio con total comodidad, los comentarios que podrían parecer frívolos pero que retratan una determinada realidad social del Madrid de la época. A propósito de la voz «opaca» de Marañón dice sin descomponerse: «Las voces opacas comenzaban justamente a ponerse de moda». Y tampoco le importa reproducir una afirmación de Marañón que no deja de ser por lo menos estrafalaria, totalmente ajena a la ponderación que siempre se atribuyó al gran médico: «El exceso de horas de sueño y la funesta costumbre de mojar pan en las salsas son las dos causas fundamentales que se oponen a que nuestro país dé más de sí».

No pierde nunca Josefina la veta periodística, que le sale cada poco en sus comentarios sobre sus personajes. Y se duele, de pasada como casi siempre, de las estúpidas pretensiones de «políticos de pega y actores de mala muerte» que le piden las galeradas de sus entrevistas cuando la gente de talla «tienen la delicadeza de fiarse de mí». Excelente su descripción de lo que es, de verdad, una entrevista. No es casi nunca, como puede parecer a los lectores, la transcripción de una cómoda conversación. En la mayoría de los casos, una entrevista es el resultado de un enorme trabajo por parte del periodista por lograr que el personaje diga algo original, o contundente, o inteligente o por lo menos sincero. Y tiene razón Josefina Carabias en su paladino reconocimiento de un hecho que casi siempre permanece oculto: sólo las entrevistas malas o regulares son resultado del esfuerzo del periodista, en todo caso compartido a medias entre el que pregunta y el que responde. Pero las buenas entrevistas, las excelentes, son inevitablemente obra del entrevistado. Cuando las respuestas son abundantes, distintas, brillantes, inesperadas, el periodista —rebotante de alivio y agradecimiento, no tiene que molestarse más que en transcribir literalmente lo escuchado. Del éxito de una buena entrevista se beneficia siempre el periodista— pero todos nosotros sabemos que se lo debemos al maravilloso interlocutor que ha tenido la amabilidad de dejarnos en tan buen lugar. Es muy de agradecer que una periodista de su talla tenga la honestidad de decirlo por escrito.

Pepita fue una mujer que en los comienzos de su carrera vivió y trabajó en un mundo de hombres. No explica en este libro sus dificultades ni los amargos tragos que haya podido pasar en aquel tiempo difícil y, cuando lo hace, se limita a una leve referencia: «Se me había metido en la cabeza que don Ramiro [de Maeztu] si alguna vez hablaba conmigo se apresuraría a mandarme a zurcir calcetines como ya habían hecho, bien infructuosamente por cierto, don Miguel de Unamuno o don Alejandro Lerroux, pese a que eran hombres de ideas aparentemente avanzadas». Ni un reproche ni el menor rencor ni un ápice de lamento o victimismo. La escena en la que

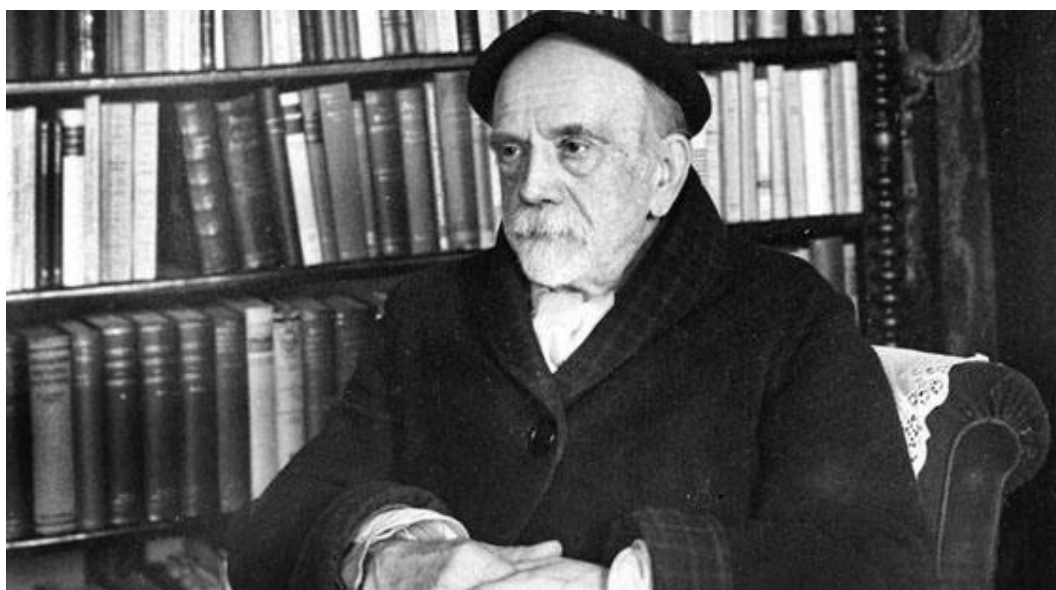
Unamuno la ridiculiza en público como mujer que es, la relata con toda precisión pero sin amargura. Incluso llega a establecer años después con el escritor una excelente relación y habla de él con verdadero afecto. Seguramente ella se sabe lo bastante fuerte como para no necesitar para sí la carga del rencor, que siempre ha sido el motor de memorables venganzas a pluma suelta.

La maestría con la que nos sitúa a sus personajes en su tiempo histórico, en su ambiente social y familiar no dejará de asombrar a quienes lean este libro. Sencillamente magistral, por ejemplo, la ubicación en el santoral pagano del pueblo español de la figura del torero Juan Belmonte. Precisas y frías como el corte de un bisturí, pero rotundamente emocionantes las frases con las que rememora la corrida de toros en Arenas de San Pedro, su pueblo, y la tristísima vuelta al ruedo de la famélica cuadrilla. Y patética la conversación en la que Juan Belmonte le confiesa su miedo cerval a los toros. Pero, para que el torero explique de esa manera humilde y valiente al mismo tiempo a una mujer que no es la suya que la razón por la que él se arrima tanto al toro —la clave de su gloria— es justamente para no verlo y poder ahuyentar así su miedo, Josefina Carabias tiene que haber hecho antes muchas otras cosas porque esas declaraciones, que parecen salidas con toda naturalidad de la boca del torero más grande de su tiempo, no son un logro fácil. Para recibir esa confesión hay que haber conquistado primero, y sin que lo parezca, todo el amplio terreno que separa siempre al que pregunta del que responde y haberse instalado ya en silencio, discretísimamente, en el espacio cercano, cálido y peligroso de la confianza. Al otro lado de la invisible frontera que siempre existe, crecen las confianzas. Pero también éstas hay que saber recogerlas sin avaricia porque el periodista con afán depredador puede acabar arrasando la cosecha. Todo esto, que ella sabía mejor que nadie y mejor que nadie manejaba, no aparece en las líneas que Pepita escribe, pero está detrás de todos y cada uno de sus trabajos, textos que parecen haber sido escritos tan sólo ayer. Mirada libre, audaz y acogedora. Técnica impecable, puro periodismo.

VICTORIA PREGO

Capítulo I

Pío Baroja^[1]



De don Pío Baroja se pueden contar muy pocas cosas nuevas. Ésa es la razón por la cual, aun habiéndole tratado durante años y habiendo publicado docenas de artículos y reportajes sobre él, no me haya decidido nunca a publicar un trabajo largo sobre el hombre a quien considero el primer novelista español contemporáneo.

Digo que es difícil, en primer lugar, porque él lo ha contado casi todo en sus memorias.

Muchas de las cosas que algunos cuentan sobre Baroja no son más que repeticiones de lo que él mismo ha contado. No quisiera yo hacer lo mismo. Así pues, voy a reducir este trabajo a aquellos momentos de su vida que pude observar de cerca, así como a las frases, ideas y conceptos que le oí expresar. Todo lo que sigue es, pues, de primera mano, y me hago la ilusión de que el lector encontrará alguna novedad acerca del original personaje sobre el que tanto se ha escrito ya.

Vi por primera vez de cerca a don Pío Baroja durante una noche, nefasta para muchos españoles, gloriosa para otros y, quiérase o no, memorable para todos: la del 14 de abril de 1931.

Antes, sólo le había apercibido de lejos en los alrededores de la Gran Vía que él solía recorrer en sus peregrinaciones por las librerías de viejo.

Desde la primera vez que lo divisé, le reconocí. Le admiraba desde los trece años, cuando leí la mitad de una novela suya, *La dama errante*. Digo la mitad porque cuando alguien se enteró de que la estaba leyendo, me fue arrebatada violentamente.

—Eso no se puede leer...

—¿Por qué? Si es muy sencillo —respondí ingenuamente; porque de veras me admiraba la llaneza de aquel libro que contrastaba con la rimbombancia de los demás, realmente escasos, con los que yo podía hacerme en Arenas de San Pedro.

—Pues no se puede leer porque es un escritor prohibido.

Hasta entonces, yo tenía la idea de que los libros prohibidos eran solamente las novelas verdes o pornográficas. Ésas sí circulaban en abundancia entre los señoritos de mi pueblo.

En la mitad que yo llevaba leída de *La dama errante* cuando me la quitaron, no había encontrado ningún motivo de prohibición. Se armó, sin embargo, un considerable revuelo y tuve que confesar que el libro lo había encontrado en casa de unas personas sumamente honorables. Nadie sabía cómo había ido a parar allí semejante cosa. Al fin se puso en claro que el motivo era que en la novela se describían paisajes de nuestra comarca. Don Pío, que había visitado la región y le había gustado, echó por allí a unos personajes que van huyendo tras el atentado del día de las bodas reales de Alfonso XIII.

Al venir a instalarme en Madrid para estudiar la carrera, leí todo lo que quise de Baroja en la biblioteca del Ateneo. Además, tuve la suerte de conocer allí a Ricardo Baroja, hermano del novelista.

Ricardo era uno de los hombres más simpáticos, más abiertos, más encantadores del mundo. Tan grandote, tan risueño, con aquella voz tonante y al mismo tiempo cordialísima, era de esos hombres que lo llenan todo con su presencia. Además le encantaba estar con los jóvenes y nosotros le correspondíamos.

Una de aquellas noches abrileñas, cuando Ricardo regresaba con nosotros ateneístas de un mitin republicano celebrado en no sé qué pueblo, el automóvil volcó. Ricardo se hirió en un ojo y desde el primer momento supo que lo había perdido. Esto, que para cualquiera habría sido espantoso, para un pintor lo era mucho más.

Aquella noche del 14 de abril, algunos amigos nos reunimos en casa de Ricardo —como habíamos hecho en ocasiones anteriores— para distraerle y contarle lo que pasaba en la calle, en vista de que él, aparte lo del ojo, se hallaba todavía maltrecho y no podía salir.

Como tantas veces se ha dicho, la familia Baroja vivía en un hotel particular de tres pisos en la calle de Mendizábal: Ricardo, con su esposa Carmen Monnet, en el piso bajo; Carmen Baroja, con su esposo el editor Rafael Caro Raggio y sus dos hijos —Julito y Pío—, en el piso principal; don Pío, con su madre doña Carmen Nessi, en el último.

Hasta entonces yo sólo había entrado en el piso de Ricardo, que me parecía muy suntuoso y confortable. Creo recordar que había una chimenea encendida pues, a pesar de que aquel día 14 de abril había hecho un tiempo espléndido, la noche estaba fresca.

Cuando más animada estaba la tertulia, se abrió lentamente la puerta y asomó don Pío. No se me olvidará nunca el gesto que hizo de volverse de espaldas para dejar otra vez cerrada aquella puerta que había abierto con tanto cuidado.

No pareció agradarle mucho ver allí a tanta gente y se limitó a decir que venía de dar una vuelta. Luego he sabido que había estado por Madrid en coche —a pesar de su afición a ir a pie— con su hermana, cuñado y sobrinos, y que el espectáculo que ofrecían aquella noche las calles de Madrid, abarrotadas de gente entusiasta y vociferante, no había suscitado en él grandes comentarios.

Los republicanos de la tertulia de su hermano Ricardo se quedaron un poco fríos ante el escaso entusiasmo del escritor por la nueva forma de gobierno recién instaurada en medio de un jolgorio popular, sin desmanes de ninguna clase; algo realmente sin precedentes en la historia de los cambios bruscos de gobierno.

Don Pío no quiso sentarse pretextando que era tarde y estaba cansado. Con un seco «¡Hasta mañana!» se despidió de los presentes. A mí no me chocó aquella falta de cordialidad porque siempre había oído decir que Baroja era un hombre hosco y más bien desagradable. Lo que sí me llamó la atención fue su voz, que no se correspondía con su figura. Era hermosa, como de barítono. ¡Cuántos de los oradores de aquella época en la que empezaba de nuevo a florecer la oratoria agitadora, la hubieran querido para sí!

Bastante tiempo después, cuando yo llevaba no sé si varios meses o más de un año colaborando en la revista *Estampa*, don Pío publicó una nueva novela y me pidieron que fuera a hacerle una entrevista con ese motivo.

Yo tenía miedo a que no me recibiera o a que se mostrase tan seco como decían que era, y confieso que subía las escaleras temblando.

Llamé tímidamente al timbre. Enseguida me abrió una sirvienta quien, ante mi gran sorpresa, no sólo no me interrogó sobre quién era y a qué iba sino que, como la cosa más natural del mundo, me dejó pasar y enseguida, dirigiéndose a una señora vieja que cruzaba en aquel momento por el fondo del vestíbulo dijo:

—Señora, ahí está una señorita que pregunta por el señorito Pío.

El hecho de que a Baroja le llamaran señorito en su casa, me hizo gracia y me pareció tranquilizante.

En efecto, don Pío salió inmediatamente. Sin ceremonia de ninguna clase me pasó al comedor donde la misma criada ponía en aquel momento la mesa con dos cubiertos. Cuando le dije que me había enviado Vicente Sánchez-Ocaña (subdirector de *Estampa* y amigo suyo) para que me dijese algo sobre la nueva novela, don Pío respondió:

—Ese libro es poca cosa. Yo estoy convencido de que el vigor intelectual que uno

haya podido tener está ya en plena decadencia.

Me dejó perpleja. Ninguno de los escritores o artistas que conocía —aún no eran muchos— se había expresado ante mí con tanta modesta sinceridad.

Don Pío Baroja tendría por entonces cincuenta y ocho años pero daba la impresión de ser más viejo. Después de charlar un rato, nos despedimos con indiferencia, como si nunca más nos fuéramos a ver. Si alguien me hubiera dicho en aquel momento que entre aquel señor que me parecía tan viejo y yo llegaría a entablarse una verdadera amistad, me habría asombrado. Es cierto que estuve cómoda con él y que me produjo buen efecto su sinceridad, pero encontraba que no era una persona a la que podía tratar con confianza.

El artículo que hice sobre él debió de gustarle, no porque me hubiese dado las gracias, como solían hacer otros más cumplidos, don Pío casi nunca hacía alusión a nada de lo que se escribía sobre él y menos en presencia del interesado, pero noté que cuando volví a verle algún tiempo después, en casa de su hermano Ricardo, me recordaba perfectamente y se dirigía a mí con cierta cordialidad.

Fui de nuevo a verle al día siguiente, después de la lectura de su discurso de ingreso en la Academia, para que me contara sus impresiones.

El frac, el famoso frac que fue tan comentado, estaba encima de una cama, listo para ser guardado entre bolas de alcanfor.

Siempre que en la revista *Estampa* o en el diario *La Voz*, en el que yo había ingresado ya como redactora en plantilla, surgía la oportunidad de hacerle algo a Baroja, yo me prestaba voluntaria.

Entre los muchos hombres ilustres que teníamos entonces en España, don Pío Baroja era el de más fácil aproximación. No es que las otras glorias de aquella especie de edad de oro literaria fueran inabordables, pero por unas cosas u otras, a veces costaba más trabajo dar con ellos.

Valle-Inclán, por ejemplo, era simpatiquísimo y además decía frases con las que siempre se podía hacer un buen reportaje, pero nunca estaba en casa. Cuando se quería dar con él, había que ponerse a buscarlo por los cafés y casi siempre daba la casualidad de que acababa de marcharse del que nosotros creíamos que podía encontrarse.

Don Jacinto Benavente era muy fino y se prestaba también con buena voluntad a la entrevista pero, cuando íbamos a su casa, o estaba en la cama o había salido a comprar el postre. Por las tardes se le podía encontrar en algún teatro pero, si íbamos al Español, acababa de marcharse de allí al Reina Victoria. Era amigo de todos los cómicos y los visitaba a menudo tuvieran o no obra en cartel.

Azorín no solía recibir y cuando recibía, era muy difícil sacarle una palabra del cuerpo.

A don Gregorio Marañón había que dejarle las preguntas por escrito porque o estaba ocupadísimo en el hospital o tenía la casa llena de clientes que rebosaban hasta la escalera.

Unamuno, además de ser hombre impresionante e intimidante para el periodista, siempre que hacía falta verle con urgencia resultaba que acababa de irse a Salamanca.

Don Pío Baroja, en cambio, era para el periodista lo que se dice un bizcocho. No sólo estaba siempre en su casa sino que recibía al instante —a veces era él mismo quien abría la puerta— y jamás dejaba de contestar una pregunta por indiscreta que fuese.

La última vez que estuve en su casa, en aquella primera etapa de mi trabajo y de mi acercamiento a él, fue uno o dos meses antes de que empezara la guerra de 1936. Lo encontré muy afanoso, metiendo libros en baúles, es decir, preparando el equipaje para marcharse a Vera del Bidasoa como hacían él y su madre todos los años, aunque ella había quedado enterrada en Vera el año anterior, antes de que el verano se echase encima. A pesar de que yo no le había visto en todo el invierno, no me atreví ni siquiera a mencionar aquella pérdida ni a darle el pésame. Don Pío era hombre pudoroso para sus sentimientos y comprendí que era preferible no hacer alusión al vacío que se notaba en aquella casa, donde siempre que yo había estado había visto a la buena señora junto a aquél a quien la criada seguía llamando el señorito. Preferí, pues, hablarle de la situación política.

—Sí, parece que todo anda muy revuelto. Madrid está desagradable. Yo apenas salgo —me respondió.

—En Vera, se va usted a encontrar mucho más tranquilo, ya verá. Lo que pase, porque no hay duda de que algo va a pasar, le pillaré lejos. Además, allí tienen ustedes la ventaja de que Francia está a un paso.

—Tiene usted razón. Eso siempre es una ventaja.

Efectivamente fue una ventaja. Contra lo que muchos habíamos pensado, la situación no se alteró solamente en Madrid sino en toda España.

El exilio en París

Don Pío Baroja, después de pasar una noche detenido por los requetés, fue puesto en libertad por un militar ilustrado, el duque de la Torre —descendiente, como su título indica, del general Serrano y también del general Martínez Campos— pero sintiéndose de todas maneras inseguro, resolvió aquella misma tarde pasar la raya de Francia.

En diciembre de aquel mismo año, encontré a don Pío de nuevo en el Colegio de España de la Ciudad Universitaria de París, donde también se había dado albergue a otros exiliados ilustres.

Tenía Baroja una habitación pequeña, de estudiante, con un mobiliario moderno

que no rimaba en absoluto con su estilo. Nos la enseñó como curiosidad, pero siempre que algunos amigos íbamos a verle, armábamos la tertulia en un rincón del salón de visitas o en la cafetería.

Le gustaba que le contáramos chismes y, como siempre, se reía cuando algo le hacía gracia porque, contra lo que se cree en general, don Pío era muy risueño, sobre todo en la intimidad, y se le podía provocar la risa con cualquier bobada. Sin embargo, en el fondo estaba bastante triste y sentía unos enormes deseos de volver a España, sobre todo a su casa de Vera.

—Cuando se sale tan deprisa como salí yo, siempre se tiene la impresión de que a uno se le ha olvidado algo y se desea volver cuanto antes. Además, yo salí pensando que aquel lío sería cuestión de unos días. Todo lo más, de un par de semanas...

Don Pío no sólo echaba de menos su casa sino a su familia, muy en especial a su sobrino Julio —él decía siempre Julito— al que nombraba a cada momento.

—Si uno tuviera aquí a alguien de casa... Voy a ver si hablo con el hijo de Zuloaga o con alguno de esos que tienen influencia en la zona de Franco, a ver si es posible que mi sobrino venga a pasar conmigo aunque sólo sea unos días.

Lo malo era que Julito estaba en edad militar y eso era precisamente lo que espantaba a don Pío aunque no lo dijese. Los deseos que tenía de ver al muchacho y de estar con él, con ser enormes, resultaban poca cosa comparados con el terror que le producía pensar que podrían llevárselo a la guerra.

En fin, por unas razones u otras, el tema del sobrino salía siempre a colación cuando hablábamos con don Pío. Se veía que le obsesionaba.

—Lo peor de todo lo que le ocurre a uno aquí es no disponer de un poco de dinero para comprar libros. Ayer vi irnos que me gustaría comprar para mandárselos a Julito.

En el Colegio de España no había comedor. Los que vivían allí, lo mismo que los de los colegios de otros países, tomaban sus comidas en la inmensa cafetería-autoservicio del pabellón Rockefeller, a donde también teníamos derecho a ir todos los universitarios, de cualquier nacionalidad, siempre que estuviéramos provistos de una tarjeta especial. Por las modestas cantidades de ocho, seis y hasta cuatro francos, se hacían comidas aceptables.

Aquello funcionaba totalmente a la americana: al entrar, tomábamos cada uno nuestra bandeja y con ella en la mano, formando fila india, llegábamos hasta el bufé en el que estaban las medias fuentes con los manjares y los precios. Unas señoritas muy monas nos servían los platos que les íbamos pidiendo, luego, colocábamos las bandejas ya llenas sobre una especie de raíles y, empujándolas, llegábamos hasta donde estaba la cajera quien, después de echar un vistazo al condumio, nos cobraba lo que valiera aquello. Entonces ya no había más que cargar con la bandeja de nuevo y buscar entre aquella cantidad de mesas ocupadas por estudiantes alguna que estuviese libre.

Ahora esa forma de comer resulta de lo más natural pero hace treinta y tantos

años, el espectáculo que ofrecían algunos hombres como don Pío Baroja, don Blas Cabrera, don Javier Zubiri, don Américo Castro y otros grandes intelectuales españoles, transportando su bandeja y buscando un rincón donde saborear las judías verdes o el huevo duro con mahonesa, me hizo un efecto atroz. Algo atroz tenía que estar ocurriendo en España para que pudiéramos ver una cosa así.

Sin embargo, a don Pío no parecía disgustarle aquella manera de vivir y creo que hasta le hacía gracia aquel comedor bullicioso, lleno de gente joven procedente de todos los países y en el que aparecían mezcladas todas las razas. De pronto saludaba de lejos muy sonriente a unas muchachas de aspecto exótico y tez oscura.

—Son unas chicas hindúes, amigas mías. ¡Muy simpáticas!

Por su parte, la multitud juvenil y cosmopolita, mostraba un aspecto afectuoso hacia el viejo señor de la *barbiche* que llevaba una boina en la cabeza.

El *sinsombrerismo* fue la primera forma de protesta juvenil en una Francia en la que llevar la cabeza descubierta, igual si se era hombre que mujer, resultaba tan incorrecto como pueda serlo ahora ir de visita en zapatillas. La gente joven ya estaba contra el convencionalismo del sombrero y cuando alguien aparecía cubierto o con el sombrero en la mano en cualquiera de las dependencias de la Ciudad Universitaria, los estudiantes, chicos y chicas, comenzaban a gritar «*chapeau!*» con gran algazara y mucha guasa.

La boina de don Pío era sin embargo respetada porque los chicos no veían en ella una marca de distinción o convencionalismo sino lo que era en realidad: una reminiscencia aldeana que afirmaba, además, el origen vasco del más grande de los escritores españoles contemporáneos.

Años más tarde, se veían ya muchas boinas en Francia. Los curas vascos habían sido los primeros en usarla, sustituyendo el sombrero de teja en los años difíciles, luego la adoptaron todos los curas en general y durante los años de la guerra —años muy fríos y con pocos medios para calentarse—, muchos empezaron a usar «*le béret basque*» como cubrecabeza cómodo y práctico. Sin embargo, en 1936, la boina de don Pío era la única.

A pesar de la prisa que tenían por regresar a su casa, se notaba que Baroja no se encontraba mal en aquel ambiente que significaba para su curiosidad de novelista un descubrimiento:

—Yo antes —me decía una tarde— no creía mucho en eso de la camaradería entre hombres y mujeres, pero aquí me he convencido de que, en efecto, algo de eso existe. Me parece bien. Creo que las mujeres jóvenes de ahora son mejores que las de mi juventud, aquéllas nos miraban con hostilidad a todos los hombres que no teníamos dinero. Casi todas las que yo traté en mi juventud sentían una especie de odio africano hacia los que no éramos eso que se llamaba un buen partido. Ahora es todo bien distinto...

A veces se quejaba del bullicio de los estudiantes.

—Siempre están protestando porque la comida les parece mala. Yo creo que lo

hacen porque están en la edad en que se protesta por todo. En cambio, a mí no me parece mal. La carne es algo dura pero por cinco francos nadie puede pedir que le den un buen filete, que cuesta cinco o seis en la tienda...

A mí me daba la impresión de que lo que le ocurría a don Pío era que tenía un poquitín de pelusa de aquellos estudiantes que alternaban tan libremente con sus compañeras.

—Si uno hubiera llevado en su juventud una vida así de alegre, tal vez no estaría tan fastidiado a la vejez —acabó por confesarme un día.

Al terminar de comer y después de haber dejado la bandeja vacía en su sitio, íbamos a sentarnos en alguno de los salones donde se tomaba el café. Baroja continuaba observando todo lo que ocurría a su alrededor. A veces se acercaban jóvenes turcas, indochinas o malayas —algunas de ellas estudiantes de español— a pedirle que les firmara un libro o simplemente que les pusiera unas líneas en su álbum de autógrafos. Baroja les atendía con su llaneza de buen señor de pueblo.

—Uno no comprende estas cosas... Yo creía que las señoritas que coleccionaban autógrafos habían pasado ya a la historia... Esta época nuestra está llena de contradicciones...

Tras reposar un rato la comida, don Pío salía a dar una vuelta por el parque de Montsouris —si hacía bueno— o tomaba un autobús y se iba a mirar los libros antiguos en los puestos de los muelles del Sena.

Entonces, estábamos todos muy pobres y por eso, nuestro principal tema de conversación era el dinero y los precios de las cosas.

—Como yo no he comprado en mi vida nada que no sean libros —decía de pronto don Pío— no tenía idea de lo caro que está todo. ¿Qué dirá usted que me pidieron el otro día por una camiseta?

Al oír cosas así, a mí me daban ataques de risa porque, entretanto, los estudiantes extranjeros que nos rodeaban y que por supuesto no entendían una palabra de español, miraban a don Pío pensando que estaba haciendo divagaciones filosóficas o exponiendo algún punto de vista personal sobre las nuevas tendencias literarias.

—Sí..., ¡la verdad es que estamos apañados! Sin un céntimo y sin tener idea de cuándo podremos volver a nuestras casas.

Luego, tras un rato de meditación, añadía:

—Sin embargo, hay españoles que se manejan bien en París. Yo no lo comprendo porque aquí tiene que resultar difícilísimo ganar dinero, sobre todo a los escritores, habiendo tantos de sobra en Francia. Pero, fíjese, la otra noche me convidó a cenar en su casa Corpus Barga y me quedé asombrado, sacaron a la mesa un trozo de carne que por lo menos les habría costado treinta francos.

—Pero, don Pío..., si aquí en casa de cualquier albañil se comen trozos de carne de ese precio y aun más caros.

—¡Naturalmente! ¿No ha visto usted en París a los vendedores de periódicos comiéndose un pollo los domingos junto a su quiosco?

Debo aclarar que en aquella época el pollo era todavía artículo gastronómico de lujo. Incluso en Francia, donde siempre se han comido muchos, el pollo resultaba caro y era para casi todos manjar dominical o de día de convite.

—Sí, se ve que aquí la gente en general vive bien, aunque todo ha cambiado mucho. Cuando yo vine a Francia por primera vez, a principios de siglo, una gallina costaba un franco, el oro circulaba todavía y la gente lo llevaba en el bolsillo como la cosa más natural.

Un día estábamos tomando café cuando asomó por el salón un joven muy rubio, de aspecto simpático. Don Pío le saludó con gran cordialidad. Parecía inglés.

—¡Quiá!... Es un catalán que ha logrado escapar de Barcelona. ¡Un gran tipo!... Se marcha uno de estos días a Suecia.

—¿Y qué va a hacer allí?

—Pues todavía no lo sabe. Pero ha averiguado que Suecia es el país donde hay menos españoles y... ¡allá se va! Está tan enfadado con todos los compatriotas por esto de la guerra que, según me ha dicho, lo que quiere es olvidarlo todo y vivir en un país donde no se pase miedo y donde las gentes no sientan rencor entre ellas. Se llama Rivalta, pero en Suecia se va a cambiar el nombre y a llamarse Rivalson. Como es tan rubio, imagina que podrá pasar fácilmente por nórdico. Cree que así podrá llegar a olvidar todo lo que ha visto y padecido en los últimos meses.

Día a día se iba viendo que don Pío estaba menos a gusto en París. Su escaso entusiasmo por lo que allí se llamaba «la legalidad republicana» o «la causa del pueblo» dio lugar a incidentes no sólo con la embajada sino con los intelectuales españoles e incluso con algunos de los estudiantes extranjeros, hostiles al movimiento que cada día parecía más cerca del triunfo.

Por otra parte, la nostalgia de su casa de Vera, en la que seguían viviendo su hermana Carmen con los chicos y su hermano Ricardo —el cuñado Caro Raggio quedó en Madrid, es decir, en zona republicana, aislado por completo de los suyos— se le hacía cada vez más intensa, más dulce y lacerante a la vez.

—Ahora que estamos solos y no nos oyen los entusiastas de la victoria del pueblo (siempre que el pueblo se arregle sin ellos, claro está), le diré que a mí la idea de vivir en la otra zona, tampoco me ilusiona mucho pero, en fin, parece que allí hay orden y algo de comer. Además, tengo mi casa y mi familia; con que me dejen vivir en paz junto a los míos... No pido más.

Martínez Baldrich, el dibujante, hijo del general Martínez Anido —a quien don Pío había conocido tengo idea que en casa de Marañón— le facilitó los papeles necesarios para que pudiera volver a España y marchar a Vera sin que nadie le molestase con interrogatorios ni depuraciones.

Creo que fue en el otoño de 1937 cuando don Pío desapareció de París y fue grande la sorpresa de todos al enterarnos, meses después, de que estaba de nuevo de vuelta en la Ciudad Universitaria. Se dijo que le habían expulsado. Fui enseguida a verle y le encontré mucho más contento que durante la primera etapa. Estaba también

más repuesto físicamente.

—¿Qué ha ocurrido, don Pío? ¿Por qué se ha vuelto? Por ahí dicen que ha tenido usted contratiempos.

—No es verdad. He vuelto porque se está mejor aquí. Además, yo que duermo siempre mal, allí dormía todavía peor. En cuanto me metía en la cama, empezaba a recordar todo lo que uno ha escrito contra los curas y en general contra todo lo que allí se exalta ahora, y sentía un miedo espantoso. Una noche, ya muy tarde, llamaron a la puerta. Eran unos requetés que andaban perdidos y, como vieron a través de las rendijas de las ventanas la luz de mi cuarto encendida, llamaron para que les dieran algo de cenar. Pero yo no pude menos de pensar que iban a detenerme.

Don Pío se tranquilizó en parte cuando vio que aquellos mozos no le conocían ni sabían siquiera quién era.

—Pero luego me volvió la preocupación porque mientras comían y entraban en calor, no dejaban de mirar los libros.

—¿Es usted el amo de la casa? —me preguntaron.

—Sí, yo soy...

—¡Caramba! ¿Y se ha leído usted todo esto? ¡Así se comprende que esté tan calvo!

Los mozos se fueron sin que pasara nada pero don Pío pensó que sustos como aquél se podría llevar muchos. Así, aprovechando que una de aquellas tardes fue a verle desde San Sebastián, Martínez Baldrich, don Pío se lanzó:

—Usted que me arregló el pasaporte para que me dejaran venir, ¿no podría hacer lo mismo para que yo pudiera volver a París?

—Sí, hombre, ¿por qué no? Nada más fácil...

No habían pasado dos días cuando recibió los papeles.

A las gentes con quien tenía menos confianza, don Pío les daba una versión también auténtica pero más simplificada.

—Me he convencido de que en París no se está tan mal. El invierno en Vera me resultaba un poco duro.

Mientras no se termine la guerra y podamos volver a nuestra casa de Madrid, ¡bien estoy aquí! Además quiero escribir al menos un par de novelas de este ambiente en el que vivo y que es tan nuevo para mí.

Una tarde en que don Pío estaba acatarrado hicimos la tertulia en su cuarto. Era —como dije antes— una habitación pequeña, dividida en dos por una cortina tras la cual se ocultaban el lavabo, las perchas y el armario. En el otro compartimento quedaba un diván que, de noche, hacía las veces de cama; tura mesita de trabajo junto al balcón, una estantería con libros y dos sillas. Todo muy nuevo, muy limpio, muy moderno. La tapicería era de tonos claros y en la pintura creo recordar que dominaba el azul claro y chillón. Don Pío, con su barbita y su boina se despegaba bastante de aquel decorado.

—Yo comprendo que esto está bien, muy higiénico pero a uno no le va. A uno le

gustaría tener su buena alfombra, su chimenea y sus libros viejos. Es difícil adaptarse a este ambiente pensado para muchachas yanquis y poetas vanguardistas. Claro que no teniendo dinero para vivir como a mí me gusta, mejor estoy aquí que en el cuarto triste de un hotel barato. Al menos tengo abajo una biblioteca para trabajar y un salón para recibir a las visitas de más cumplido.

No había terminado de decirlo cuando le avisaron de que unas damas colombianas o venezolanas, mezcla de poetisas y pedagogas, le esperaban. Don Pío seguía siendo el hombre sencillo y hasta cordial que no se negaba jamás a recibir ninguna visita y menos si era de señoras. Aquella tarde hubiera podido negarse sin cometer descortesía porque todo el mundo en el Colegio de España sabía que estaba indispuerto y que no había salido en todo el día de su habitación. Pero ni se le pasó por la imaginación.

—Habría que bajar a ver a esas señoras —dijo— porque ¡si vienen desde tan lejos, qué va a hacer uno...!

Pero, como antes tenía que aviarse un poco, bajamos los amigos por delante, a fin de entretener a las visitantes.

Eran tres señoras muy bien puestas, con pinta de gente rica, que hablaban con cierta afectación.

—Estamos muy emocionadas ante la idea de conocer al maestro —me dijo la más joven.

—¿Es cierto que se parece a Anatole France? —me preguntó la otra.

Por lo visto en Italia, de donde venían, habían saludado a D'Annunzio y a Benedetto Croce y se imaginaban que don Pío Baroja sería un señor tan aparatoso como los literatos italianos. No dejaban de mirar a la escalera pensando quizá que don Pío bajaría envuelto en una capa con embozos blancos.

Me creí en el deber de frenar la imaginación de aquellas damas:

—Les advierto a ustedes que don Pío es un señor muy corriente. En España teníamos hasta hace poco un escritor cuya estampa original hacía mucha impresión, don Ramón del Valle-Inclán, su conversación era chispeante y Brillantísima, pero don Pío es de otro estilo, un hombre sumamente sencillo al que le gusta más escuchar que hablar.

—Pero ¿no encuentra maravilloso que haya aceptado recibimos y más estando indispuerto?

Iba a decirles que aquello no tenía nada de particular porque don Pío recibía a todo el mundo, pero me contuve para no decepcionarlas.

Momentos después, hizo su aparición don Pío con su pelliza, su boina y sus botas de paño. Lo único que había hecho para acicalarse había sido cambiar la bufanda por otra más nueva y más clara.

Se sentó en la butaca junto a las dos señoras que estaban en el sofá. Ellas empezaron enseguida a lanzar frases delicadas con un acento de lo más meloso. Don Pío, hombre tímido, no sabía cómo corresponder a aquel derroche de almíbar. De

pronto dijo:

—¿De modo que ustedes vienen de América? Está bien. ¿Y qué hay por allí?

Las señoras entonces le dijeron que venían de hacer una gira por Europa y que se habían quedado con mucha tristeza al no poder visitar España.

—¡Ni se les ocurra! Aquello está imposible. ¡Ni nosotros sabemos cuándo podremos volver!

Las señoras intentaron animarle a que hiciera un viaje al continente americano de habla española, como estaban haciendo por entonces tantos intelectuales españoles de renombre.

—Ya verá... ¡Anímese! En nuestro país encontrará un ambiente cultural sumamente grato.

—No sé..., no sé... Parece que ya tiene uno los huesos algo duros para meterse ahora en la aventura de atravesar tanta agua.

Las señoras le interrogaron enseguida acerca de su vida en París.

—Pues por aquí anda uno... pasando como puede la galerna...

Enseguida explicó que vivía gracias a los dos artículos que escribía mensualmente para *La Nación* de Buenos Aires.

—Son mil francos al mes que me vienen muy bien porque, aunque aquí no me cobran nada por la habitación ni por la comida, siempre hace falta dinero. Uno es hombre de poco gasto, pero ya saben ustedes, de pronto hay necesidad de cortarse el pelo o de comprarse unos calcetines...

Creo que aquella salida de los calcetines —por milagro no dijo camiseta o calzoncillos— debió de hacer gran impresión en las poetisas. Poco después se despidieron.

Los días no se le hacían demasiado largos a Baroja en París. Además de escribir dos artículos para Buenos Aires, le salió luego otro mensual para *Hoy* de México. Llegó a reunir hasta 2800 francos, lo que le permitía ya comprar la mayor parte de los libros que se le antojaban para él o para mandar a su sobrino. Además paseaba y andaba metido en las dos novelas planeadas. Lo peor, lo más largo, eran las noches.

—Duelmo muy mal. No sé si la causa de estos insomnios será la edad o la guerra. Pero el caso es que las noches se me hacen larguísimas. Tengo que madrugar por fuerza. Me canso de estar en la cama sin dormir. También me canso de leer. Mejor dicho, se me cansan los ojos.

—¿No le gusta a usted el cine? Le distraería por las noches.

—Apenas me he enterado bien de lo que es eso. He ido contadas veces en mi vida. Pero... no. Creo que decididamente no me gusta.

—¿Y el teatro?

—Tampoco lo soporto.

—¿Los cafés...? En Montparnasse y en el Barrio Latino los hay que están animadísimos, llenos de tipos curiosos, de los que a usted le gusta observar.

—No. Eso tampoco me llama ya la atención. Cuando era joven iba de vez en

cuando porque entonces la vida española, sobre todo la vida literaria, se hacía en los cafés. Pero últimamente no los frecuentaba tampoco en Madrid. Fuera de esas diversiones no quedan en París más que los cabarés de Montmartre y... tampoco creo que eso se haya inventado para mí.

Otro día hablamos de las dos novelas. Una, titulada *Susana*, la tenía ya terminada; la otra, que pensaba titular *Las complicaciones sentimentales*, sólo la tenía empezada.

—La acción discurre aquí, en la Ciudad Universitaria de París. Quiero hacer algo sobre este ambiente estudiantil moderno que he descubierto. No sé lo que resultará. Voy a poner en movimiento cuatro parejas, dos acabarán bien y dos mal. Veremos lo que sale.

La verdad era que don Pío no parecía muy embalado con aquellos libros. Estaba convencido de que el vigor intelectual decae un poco más tarde que el físico, pero no hay quien lo repare tampoco.

—El escritor creo que da su máximo rendimiento entre los cuarenta y los cincuenta años. A partir de ese momento, todo es decadencia y muy pocas cosas nuevas quedan por decir...

Cuando estalló la guerra europea —en los primeros días de septiembre— don Pío abandonó la Ciudad Universitaria. Resultaba incómodo y hasta peligroso vivir a las afueras estando ya el funcionamiento de los transportes públicos sumamente alterado y la ciudad completamente a oscuras por la noche como precaución contra los bombardeos. Se instaló en una pensión de la rue Clément Marat, a poca distancia de donde yo vivía. Lo encontraba casi todas las mañanas tomando el aire en el parque Monceau a donde yo solía ir también para que tomara el aire mi hija recién nacida.

—También están allí de huéspedes —me dijo— unas señoras y señoritas españolas con las que tengo amistad. Ellas son las únicas que se ocupan un poco de mí. Porque... ¡lo que es las criadas...! Como uno es viejo y no está para galanteos ni en condiciones de dar buenas propinas, es igual que si no existiera. ¡Ni la cama me hacen, no le digo a usted más!

Don Pío, sin que pudiera adivinarse en qué se fundaba, era optimista en cuanto a la duración de la guerra. Partidario de los aliados, creía firmemente que éstos resolverían la situación con rapidez. A veces discutíamos:

—No le dé usted vueltas, don Pío. Esto va de cabeza. El día menos pensado nos encontramos a los alemanes en este parque echando miguitas a los patos y haciendo la rosca a las niñas.

Don Pío esbozaba una risita de conejo como tomando a broma lo que yo decía.

—¿No se da usted cuenta de que no tienen por donde atacar? La línea Maginot es inexpugnable. ¡Fíjese los meses que han pasado desde que se inició el estado de guerra y aquí no pasa nada! En cuanto los alemanes tomaron Polonia, comprendieron que tenían que pararse. En realidad no les queda sitio por donde atacar.

—¡Ya lo encontrarán!

—Yo creo que no. Además, estoy seguro de que éstos —al decir éstos señalaba a

algunos vejetes franceses que tomaban el sol de primavera, como nosotros— se defenderán bien si llega el caso, como la otra vez. Piense también que están los ingleses... Los yanquis vendrían también si hiciera falta...

—Pero, don Pío, ¿no se ha fijado usted en que aquí la moral de la retaguardia es desastrosa?

—Eso sí. Éste es un país que se ha relajado con la buena vida y que además está completamente dominado por el erotismo —concluía melancólicamente don Pío recordando a aquellas picaras criadas de su pensión que no le hacían la cama porque era viejo y que, en cambio, se pasaban la vida retozando por los pasillos con los huéspedes jóvenes, extranjeros en general, porque los franceses estaban todos movilizados.

Lo mismo don Pío que yo, intentamos aprovechar aquella escasez de mano de obra literaria a que había dado lugar la militarización para ganar algún dinero. Su familia ya había vuelto a Madrid pero atravesaba una difícil situación económica. No sólo no podían enviarle dinero sino que habrían necesitado que él les ayudase. Yo tenía también a mi marido en España, arreglando sus asuntos que tampoco se presentaban fáciles^[2], y no convenía que yo volviese con la niña hasta que me avisara de que las cosas estaban, al menos, en vías de arreglo.

Así, valiéndonos de las recomendaciones del doctor Marañón y de otros amigos que tenían alguna influencia, hicimos gestiones en la radio, que era donde nos habían dicho que hacía falta gente. Una mañana en el parque encontré a don Pío de bastante mal humor y, al darle cuenta de mis últimas peripecias en busca de trabajo, me dijo:

—¡No sé para qué se molesta usted! Éste es un país donde el hombre viejo y la mujer decente no tienen absolutamente nada que hacer.

Por supuesto, don Pío exageraba. Pero sí que había algo de verdad en su amarga frase. El ambiente intelectual —expresión con la cual, con mucha benevolencia, se designaba a los medios de la letra impresa y la radiodifusión— era mucho más frívolo que el que habíamos conocido en Madrid años antes de la guerra. Utilizando un esmoquin bien cortado, una mesa bien servida y una conversación chispeante se conseguía mucho más en el París de aquella época que con un buen currículum literario o periodístico. A las secretarías de los periódicos o de la radio —vestidas por Lelong y perfumadas por Guerlain— que eran las que nos recibían, no les cabía en la cabeza que aquel señor con aquella pinta tan rara fuese un gran escritor, ni que yo con mi abrigo *sport* de antes del 36 fuera una periodista. Las periodistas francesas de entonces —salvo excepciones— no se ponían dos veces el mismo sombrero. Cierto que desde que empezó la guerra lo elegante era ir de trapillo, pero un trapillo caro, que en general consistía en irnos soberbios pantalones *sport* y un bolso colgado en bandolera, moda que había quedado de los primeros días del conflicto cuando se llevaba colgada del hombro la careta contra los gases asfixiantes que, afortunadamente, no hubo necesidad de utilizar.

Por otra parte, los extranjeros le éramos por entonces más bien antipáticos a la

mayoría de los franceses. Francia había dejado de ser el país más acogedor para convertirse en el más xenófobo del mundo. Y, entre todos los extranjeros, los españoles éramos los peor mirados. En este sentido el cambio había sido increíble.

Al principio de la guerra de España, toda Francia se interesó por el conflicto y cada español que cayera por allí —bien fuera de un bando o del otro— encontraba simpatías y gente dispuesta a ayudarlo. Todo esto fue cambiando. Una vez empezada la guerra —la de ellos—, muchos franceses nos hacían responsables del conflicto mirándonos como una plaga maligna abatida sobre su país. Ya no había nacionales ni republicanos, todos éramos o fascistas o rojos, lo que venía a resultar lo mismo sobre todo después del «compongo» de Hitler con Stalin.

Cuando se produjo la ocupación por sorpresa de Noruega y Dinamarca, señal inequívoca de que lo que se llamaba sarcásticamente «*drôle de guerre*» (siete meses de hostilidades sin que los enemigos pudieran empezar a atacarse) iba a convertirse en guerra de verdad, don Pío Baroja comenzó a pensar seriamente en volver a España.

—No es que yo piense —decía— que los alemanes puedan acercarse a París...

—Pues... ¡Váyalo usted pensando...! —le decía yo.

Don Pío, al que siempre se tuvo por hombre pesimista, en aquella cuestión de la guerra era de un optimismo candoroso. Yo siempre he considerado optimista no a la persona alegre sino a aquella que está convencida de que va a ocurrir lo que ella desea que ocurra. Don Pío deseaba ardientemente que ganaran los aliados y, sobre ese punto, no se podía discutir con él. No admitía razones.

El día que nos enteramos de que las tropas inglesas y francesas, tras haber intentado vanamente luchar contra los alemanes en Noruega, se reembarcaban de nuevo dejando al enemigo libre el campo escandinavo, no vi a don Pío por la mañana en el parque Monceau. Pero, horas más tarde, me encontré con él en la oficina que tenía abierta *La Nación* de Buenos Aires en los Campos Elíseos.

Tanto él como yo habíamos ido allí en busca de las últimas noticias.

—Don Pío, esto se pone cada vez más feo. Los aliados se están reembarcando.

—Eso acabo de oír aquí. Pero no lo creo. ¡No es posible!

En aquel momento salió de su despacho el director de *La Nación* en París, Ortiz Echagüe, quien corroboró lo que yo decía:

—Es cierto, don Pío. Ahí, sobre mi mesa, tengo los últimos telegramas. No es que se vayan a reembarcar sino que ya están reembarcados y navegando.

—Pero, hombre... ¡Eso no puede ser!

Salimos los tres al balcón. Hacía un día espléndido de primavera. La gente iba y venía por la gran avenida, disfrutando del sol. No se notaba la menor preocupación ni en los rostros ni en la actitud de los viandantes y menos de los que abarrotaban las terrazas de los cafés.

—Indudablemente —consideró Baroja— este pueblo ha cambiado mucho. No parece el mismo. Cuando yo vine a París por primera vez al empezar el siglo, toda

esta gente vibraba como no se pueden ustedes imaginar a causa del *affaire* Dreyfus. Los grupos contrarios se atacaban en plena calle y se notaba en todas partes una agitación tremenda. No comprendo que la suerte de un solo judío les tuviera en aquel estado de excitación y que en cambio ahora, cuando está en juego no sólo la vida del país sino la suerte de todos los judíos del mundo, estén tan frescos. Sólo piensan en cortejar mujeres, en acaparar azúcar y en poner mantequilla en sal para que dure. ¡Si hubieran ustedes visto esta avenida de los Campos Elíseos en los momentos álgidos del *affaire* Dreyfus, no la reconocerían! ¡Aquello era tremendo!

Nos quedamos los tres un rato silenciosos mirando a las maniqués de una casa de modas de las inmediaciones que tomaban alegremente el aperitivo en la terraza del café de abajo rodeadas de militares. Las más guapas y elegantes estaban con los ingleses. De pronto don Pío volvió a hablar y dijo dirigiéndose a Ortiz Echagüe:

—Entonces... usted cree que yo debo marcharme a España cuanto antes mejor, ¿no es eso?

—Sí, don Pío. En el mejor de los casos, aquí nos esperan días difíciles. Los alemanes atacarán Francia, aunque no se sabe aún por dónde. Yo creo, como usted, que aquí no lograrán poner el pie. Pero, tienen una aviación que no es ninguna broma. Nos harán la vida imposible.

—¡Claro...! ¡Habrá que marcharse! —murmuró Baroja con pena.

Se veía que el recuerdo de su primera experiencia de repatriación, tres años antes, y su eterna inquietud de novelista y hombre curioso le empujaban a quedarse.

—Desde luego, si yo fuera joven como son ustedes, no me movería de aquí. Pero, a la edad que uno tiene, puede que sea más prudente retirarse a casa.

Nos despedimos y ya no volví a ver más a don Pío hasta años más tarde, en Madrid. Dos meses después de nuestra conversación, los alemanes uniformados se paseaban por aquella gran avenida de los Campos Elíseos cortejando también a las maniqués. Pasaron muchas cosas trágicas. Una de ellas fue que aquel Ortiz Echagüe, hombre elegante y triunfante al que tanto don Pío como yo envidiábamos por lo bien que vivía en París, se arrojó a la calle desde aquel balcón donde habíamos estado los tres asomados y se deshizo la cabeza. Nunca supimos la verdadera causa.

—Esto es lo que yo llamo un hombre con suerte —solía decir don Pío cuando hablábamos del director de la oficina de *Lo Nación*—. Fíjese, es un joven soltero, bien parecido, elegante... Tiene casa gratis en los Campos Elíseos porque vive en la misma oficina y un sueldo fantástico, que no sé en qué se lo gasta porque raro es el día que no come y cena invitado. Es hombre con éxito en la sociedad y entre las mujeres...

Decididamente, cada vida es un arcano y nunca debe uno pensar en lo bueno que sería poder cambiarse por otro... ¡por si acaso! Don Pío y yo habíamos pensado muchas veces en lo bien que nos iría metidos en el pellejo de aquel brillante periodista que nos parecía tan afortunado en todo.

De tertulia en casa de los Baroja

Dos o tres años después de aquel memorable abril de 1940, volví a ver a don Pío Baroja. Esta vez en Madrid. Ya no vivía en la calle de Mendizábal sino en un piso de una casa antigua de la calle de Ruiz de Alarcón. Tanto el barrio, lleno de verdor, próximo al Botánico y a la feria del libro viejo, como la casa vieja pero amplia, le iban muy bien.

—Nuestra antigua casa quedó completamente destruida por las bombas —me dijo — y entre los escombros quedaron muchos de mis libros e incluso los restos de las ediciones publicadas, porque allí tenía también mi cuñado los almacenes de su editorial. Ahora nos quieren comprar el solar y vamos a venderlo porque no tenemos dinero para emprender la reconstrucción.

Vivía entonces don Pío con su hermana Carmen, que se había quedado viuda hacía muy poco tiempo, y con los hijos de ésta, únicos sobrinos camales de Baroja, Julio y Pío. Ricardo, el hermano mayor, se había quedado a vivir en Vera con su esposa. Tras acomodarse a la pérdida del ojo, había vuelto a pintar. Tengo idea de que por entonces vino a Madrid durante irnos días para celebrar una exposición y de que estaba también en el piso de la calle de Ruiz de Alarcón la primera que yo fui allí después de la guerra.

Carmen me enseñó la casa «nueva», aunque en realidad era bastante antigua. La habían amueblado con enseres traídos de la Vera, cosas salvadas de la catástrofe y muchos libros de la calle de Mendizábal. Con todo ello y el buen gusto que era común a todos los miembros de la familia, habían conseguido una mansión entonada y agradable, muy barojiana, con gratos rincones donde conversar o leer.

Don Pío había reanudado sus costumbres de antes de la guerra. Salía mucho a pasear, frecuentaba las librerías, que ahora le quedaban más lejos, y la feria de libros viejos de la cuesta de Claudio Moyano que, en cambio, le quedaba mucho más cerca. Al atardecer, iban a verle sus amigos y hacían una tertulia.

Le pregunté que si escribía y en lugar de salirme, como antes, por el registro de la decadencia, me dijo que le estaba divirtiéndole bastante la elaboración de unos cuantos tomos de la obra que llevaría por título general *Desde la última vuelta del camino* que iban a empezar a publicarse enseguida.

—Pues sí..., se me ha ocurrido escribir unas memorias, precisamente ahora que ya no tengo memoria. Me he metido en esta tarea por inercia. ¿Qué iba a hacer? No está uno ya para ponerse a estudiar matemáticas o a planear negocios.

Encontré a don Pío un poco más envejecido que en París pero con buen aspecto. Se había instalado definitivamente en la ancianidad, y hasta creo que su físico de viejo resultaba más agradable que aquel otro de seudoviejo que por lo visto había tenido desde joven.

En el grupo de los amigos que iban a la tertulia, solía haber siempre alguna señora española o extranjera. Se hablaba allí, como por entonces en todas partes, de la guerra

mundial en curso más que de ninguna otra cosa.

Don Pío seguía siendo partidario de los aliados, como cuando estábamos en París, y le encantaba encontrarse ya en camino de que se cumplieran sus profecías de victoria. También le divertía que en Madrid algunos empezaran a volverse la chaqueta. En el Instituto Británico, adonde don Pío me dijo que solía ir los domingos, se notaba más que en ninguna otra parte el engrose paulatino de los amigos de Inglaterra que, dos años antes, sólo se podían contar con los dedos y... en secreto.

Además de memorias, don Pío estaba también a punto de publicar un libro de versos titulado *Canciones del suburbio*. Fue una gran sorpresa ya que nadie le creía inclinado hacia la poesía. Claro que era aquélla una poesía popular, de barrio, como indicaba el título. El libro tenía cosas que estaban muy bien y tenían mucha gracia aunque a muchos barojianos les indignase. En cambio a él se le notaba contento de haberlo escrito.

El estilo que podríamos llamar romance de ciego le atrajo siempre y era el que predominaba en su libro de poesía. Ya lo había ensayado hacía años en una especie de novelilla titulada *El horroroso crimen de Peñaranda del Campo* en el que se narran las fechorías de un bandido rural:

*Soy marchoso y jaranero,
me llaman Pedro García
y por apodo el Canelo.*

Este Canelo había matado a una joven llamada la Sinfo en circunstancias terroríficas:

*Metiéndole la navaja
por las vértebras del cuello
la desangra y descuartiza
con arte de carnicero
y hasta muerde de un pedazo
diciendo que sabe a cerdo.
De los pellejos al gato
el morcillo echa a los perros
y vende los entresijos
a un industrial choricero.*

Estos crímenes de cartelón de ciego llamaron siempre mucho la atención de don Pío quien los sacó a relucir en muchos de sus libros y en sus conversaciones.

Más de una vez le oí decir que el suceso que más le había impresionado en su vida fue el conocido por el crimen de Don Benito ocurrido en el pueblo extremeño

del mismo nombre. Un señorito rico de la comarca, con la complicidad de su criado y de un sereno logró entrar en casa de una joven a la que deseaba. Mató primero a la madre y luego, tras atropellar a la muchacha, la mató también.

Don Pío conservaba o se sabía de memoria el atroz romance que se difundió por España con aquel motivo.

—Aquellos bárbaros, después de haber matado a la madre, le decían a la muchacha, como para animarla a complacer al señorito:

«Entrégate, Inés María,
que tu madre ya murió».

Tanta impresión le causó a don Pío el crimen de Don Benito que incluso pensó en hacer un drama con aquel asunto:

—No sé por qué no lo hice. Es posible que luego me resultara demasiado terrible para ser representado.

Siempre le gustó a Baroja hablar con sus contertulios de sucesos acaecidos por los pueblos y de las cosas que había visto en su vida andariega. Las rivalidades regionales y locales le hicieron siempre mucha gracia. Varias veces le oí comentar una pancarta que vio una vez en una corrida de toros en la que los mozos riojanos habían escrito lo siguiente: «La afición de Haro saluda a todos los forasteros menos a los de Logroño».

Recuerdo cómo se rió un día que yo le conté algo que había oído al escritor y catedrático don Valentín Andrés Álvarez. Se refería a un chiflado asturiano admirado por su erudición y que explicaba la pasión deportiva en los siguientes términos:

—Eso del fútbol es una cosa que inventaron los de Gijón contra los de Oviedo.

Hacia 1946 comenzó a hablarse de que don Pío Baroja iba a ser propuesto para el Premio Nobel, no por la Academia Española sino por ciertas entidades culturales extranjeras. Con este motivo, fui a verle para hacerle una entrevista que me habían pedido desde Buenos Aires. Estuvo muy simpático con el fotógrafo Llompart y se prestó a posar muchas veces, incluso hicimos fotos de sus manos escribiendo. Entonces aún no se escribía nada o casi nada sobre don Pío en los periódicos españoles, no estaba bien visto. Aquéllas fueron, pues, las primeras buenas fotos para publicar que se hicieron de él después de la guerra.

A Baroja le agradaba, como es natural, que sonara su nombre como candidato a esa especie de lotería de los intelectuales, pero no se hacía demasiadas ilusiones.

—Ya verá usted cómo eso no resulta. Hace años, el escritor que había publicado en sueco varias novelas mías vino a hablarme de lo mismo y creo que también algún escritor francés ha hablado de eso. Pero todo se quedará, como siempre, en palabras.

—A sus amigos nos encantaría que le dieran a usted el Premio Nobel.

—Bueno, a mí tampoco me resultaría desagradable. Sería hipócrita decir lo contrario. No creo que haya ningún escritor que no desee una cosa así. No sólo por el dinero, eso a mi edad es ya lo de menos, sino por lo que supone de recompensa al esfuerzo de toda una vida. Pero en eso del Premio Nobel supongo yo que también

habrá mucho caciquismo, mucha política. Fíjese usted en que siempre suelen dárselo a países que por unas cosas u otras están de moda. Creo que ahora, después de ganar la guerra, los anglosajones son los que tienen más posibilidades.

—¿Usted sabe exactamente el dinero que eso representaría para usted?

—No... Según andan ahora los cambios de las monedas ¡cualquiera sabe!

—Pues veré. Al cambio actual, eso representa siete millones de pesetas.

Don Pío puso una cara rarísima, mezcla de regocijo y asombro. Luego, llamando la atención de su hermana que estaba al otro extremo de la sala haciendo no sé qué cosa, dijo con su voz potente:

—¿Has oído, Carmen...? ¡Siete millones!

Luego, volviéndose de nuevo hacia mí, añadió ya contenido en su anterior espontaneidad:

—Es difícil hacerse cargo de lo que podría representar una cantidad así en este país donde la mayoría vive ahora tan mal.

En efecto, estábamos atravesando unos años en los que hasta el pan había que comprarlo de segunda mano. En compensación, se encontraban sirvientes a setenta duros mensuales el par, por veinticinco pesetas se podía cenar en un restaurante decentito saboreando manjares que no era posible encontrar en el mercado, la butaca del teatro no costaba más de doce pesetas y para que el contador de aquellos taxis viejos y movidos por gasógeno marcasen más de un duro, había que andar bastante.

Los siete millones del Premio Nobel habrían representado para la familia Baroja una cifra astronómica. Miel sobre hojuelas.

Recuerdo también una especie de homenaje que se hizo por entonces a don Pío en el Instituto Británico. Pocas veces le había yo visto tan contento y tan rodeado de señoras como aquella tarde.

—¡Si las mujeres me hubieran hecho de joven tanto caso como me hacen ahora que soy viejo, mi vida habría sido diferente! —dijo medio en broma.

Después dijo, como para consolarse:

—Siempre me ha parecido que la vejez sin enfermedades no es tan mala cosa como parece.

En la primavera de 1948 vino a España el escritor inglés Somerset Maugham, que estaba entonces muy de moda porque su literatura nos servía de evasión frente a los problemas económicos y de todo tipo que padecíamos aún tantos españoles.

Yo trabajaba a la sazón en el diario *Informaciones* y fui a ver al famoso autor al hotel Ritz, cuando aún no llevaba en Madrid dos horas. En la recepción me dijeron que no recibía a nadie. Tal vez más tarde diera una conferencia de prensa pero, por el momento, quería descansar y estar tranquilo.

Como por probar no se pierde nada, se me ocurrió enviar a su cuarto una tarjeta escrita en francés y llamándole «*Cher Maître*» al tiempo que insistía mucho en la urgencia de ser recibida. No sé si pensó que podía ser alguien que le conocía de antes sin que él lo recordara, pero el caso fue que antes de cinco minutos llamó diciendo

que me dejaran subir a su habitación.

Le hablé primero de él y de sus libros, de lo admirado que era en España —cosa que él ya sabía por sus cifras de ventas en nuestro país— hasta que finalmente nos pusimos a hablar de literatura española.

Somerset Maugham me confesó con toda franqueza que no conocía nada de la obra de los escritores españoles contemporáneos y enseguida noté que entre los que él llamaba contemporáneos estaban incluidos todos los que han escrito algo desde Cervantes para acá. Humildemente me pidió que le citara nombres de algunos más modernos y, al nombrarle a Pío Baroja, me interrumpió:

—Ese nombre me dice algo... ¿No es uno que escribió una novela muy famosa y muy traducida que se titula *Sangre y arena*?

Lo publiqué así, como me lo dijo, y la cosa suscitó muchos comentarios y enfadó bastante a los intelectuales e incluso a algunos para quienes la obra de Baroja era tan desconocida como para el escritor inglés.

El único que no se enfadó y que lo encontró natural fue el propio don Pío.

—A mí me parece lógico —me dijo— que ese señor no me conozca y también estoy seguro de que no ha leído ni a Benavente ni a Azorín aunque diga que sí. El primero le suena porque está en la lista de los premios Nobel de Literatura y el segundo ¡vaya usted a saber de qué!, pero no sabe quiénes son ni lo que han hecho. La literatura española actual no interesa en el mundo. Es lógico. Los escritores actuales son conocidos y se les tiene en cuenta en la misma medida en que es conocido y cuenta su país. Cuando España era un país fuerte que se imponía a los otros pueblos, sus escritores y sus pintores eran universales. Los franceses siempre han trabajado mucho y bien literalmente, sin embargo, fíjese en que su cotización mundial empieza a bajar porque su país ha bajado. Ahora quienes interesan son los yanquis porque son los que tienen la fuerza. La venta de libros está hoy en estrecha relación con los aviones y las bombas atómicas, como antes lo estuvo con los barcos que tenían los países. Eso de que «la letra con sangre entra» es una barbaridad pero más verdadera de lo que parece. Si ese Somerset Maugham, que por lo visto es un escritor elegante, ídolo de las señoras bien vestidas, fuera guatemalteco, pongo por caso, en lugar de ser inglés, estoy seguro de que tampoco aquí le hubiesen leído nada.

Don Pío no me dijo todo esto de un tirón, porque él nunca hacía párrafos largos ni en la conversación ni en los diálogos de sus novelas, los encontraba antinaturales y descarados porque era ante todo un hombre tímido, pero me lo fue diciendo en el curso de un largo *tête-à-tête* que tuvimos aquella tarde.

Ahora pienso muchas veces en lo que habría dicho si hubiera vivido diez años más, al ver que un guatemalteco obtenía un Premio Nobel de los más resonantes y que después vendría una verdadera explosión mundial de escritores hispanoamericanos, justo en el momento en que aquellos países conocen una decadencia y unas convulsiones revolucionarias y reaccionarias como nunca se vieron. Es probable que atribuyera el fenómeno precisamente a esas convulsiones y a

esas decadencias que también son formas de llamar la atención.

Aquel mismo verano de 1948, los amigos convencimos a don Pío para que accediera a que le diéramos una cena íntima. Accedió aunque con la condición de que no se anunciase en ningún periódico para no poner a nadie en el compromiso de tener que asistir.

Luego resultó que los íntimos pasábamos de sesenta. La cena se celebró en un restaurante ajardinado, próximo a lo que antes se llamaba los altos del Hipódromo por donde apenas había más construcciones nuevas que los llamados Nuevos Ministerios. Concurrieron muchas señoras. Don Pío, que al principio estaba un poco cortado e incómodo porque siempre fue hombre tímido y de pequeña tertulia, acabó muy contento a pesar de que fue probablemente quien menos habló. Yo caí junto al doctor Marañón —que no solía ir a esa clase de reuniones pero que hizo una excepción por tratarse de quien se trataba— y estuvimos toda la noche hablando del homenajeado. Marañón adoraba a Baroja como escritor y como persona.

—Sí, yo siempre he querido mucho a don Pío —me decía el doctor con aquel acento de sinceridad bondadosa que convencía y conmovía— y creo que una de las cosas que más me complacieron durante nuestro destierro en París fue tener tiempo para comer con él de vez en cuando y aprender cosas oyéndole. Bajo esa apariencia ruda y un poco aldeana se oculta uno de los hombres que más saben de todo.

—¿Usted cree, doctor, que de haber seguido ejerciendo su carrera don Pío habría llegado a ser un buen médico?

—Estoy convencido de ello. Baroja es el hombre de letras que más amor y más entusiasmo siente por la Ciencia. Lo que ocurrió fue que en sus tiempos de estudiante no había maestros de talla suficiente para hacerle ver las cosas con claridad. Salvo excepciones, todo era rutina. Luego, su gran pasión literaria le arrastró. Pero estoy seguro de que de haber nacido en otra época don Pío habría dado tanto de sí en el campo científico como en el literario. Quizá más como investigador que como clínico. Don Pío es uno de los hombres más admirables que he conocido y que tenemos. De todo entiende, absolutamente de todo. Con ese aire modesto y ese modo de hablar siempre dubitativo, no hay nada en el terreno del espíritu que él no conozca a fondo. A mí me da una pena que se nos vaya haciendo tan viejo... ¡Claro que está muy bien de salud! Pero ¡son ya muchos años!

Le conté poco tiempo después a don Pío aquella conversación y él reía de muy buena gana, fingiendo incredulidad. Pero noté que en el fondo estaba conmovido.

—Bueno..., el caso es que algo de razón sí que tiene Marañón en eso. A mí me habría gustado ser un buen científico. Creo que la Ciencia es lo único que realmente avanza en el mundo de hoy. Todo lo demás, está en una decadencia espantosa. Sin embargo, creo que a mí de joven lo que más me atraía era la pintura. Si yo hubiera podido seguir mis inclinaciones, seguramente habría sido pintor.

—¿Y por qué no lo fue usted?

—Pues resulta que fui el tercer hijo que tuvieron mis padres. Eso de ser el tercero

influye bastante en la vida de uno. A los hermanos mayores les pusieron desde muy niños a aprender a dibujar pero cuando llegué yo, se conoce que mis padres opinaron que ya había bastantes artistas y decidieron no ponerme a dibujar. Y como esas cosas hay que empezar a aprenderlas de chico... ¡pues creo que por eso no fui pintor! El porqué no llegué a ser un buen médico... Ya se lo ha explicado Marañón mejor que yo. Me faltó ambiente científico y maestros que me inspiraran interés y despertaran el mío hacia la Ciencia. Comprendí que para acabar pronto la carrera, lo mejor era aprenderme las cosas de memoria, sin entenderlas, y así lo hice. Era lo más positivo.

Creo que el último día que vi a don Pío realmente contento, rebosando alegría, fue el día de su cumpleaños en 1949. Fue el último año que vivió su hermana quien, además de ser bastante más joven que él, tenía o había aparentado siempre buena salud. Carmen Baroja era una mujer muy sociable y sabía dar a las fechas señaladas el ambiente que requerían.

Había aquella noche muchos amigos en el comedor —durante el rigor del invierno la tertulia se trasladaba allí por ser una habitación menos fría que la sala— y había sobre todo muchas señoras, cosa que a don Pío le gustaba bastante y le ponía de muy buen humor. Todas le rodeaban diciéndole cosas agradables y una señorita leyó con bonita voz y entonación justa el viejo ensayo barojiano titulado *Elogio sentimental del acordeón*.

Carmen Baroja, que ya estaba enferma pero que se esforzaba por disimularlo, iba y venía obsequiándonos con pastelillos de hojaldre, chorizo de Tendilla —en donde se había comprado una finquita—, pasteles y dulces hechos por ella. En fin, tan contento se hallaba don Pío que hasta creo que encendió un cigarrillo rubio, que le ofreció una dama, cosa que nunca solía hacer.

Ocurría esto el 28 de diciembre de 1949, y como faltaban solamente tres fechas para entrar en la segunda mitad del siglo xx, lo mismo don Pío que su hermana y otras gentes de edad que había en la reunión se pusieron a evocar canciones, costumbres y sucesos del año 1900.

—Era una época ramplona y cursi —decía don Pío— y creo que, en realidad, se vivía peor que ahora. Me parece que concretamente las mujeres han ganado mucho.

Meses más tarde la tristeza más tremenda invadió aquella casa. Carmen Baroja empezó a tener mala cara, aparecía aún más delgada de lo que siempre había sido y, aunque trataba de conservar su natural animación, se veía que algo malo le andaba por dentro.

Una noche en que pude asistir a la tertulia —mi trabajo y mis ocupaciones familiares sólo me permitían ir de tiempo en tiempo— encontré en el vestíbulo al doctor Hernando, eminente internista y muy amigo de don Pío y también de los que habíamos estado en París cuando la guerra.

Me chocó que don Teófilo Hernando, hombre campechano y afectuoso, tuviera la cara tan larga y nos hiciera tan poco caso a los conocidos. Enseguida pasó con Julio a la alcoba de la enferma mientras los otros pasábamos al salón donde estaba reunida la

tertulia, como los demás días, sólo que en silencio y sin el doctor Val y Vera —amigo íntimo y médico de la familia— que había pasado también a la habitación de Carmen antes que con el doctor Hernando.

Don Pío no estaba sentado en el sillón junto a la chimenea sino detrás de su mesa de trabajo, de espaldas al balcón, como tenía por costumbre cuando no hacía frío. Se levantó y salió de la sala dos o tres veces.

Cuando oí que el especialista se despedía en el vestíbulo, sin entrar a charlar un poco en la sala —«¡mala señal!», pensé— me despedí yo también y logré reunirme con él en la escalera.

—¿Es cosa de cuidado, don Teófilo? —me atreví a preguntarle.

—Sí, parece de mucho cuidado... Ahora que, en estas cosas, siempre queda la esperanza de haberse equivocado.

Carmen, la hermana más joven de Baroja, alma y alegría de la casa, fue la primera en morir. Era una mujer inteligente y buenísima. Quedaron pues solos el viejo y los dos jóvenes que adoraban a su madre y que nunca hubieran podido imaginarse que se les iría la primera.

Sin su hermana Carmen, la tertulia de Baroja perdió mucha animación. Yo estuve algún tiempo sin ir porque me daba pena. Para no perder el contacto con don Pío, solía ir a verle algunas veces a primera hora de la tarde, cuando estaba solo. Así era más fácil distraerle contándole chismes que sabía que le distraían. Durante aquellas conversaciones no nombraba a su hermana como acostumbraba a hacer antes siempre que se hablaba con él de cualquier cosa.

Yo ya no me atrevía a discutir con don Pío, como hacía antes cuando Carmen me apoyaba. Uno de los temas de discusión era Galdós. En alguna ocasión llegamos incluso a hacerle gritar, aunque no se enfadó del todo.

—Confiesa, Pío —decía Carmen—, que a Galdós siempre le tuviste manía. En cambio a nosotras nos parece un escritor inmenso.

—Está bien. Cada uno puede admirar a quien le parezca. Yo lo único que digo es que hay mucho de falso en él. Un hombre que escribe conversaciones de familia que duran quince páginas con réplicas de página y media no me convence.

También le molestaba de Galdós que fuera hombre para quien no habían existido ni el campo ni el mar, a pesar de haber nacido en una isla.

—No le importaban ni siquiera los pueblos. Para él, todo lo que no fuera Madrid con sus oficinistas y sus mesas camillas, le traía sin cuidado.

Luego contaba una vez más que en cierta ocasión se puso a leer uno de los *Episodios Nacionales*, el que ocurre en un pueblo de Álava llamado La Guardia —creo que es *La estafeta romántica*— para ver cómo se defendía el escritor en el ambiente pueblerino vasco.

—En cuanto leí unas páginas pensé: «Todo esto es inventado. Galdós no ha estado en ese pueblo».

Para demostrarse a sí mismo que no se había equivocado, cuando pasó después

por La Guardia habló con un señor del pueblo y le preguntó: «¿Usted sabe si Galdós estuvo aquí documentándose para los *Episodios*?».

—Como no sabía nada ni había oído nunca decir nada de la estancia de Galdós en La Guardia, nos pusimos a indagar y resultó que era verdad lo que yo pensaba. Todo lo que hizo Galdós para documentarse fue escribir una carta al alcalde pidiéndole datos del pueblo. La carta estaba en los archivos municipales. Yo creo que un escritor que pretende retratar la realidad no puede ni debe hacer eso. Bien estaba que lo hiciera Valle-Inclán, que siempre escribía cosas fantásticas y hablaba de galgos y de viñadores en Guipúzcoa donde nunca nadie ha visto ni un galgo ni una cepa. Pero Galdós era otro tipo de escritor y no debía haberlo hecho así.

—Y dígame, don Pío —le interrumpí—. ¿Cómo era don Benito? Yo siento de veras no haberle conocido.

—Pues era hombre simpático, cortés, afable, que sabía escuchar. Yo creo que lo malo que tenía es que era demasiado aficionado al dinero y a las mujeres. No es que yo crea que ésas son cosas imperdonables, pero sí digo que tratándose de ganar dinero o de tener una aventura con cualquier señora, se andaba con pocos reparos.

—Era, como usted, muy aficionado a vagabundear por las calles y los alrededores de Madrid...

—Eso sí. Tratándose de Madrid, procuraba enterarse bien de todo. Algunas veces paseábamos juntos por el cerro del Pimiento y sitios así. Un día me dijo que en mis novelas había mucha técnica.

—Pues tenía razón.

—No sé... ¡Como no sea la técnica de contar las cosas lo más parecido posible a como son!

No sé exactamente si fue antes o después de la muerte de su hermana cuando se dieron dos circunstancias que me hicieron intimar más con don Pío y mantener con él un contacto más estrecho. La primera de ellas fue el problema del carbón.

Baroja era muy friolero, exactamente igual que me ha ocurrido a mí siempre, y padecía mucho la escasez de combustible que nos azotaba en aquella época, que fue muy larga, de escasez de todo. Empezó con la guerra española y se mantuvo hasta bastantes años después de concluida la guerra europea. Una de las cosas que más escaseaban era el carbón.

En el piso de los Baroja, por tratarse de una casa antigua, no había calefacción central ni tampoco individual. Se calentaban con dos salamandras instaladas en las respectivas chimeneas del salón y del comedor, pero el carbón que les traían de la carbonería para alimentar aquellas chimeneas era malo y, cuando estaba a punto de acabarse un saco, don Pío temblaba pensando que no le iban a traer otro.

Un día, hablando de este problema que para él era de capital importancia, y viéndole muy preocupado, se me ocurrió preguntarle:

—¿Es que ustedes no ejercen el derecho a tener carbón del que llaman de racionamiento?

—No sé lo que es eso.

—Pues verá. Se hace una instancia demostrando que en la casa donde se vive no hay calefacción central ni individual. Entonces le conceden un cupo y con esa concesión, usted se inscribe en las oficinas de una buena casa de carbones. Yo sé de una donde le servirán a usted una antracita magnífica. Le traen una tonelada y antes de que se le vaya a terminar a usted, solicita otra. Nosotros, que tenemos calefacción individual, estuvimos muertos de frío hasta que nos inscribimos en una casa que tiene las oficinas en la calle Alcalá. Es un carbón soberbio.

—Sí, claro, pero todo eso de las instancias y las inscripciones me parece que tiene que ser complicadísimo. ¿Cómo voy yo a hacer todas esas cosas?

—No se preocupe. Yo le voy a traer los papeles. Usted me los firma y luego haré como he hecho para lo nuestro.

—Harán falta influencias y recomendaciones...

—Sí, algo de eso hay que buscar. Pero usted no se preocupe. Ya verá como todo se arregla.

Cuando don Pío se vio con una tonelada de aquel carbón de primera calidad, con reflejos plateados, que no se parecía nada al que le subían de la carbonería, no se lo podía creer. Creo que menos aún se había creído mis promesas. Así es que por aquel procedimiento doméstico tan sencillo, subí mucho en su estimación.

—No creía que tuviera usted tanta influencia... —me decía asombrado.

—Pues verá. Antes sólo tenía la de un oficinista de esa compañía al que doy la lata de vez en cuando para que me manden el carbón cuando me hace falta pero, desde que he ido allí con su ilustre firma puesta en las instancias, tengo mucha más.

Don Pío se rió con esa buena gana con la que solía reírse siempre que algo le parecía graciosamente disparatado. Aquello no lo era porque, efectivamente, en las oficinas carboneras estaban contentos de servir el combustible a un escritor de tanto renombre. Pero, como él había sostenido siempre que los escritores nunca han inspirado demasiado interés en nuestro país, seguía sin creérselo y pensando que yo era capaz de desplegar astucias o influencias especiales para conseguir aquello.

Con ese motivo, me llamaba por teléfono muy a menudo y si yo estaba en el periódico, dejaba recados que sembraban la confusión.

—Le ha llamado un señor que me ha dicho que era Pío Baroja pero tenía que ser una broma.

—Broma ¿por qué?

—Pues porque no sé qué ha dicho de que el carbón se le está acabando y que llame usted a donde sea para que le lleven más.

Otras veces, la persona que se ponía al teléfono era algún subalterno que no tenía la menor idea de literatura.

—Oiga, le ha llamado a usted el carbonero.

—¿Qué carbonero?

—Dijo un nombre algo raro y luego dejó un recado de no sé qué de la tonelada

del mes pasado y de que no ha recibido todavía la de este mes. Le dije que volviera a llamar.

En otra ocasión, estando en la centralita alguien más leído y enterado, al oír el nombre de Pío Baroja, le puso con el director, quien se sintió satisfechísimo.

—Perdone, no quería molestarle a usted. Era sólo para que Josefina diera un toque donde el carbón.

El director, que era Francisco Lucientes, al pronto no entendió nada y cuando se lo expliqué se moría de risa.

—Pues mira, ya que don Pío y tú estáis tan unidos por el mineral asturiano, lo que tienes que hacer es convencerle de que escriba para el periódico. Igual me da que repita cosas que ya ha escrito otras veces, lo que a mí me interesa es que su firma figure entre los colaboradores. Le pagaremos lo que pida.

Sus artículos en el diario Informaciones

Hacía más de dos años que yo andaba tratando de convencer a Baroja para que escribiera artículos. Ningún periódico había contado con aquella firma después de la guerra; al principio, porque le habían prohibido escribir y luego, porque él no quería.

—En París, escribió usted lo menos cuatro al mes para América.

—Sí, pero ahora ya no podría. No, no está uno ya para escribir.

—Le van a pagar bien...

—En ese caso, tendría que hacer cosas que estuvieran regular y me resultaría todavía más difícil. No puedo escribir ya de nada. Me falla por completo la memoria. No, no puedo.

Creí inútil insistir. Sin embargo, una tarde en que fui a verle para no sé qué —tal vez para lo del carbón— le encontré solo. Estaba revolviendo papeles sobre su mesa y tenía la cara muy risueña.

—Esto de quedarse sin memoria tiene sus ventajas. A veces encuentro por aquí cosas que me pongo a leer y llegan a interesarme. El otro día me encontré con algo que dije: «Hombre, está bien. ¿De quién sería?». A lo último, resultó que era mío. Creo que voy a poder ponerme a leer cualquiera de mis novelas del principio y hasta me van a gustar.

Aquello me dio la idea para resolver el problema de los artículos.

—Escuche, don Pío... ¿No podría ocurrir que una buena parte del público estuviera tan desmemoriado como usted? Lo digo porque podría empezar a hacer artículos con cosas viejas suyas. Muchos lectores del periódico no lo habrán leído nunca y, por tanto, para ellos será nuevo, pero incluso a los que conozcan bien su

obra puede pasarles lo que a usted, es decir, que no recuerden que lo leyeron antes. En suma, lo que yo le propongo es que nos haga eso que en términos periodísticos se llama refritos. Es una práctica muy usual.

—Pero... eso es un fraude.

—No, señor. Sería un fraude si lo firmara otro pero, firmándolo usted, lo único que pueden decir, los pocos que se darán cuenta, es que usted se repite. Unamuno decía que al escritor le conviene repetir mucho las cosas porque con sólo decir las una vez, no se entera casi nadie.

Volvimos a hablar del mismo asunto otra tarde y don Pío me dijo que lo que yo le había propuesto era peor que ponerse a escribir de nuevo. Buscar en su obra o en sus papeles cosas que pudieran acomodarse a las dimensiones y al estilo de un artículo de periódico, le parecía obra de chinos.

—Además, eso tendrá que ir a la censura...

—Sí, claro... Habría que elegir cosas que pasaran sin dificultad. Es delicado porque la censura de periódicos hila más fino que la de los libros. Quiero decir que muchas de las cosas que figuran en las memorias y en las obras completas que está usted publicando ahora, no las dejan poner en el periódico.

—En ese caso todavía lo veo más difícil. De todos modos es igual porque yo no estoy para hacer esa rebusca que usted me propone.

Le dije que podríamos intentarlo siendo yo la que rebuscase. Conociendo bien su obra, no me parecía tan difícil. Entre descripciones de pueblos, paisajes, retratos de gentes conocidas o de tipos imaginarios, divagaciones, opiniones, etcétera, ya verá cómo sacamos materia para que pueda publicar usted un artículo a la semana.

—Además, yo tengo una cierta experiencia sobre cómo actúa la censura. Todo lo que seleccione será publicable.

La última objeción que me puso don Pío fue la de que «cómo me iba yo a tomar ese trabajo, por nada».

—De eso no se preocupe. Yo en el periódico tengo un sueldo y mientras esté seleccionando un artículo suyo, no me mandarán hacer otra cosa. Para mí será mucho más agradable que poner pies a las fotografías o titulares a las noticias.

Quedamos en probar. El primer artículo fue un éxito. Incluso algunos miembros de la tertulia creyeron que don Pío se había puesto a escribir de nuevo. Los más sagaces notaban que algunos de los temas ya habían sido «tocados» por Baroja, pero había logrado resumirlos y actualizarlos, y muchos encontraban incluso que les había dado una forma nueva.

Entonces, todavía no se estilaba que a los colaboradores de los periódicos se les ingresaran las cantidades devengadas en sus cuentas corrientes. Pero, como tampoco era cosa de hacer que don Pío se molestara en cumplir los trámites de cobro, cuando el producto de los artículos publicados sumó una cantidad decorosa —algo así como tres mil pesetas— me presenté una tarde en su casa con el dinero y los recibos para que los firmara. Don Pío se ruborizó sinceramente:

—Bueno, pero... ¡esto parece mucho!

—¡Qué va a ser mucho, don Pío! Es una porquería comparado con el lustre que le da a un periódico una firma como la suya... Note que si espero a que tenga varios artículos publicados para traerle el dinero es porque la cifra del importe de uno solo me parece vergonzosa para usted...

Nunca me dijo don Pío si la selección que yo hacía de sus textos le parecía bien o mal. Lo único que me dijo una de las veces que fui a llevarle las tres mil pesetas fue que si no se me acababan las fuentes de donde sacar aquello.

Le dije que, en efecto, no pudiendo aprovechar las memorias —que posteriormente fueron recopiladas en siete volúmenes bajo el título *Desde la última vuelta del camino*— porque su publicación estaba muy reciente, a veces tenía que sacar unos párrafos de un volumen de los antiguos y completarlos con los de otro, y que a veces me costaba encontrar en casa lo que andaba buscando.

Entonces se levantó del sillón, cogió de una estantería un tomo de sus obras completas, editadas lujosamente por Ruiz Castillo y me lo dio.

—De ahí podrá sacar bastante y con más facilidad porque está todo junto. En ese tomo hay muchas cosas que pueden servir para artículos.

Al cabo de algún tiempo, le dije:

—Don Pío, vaya usted buscándome otro tomo, que el anterior ya se me ha acabado.

—Está bien. Le voy a dar éste que también creo que tiene cosas aprovechables. Pero ¿me ha traído usted el otro?

—No, don Pío —le respondí riendo—, ni se lo he traído ni pienso traérselo.

—¿Cómo?

—Pues eso, que no tenga usted la menor pretensión de que se lo devuelva. Esto de sacar sus artículos no es para mí tan trabajoso como usted pensaba. Al contrario, es una diversión, un placer. Pero pagar ese gusto desprendiéndome de unos tomos tan bonitos después de haberlos tenido en casa, me parece demasiado.

Don Pío se puso primero ligeramente sonrosado y luego se echó a reír con aquella risa suya tan característica y tan insospechada para cuantos tenían una idea falsa de él. Jamás había dicho yo delante de él nada que le hiciera tanta gracia como aquel descaro. Alentada por la risa barojiana añadió:

—Sí, sí..., puede estar contento de que no le pida que me ponga una dedicatoria.

Pero, si seleccionar textos suyos para componer artículos y llevarle de vez en cuando los recibos y el importe de varios artículos era para mí un placer, más lo era todavía el ir de vez en cuando a preguntarle cosas sobre cualquier tema, a fin de escribir yo después un artículo o reportaje sobre él. Don Pío no se negaba jamás ni a mí ni a nadie, por supuesto. Contestaba a todo, siempre bien, con sencillez, oportunidad y gracia.

En cierta ocasión en que hacía yo una encuesta sobre los solterones ilustres, bajo un título general que era una pregunta aparentemente indiscreta, «¿Por qué no se ha

casado usted?», don Pío me dejó sorprendidísima al contestarme de buenas a primeras:

—La única vez que yo he pensado seriamente en casarme fue hace poco tiempo, ya de viejo, cuando estábamos en París...

—¿Qué me dice?

—Pues sí. Ella era una señora suiza a quien yo había conocido en mi casa de Vera años antes. Tenía la idea de que una mujer de cincuenta años y un hombre de más de sesenta, eso tenía yo cuando nos conocimos, podían formar un matrimonio feliz.

Baroja no estaba del todo de acuerdo con la teoría, pero procuró hacerse a la idea y la amistad siguió. Se escribían y él quedó en ir a casa de ella, en Basilea, para devolverle la visita.

—Durante el destierro en París se me ocurrió cumplir la promesa. Casi nos considerábamos ya novios aunque ahora me resulte un poco ridículo decirlo. Ella era viuda y tenía dos hijas a las que ya había hablado de sus proyectos. Pero a medida que pasaban los días, aquello de la boda me iba pareciendo más disparatado. En primer lugar la casa de ella, junto al río, me pareció sombría, triste y peligrosa para el reuma que ya empezaba a molestarme. Creo que en mi juventud me habría gustado, pero pasar allí una vejez de artrítico no me ilusionaba. También me pareció que una de las hijas me miraba con hostilidad como pensando «Este señor es un aventurero que viene a comerse los cuartos de mi madre». Total, que decidí precipitar el regreso a París para que aquella chica se quedara tranquila.

Cuando terminó de resumirme el episodio —no recuerdo si después ha hablado de ello en sus memorias, pero entonces para mí era la primera noticia— seguí preguntándole.

—La verdad —respondió— es que yo no me he casado porque a la edad en que los hombres piensan en casarse no tenía una posición independiente y no me creía con derecho a sacrificar a una mujer.

—Sin embargo, eran los tiempos del «contigo pan y cebolla».

—Sí, pero eso está bien para que lo sigan ellas, no para que lo proponga uno. A mí ninguna me dijo eso. Las mujeres españolas, al menos las de mi tiempo, sentían poco entusiasmo por los escritores. Algunos creían que sí, que teníamos éxito con las mujeres. Luego tenían que desengañarse. Para las mujeres que yo traté en mi juventud, el matrimonio era una colocación, una carrera. Si yo hubiera sentido una gran pasión por alguna de las que conocí entonces, me habría casado a pesar de todo. Otra cosa que me molestaba de las chicas era el tener que hacerles la corte al estilo madrileño. Alguna vez lo practiqué pero siempre con repugnancia.

—¿En qué consistía el estilo madrileño?

—Pues consistía en fijarse en una muchacha en los jardines del Buen Retiro por ejemplo, donde solían ir a tomar el fresco en verano con las mamás o las señoritas de compañía. Había que dirigirle primero miradas profundas e insistentes, luego había que seguirla hasta su casa aunque estuviera en el otro extremo de Madrid —esto tenía

que hacerse varias veces—; al fin, cuando ella ya estaba preparada, se le enviaba una carta llena de lugares comunes. Ella primero decía que no. Era la costumbre. En fin, todo muy aburrido y muy incómodo.

Otra cosa que siempre había asustado a don Pío era descubrir en muchas mujeres jóvenes la cara de mal genio que se les iría acentuando con los años.

—Una mujer con mal genio me parece lo más insoportable del mundo. De jóvenes lo disimulan pero, a las que realmente lo tenían, yo siempre se lo he notado en la cara. Hay momentos en los que no pueden disimular.

Don Pío deseaba una mujer angelical, a ser posible rubia y por supuesto cultivada. Si encontró alguna así en el Madrid de su juventud, no lo ha dicho. En cambio sí ha hablado muchas veces con entusiasmo y ternura, en las novelas y memorias, de una rusa a la que conoció en París siendo joven. Lo malo fue que tenía marido y el *flirt* con don Pío —si lo hubo— fue romántico e inocente.

—¿Y no le da a usted pena a estas horas no haberse casado?

—No tengo la menor idea de cómo me habría ido en el matrimonio y por lo tanto no puedo saber si he hecho bien o mal quedándome soltero.

Recuerdo una ocasión en que con motivo de uno de los artículos publicados en *Informaciones* en el que hacía un retrato de Ramón y Cajal que irritó a algunos miembros de su familia, otro diario de Madrid sacó a relucir un antiguo escrito de Cajal metiéndose con Baroja. Venía a decir que era un hombre poco patriota y que había tratado de eludir el servicio militar.

El escrito atribuido a Cajal parece apócrifo. Sin embargo, en aquellos momentos en que todavía estaba muy viva la pasión contra los que podían ser sospechosos de cualquier cosa, las supuestas frases de Cajal se habían exhumado sin duda para perjudicar a don Pío.

«Siempre ha sido un hombre antipatriota como lo prueba el que trató de eludir el cumplimiento del servicio militar...», venía a decir lo que se suponía escrito por el gran histólogo y de cuya autenticidad dudábamos todos.

A fin de aclarar las cosas, me fui aquella misma mañana a ver a don Pío por encargo del director de *Informaciones*. Francisco Lucientes quería a toda costa publicar por la tarde algo que rectificara el ataque contra Baroja lanzado por la mañana en otro periódico.

—Mire lo que dice aquí —le dije—, ¿es verdad esto de que trató usted de eludir el cumplimiento del servicio militar?

—No. Eso está equivocado. Yo no traté de eludir el servicio militar. Lo eludí. Quiero decir que no lo hice. El día que me presenté en el Ayuntamiento para cumplir las formalidades, llevaba una carta para el conde de Romanones —quien era a la sazón alcalde de Madrid— y que me dijo:

—Pero ¿no es cierto que su padre estuvo peleando con los liberales durante el sitio de Bilbao?

—Sí, señor. Estuvo todo el tiempo entre los defensores de la ciudad.

—Pues, hombre..., en ese caso usted está lo que se llama libre de quintas.

Efectivamente, Romanones lo arregló todo y yo tan contento por no tener que hacer algo que, por entonces, le resultaba a todo el mundo más bien molesto.

Julio Caro Baroja, el sobrino de don Pío, a quien tengo en alta estimación personal e intelectual, se queja en su reciente y magnífico libro titulado *Los Baroja* de que los periodistas, aprovechando lo fácil que era la aproximación a Baroja, hemos abusado de la anécdota y el chascarrillo barojiano, mientras que el estudio de su gigantesca obra ha quedado descuidado. Tiene razón. Sin embargo, quienes no poseemos méritos ni capacidad para realizar los estudios críticos y los análisis enjundiosos que están por hacer, creemos que la anécdota —llamando así a las reacciones humanas de don Pío— puede tener también cierto interés para los eruditos del mañana. Por otra parte, quienes sentíamos no sólo admiración sino cariño por el hombre singularísimo que además había sido un escritor inmenso, necesitamos dar salida de alguna manera a unos recuerdos que no ha logrado apagar el paso de los años.

Cuando llegó el día del cumpleaños de don Pío, al final de aquel mismo año en que había muerto su hermana Carmen, me dio reparo y pena acudir al anochecer — como era la costumbre de todos los amigos— y me fui a felicitarle por la mañana. Me abrió él mismo la puerta, estaba solo como tantas otras veces. Me pasó al salón y mientras él anduvo todavía un poco por la casa, ocupándose del orden interno y haciendo indicaciones a la alcarceña que le servía por entonces. Al igual que les ocurre a todos los viejos, don Pío se preocupaba mucho por el papel de amo de casa que la desgracia le había atribuido.

—Perdone... Comprendo que es demasiado temprano para venir a verle...

—Para mí no es temprano. Hace mucho que me levanté.

Me contó que madrugaba bastante, no por afición ni por principio sino por lo mal que dormía. La noche que conseguía seis horas de sueño se levantaba de muy buen talante. A eso de las ocho, cuando la chica le traía el vaso con un líquido raro, ya llevaba él mucho tiempo despierto.

El líquido raro era el caldo obtenido por la maceración en té de aquel famoso hongo de Arequipa en el que todo el mundo creía a la sazón y que realizaba curas milagrosas.

—Nunca he seguido modas de ninguna clase, pero como dicen que el caldo del hongo es bueno para los hepáticos, lo tomo y parece que me va bien.

—Pues yo, don Pío, sólo quería felicitarle por sus setenta y ocho años...

—Sí, eso dicen. Pero a mí me parece que los que cumplo son setenta y siete. Y si no... verá. Cuando empezó el siglo, yo tenía veintisiete años. De eso sí que me acuerdo muy bien porque acababa de cumplirlos. Ahora digo yo que veintisiete y cincuenta son setenta y siete.

—No, don Pío. Usted nació en el año 1872. ¿No es eso?

—Sí, es cierto.

—Bueno, pues entonces, los que cumple hoy son setenta y ocho, aunque tuviera veintisiete como los tenía al empezar el año 1900.

Tomé un papel e hicimos la resta. Salían setenta y ocho en efecto.

—Eso sí que es una cosa rara...

—Nada de raro. Lo que pasa es que al hacer su cuenta de la vieja se ha olvidado usted que al final de 1900 cumplió los veintiocho. Ahora, al final de 1950, es cuando cumple los setenta y ocho.

Al parecer, aquella noche había dormido bien. Estaba con ganas de reír y nos reímos los dos mucho de aquello de que tratara de quitarse un año como las señoras coquetas. Luego me contó detalles que le habían contado a él referentes de su nacimiento. En atención a la festividad del día, además de Pío, que era el nombre que ya tenía pensado la familia, le pusieron Inocente.

Por entonces y durante los años siguientes, don Pío apenas salía ya de casa. Se negaba incluso a ir a su casa de Vera a pasar el verano. Tampoco iba ya por las mañanas al Retiro a dar una vuelta. Vivía con sus dos sobrinos. Julio, su preferido, hacía algunos viajes de estudios al extranjero, cosa que a don Pío le ponía nerviosísimo. Mientras duraban las ausencias de Julito —así le llamaba él y todos los amigos— se le veía en constante estado de preocupación. Se le hacía el día interminable. No sólo echaba de menos la compañía que desde niño le hizo siempre Julio sino que tenía miedo de que le ocurriera algo. La época llamada «guerra fría» se prolongaba y don Pío siempre tenía miedo de que estallase algo grave.

—Ese Stalin es un cazurro misterioso —le oí decir alguna vez— y con tipos así, nunca se sabe...

Su sobrino Pío, un joven muy simpático, también le daba preocupaciones no justificadas. A menudo gruñía a propósito de él...

—¡Para ése la casa es como si fuera una fonda!

Si llegaba la hora de la despedida de los amigos de la tertulia y su sobrino Pío no había llegado, don Pío se impacientaba y no hacía más que mirar el reloj.

—Estará con alguna chica... —le decíamos para tranquilizarle.

—Sí, la verdad es que ahora lo pasan mejor que en mis tiempos... Entonces las mujeres, sobre todo las de buena familia, tenían con los hombres una actitud más bien hostil. Se ve que todo ha cambiado mucho...

No sé si será pelusa de viejo, es decir, irritación hacia unos cambios de los cuales él no había podido aprovecharse, pero la verdad era que quien tanto había escrito en su vida contra el ambiente estrecho de España, así como contra los remilgos y hostilidades de las mujeres, toleraba muy difícilmente que el joven que vivía en su casa hiciera la vida normal de los jóvenes de su edad.

—Éste no para en casa —decía don Pío—, hace vida como de fonda... Y si un día no sale porque está malo, enseguida empiezan a preguntar por él por teléfono.

—Don Pío, eso es lógico. Usted estaba acostumbrado a su sobrino Julito que es un estudioso excepcional, un sabio. Pío es un chico más corriente; además, como es

guapo, bien plantado y simpático, le echarán de menos en cuanto falte a clase o a las reuniones juveniles.

—Sí, pero eso de que le llamen por teléfono... la verdad... no hubiera podido ocurrir cuando uno era joven.

—No. Cuando usted era joven no había teléfono en las casas...

Cuando se discutían en la tertulia los horarios y retrasos de Pío, a Baroja no se le veía reír —por mucho que se intentara— hasta que su joven sobrino aparecía en la puerta del salón.

Don Pío se quejaba a menudo de soledad y de tener que ocuparse de todo. Había estado cuidado toda su vida por mujeres solícitas y de grata compañía: primero su madre, después su hermana Carmen, mujer admirable y encantadora que se hacía querer a poco que se le tratase. Cuando le llegó la vejez le faltaron las dos. El día en que la sirvienta alcarceña que le cuidaba le dijo que se casaba, don Pío tuvo un gran disgusto. Me habló de ello varias veces.

—¡Qué ocurrencias!... Casarse... y seguramente para vivir peor que aquí en esta casa.

—Pero, don Pío... Eso es lo más natural del mundo. Si se hubiera usted casado, ahora no se quejaría de estar tan solo...

—Si me hubiera casado, a estas horas estaría viudo y todo estaría igual. Mi hermana Carmen tenía trece años menos que yo y se ha muerto. A los ochenta años se encuentra uno solo pase lo que pase.

—Es posible que a esa edad estuviera usted ya viudo, pero tendría hijos, nietos...

—Sí, claro. Pero me pasaría con ellos lo mismo que con mis sobrinos: se marcharían a sus ocupaciones o a divertirse, harían su vida... Las cosas son así y uno no habría adelantado nada con querer que fueran de otra manera.

En cambio cuando su sobrino Julito estaba en Madrid, que era casi siempre porque los sacrificios que aquel hombre ya maduro se imponía para atender a su tío Pío —sin olvidar tampoco a su tío Ricardo gravemente enfermo en Vera y que murió por entonces— muy pocos hombres de su talento se lo habrían impuesto, creo que don Pío sabía agradecerse como era debido.

A pesar de que Baroja había tenido desde siempre una especie de vocación de viejo —alguna vez le oí decir que la vejez sin enfermedades era la edad ideal porque se tiene más reposo y más dinero que en la juventud—, cuando se vio realmente anciano sentía una cierta nostalgia y, a veces, la belleza femenina le impresionaba mucho.

Recuerdo que un anochecer llegué a su casa cuando ya estaba formada la tertulia. Don Pío, que casi siempre dejaba hablar a los demás, hablaba aquella noche con vivacidad extraordinaria. El tema era una inglesa bellísima que había estado allí con su marido, un etnólogo inglés compañero y amigo de Julito, el sobrino mayor.

—¡Qué mujer! Creo que en mi vida he visto otra más guapa. ¡Una belleza! ¡Y simpática! Y muy culta...

El matrimonio inglés, recién casado, se iba a vivir a Grazalema, en Andalucía, donde el marido iba a emprender o tenía ya emprendidos ciertos estudios.

—¡Buena pareja!... Él también es un hombre muy bien plantado —seguía diciendo don Pío—, pero ella es una mujer de ésas que se ven pocas.

Al rato, si por casualidad habíamos cambiado de conversación, Baroja siempre sonriente e impresionado volvía a la carga:

—Lo que yo pienso es qué va a hacer una mujer así metida en Grazalema... La verdad es que casarse con un inglés para luego ir a meterse en un pueblo, es cosa rara...

—Piense, don Pío, que ella también es inglesa. A lo mejor le divierte más vivir en Andalucía que en Londres y quizá también ella encuentre allí algo que estudiar. Alguna necrópolis romana... ¡Vaya usted a saber!

—Sí, claro... Las mujeres ahora son diferentes. Pero... ¡qué mujer más guapa! ¡Una cosa increíble! ¡No se lo puede usted figurar!

Uno de aquellos veranos, siempre antes de 1954, los de la tertulia convencieron a don Pío para que saliera una noche.

Yo no lo quería creer hasta que le vi aparecer en compañía del doctor Val y Vera, Casas y otros contertulios en el jardín de María Baeza, que había preparado una gran cena para toda la tertulia y algunos amigos más.

La esposa de Ricardo Baeza, más tarde viuda, a quien en casa de los Baroja se la llamó siempre por su nombre de soltera —María Marios— porque la trataban desde la juventud por haber sido desde muy temprana edad íntima amiga de Carmen, tiene una casa bonita y acogedora en la colonia de El Viso. Pero lo más agradable y encantador de aquella casa ha sido siempre —y sigue siendo todavía— su dueña. En recuerdo de Carmen Baroja y también por el gran cariño que tenía a don Pío y a los chicos, María Baeza seguía yendo mucho por la calle de Ruiz de Alarcón. Todos los de la tertulia eran amigos suyos desde lejanas fechas.

Entre todos acabaron por convencer a don Pío de que saliera aquella noche a cenar a casa de esta íntima amiga. La cena fue exquisita, la noche era espléndida y, a pesar de la poca costumbre que don Pío tenía de salir de noche y de lo mucho que se resistió antes de decidirse, la cosa no le pesó, hasta el punto de que era ya más de la una de la madrugada cuando empezó a hablar de marcharse a casa. La verdad era que el verano le sentaba mucho mejor que el invierno y, aunque no saliera de casa, se sentía mucho más optimista. Creo que cuando al fin, venciendo su propia resistencia, se decidía a salir, se alegraba y acababa poniéndose de buen humor. Además, aquella noche en casa de María Baeza, igual que pasó cuando el homenaje en el Instituto Británico y la noche que le dimos la cena en los altos del Hipódromo, también había muchas señoras y eso a don Pío le agradaba bastante, a pesar de su mal merecida fama de misógino.

—A mi edad —dijo de pronto— lo único que se desea ya es dormir. Con seis horas de sueño, un poco de fuego en invierno y algo verde en verano, están cubiertas

todas las ambiciones.

—Sí, pero ya verá cómo esta noche, después de haber tomado este aire tan puro y tan delicioso (entonces, hace ya casi veinte años, el aire de los jardines de Madrid era todavía puro y delicioso) dormirá usted sin necesidad de pastillas.

—No sé... Creo que sería arriesgado intentarlo.

De tiempo en tiempo, los de la radio de Madrid o de otros sitios iban a hacerle entrevistas que grababan en cinta magnetofónica. Tenía ya más de ochenta años. Estaba achacoso y se quejaba cada vez más de su pérdida de memoria y a veces parecía incluso que tenía ganas de morirse. Pero cuando se oía la cinta con su voz grabada, aquello parecía milagroso. Era una voz joven, llena, enérgica, magnífica.

Una tarde, los técnicos que entraron en su casa no eran sólo de radio. Supongo que querían filmarle para algún noticiario o tal vez para la televisión que empezaba entonces a emitir con carácter de prueba. El caso fue que empezaron a querer enchufar focos por todas partes y que a don Pío le dieron la tarde. Cada vez que intentaban retirar un mueble o encender un foco, don Pío se ponía nervioso.

—Anden con cuidado que ese enchufe no funciona bien. Les puede dar una descarga o fundirse toda la instalación. Tengan cuidado con esa butaca que tiene una pata poco segura...

Cuando al fin se marcharon, el salón quedó como un campo de Agramante. Don Pío murmuraba...

—¡Parece mentira...! Tantos adelantos pero el hombre sigue siendo tan bruto como hace mil o dos mil años.

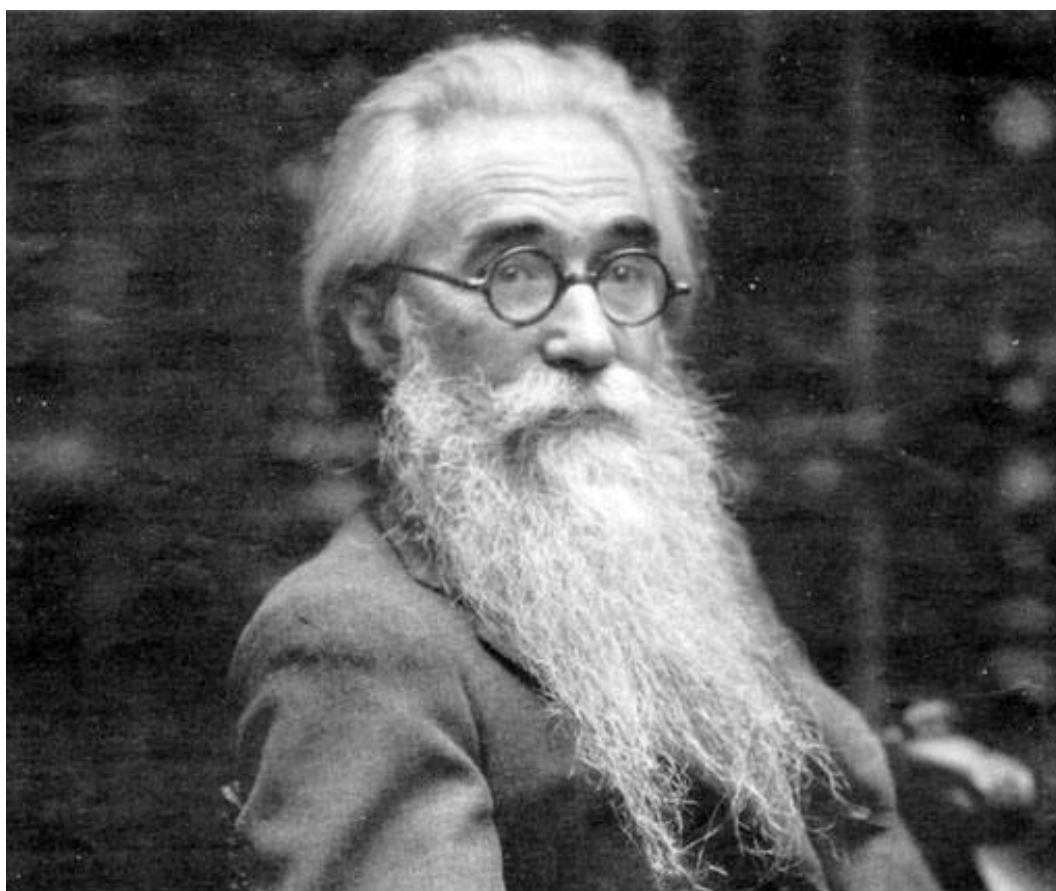
La última vez que vi a don Pío fue el día que cumplió los ochenta y dos años, el 28 de diciembre de 1954. Al día siguiente yo salía hacia Estados Unidos. Cuando volví a pasar un mes, en febrero de 1957, sólo pude ver su tumba. Don Pío llevaba ya cuatro meses enterrado.

Me ahorré, pues, y de ello me alegro, la atroz decadencia, física e intelectual de los últimos dieciocho meses de su vida, atacado ya por una enfermedad irreversible.

El don Pío que yo recuerdo era un viejo, cansado de vivir pero con el que aún era grato mantener una conversación. Todavía se reía mucho cuando algo le hacía gracia y todavía se apreciaba en él una personalidad fuera de serie, la personalidad del escritor más grande de nuestra época, del hombre que en 1910 hacía la clase de literatura que las mejores plumas contemporáneas están intentando hacer ahora.

Capítulo II

Ramón del Valle-Inclán^[3]



Creo que lo que voy a relatar a continuación tuvo lugar a principios de 1932.

El diario *Ahora*, que tuvo una vida corta pero brillante, preparaba un número extraordinario dedicado al año 2000. Era un tema que entonces estaba muy de moda y sobre el que se podía fantasear lo que se quisiera en vista de que se contaba con que ninguno de los adultos, ni siquiera los jóvenes de entonces, llegaríamos a aquella fecha.

Nuestro subdirector, Manuel Chaves Nogales, mandó a los jóvenes reporteros a que preguntasen a los arquitectos famosos cómo serían las casas y las ciudades en el año 2000, a los actores y directores sobre el teatro y el cine, qué avances preveían

cada uno en su especialidad por aquellas fechas. También se intentaba que opinasen los políticos, los médicos, los físicos y, por supuesto, los escritores más famosos.

A mí me tocó ir a preguntarle a don Ramón del Valle-Inclán sobre la clase de literatura que él creía que se haría en el año 2000. La respuesta fue la más sencilla, la más breve, la más original de cuantas pudimos recoger entre todos.

—Si yo supiera —me dijo don Ramón— qué clase de literatura podrá hacerse en el año 2000, la estaría haciendo ahora, aunque me muriera de hambre.

Comentando años después esta respuesta con Baroja, me dijo:

—Parece mentira que un hombre al que le gustaba tanto fantasear, dijera una verdad tan absoluta. Además de una buena respuesta eso fue una definición. Así era Valle-Inclán: un hombre que por encima de sus defectos, (para mí tenía muchos) poseía una cualidad admirable en un escritor: la de hacer lo que él creía que estaba bien, lo que debía hacerse aun a riesgo de que no gustase a nadie. Incluso arrostraría que le apedrearán por la calle.

Valle-Inclán fue el primer intelectual al que yo vi de cerca. ¡Qué impresión me hizo! Su extraña figura, manco como Cervantes y con aquella barba que en 1929 ya era de un gris tirando a blanco y sus gafas de concha, resultaba una originalidad increíble.

Le gustaba mucho andar a pie por las calles céntricas, y todo el mundo volvía la cabeza para mirarle, no sólo por lo rara que resultaba su estampa si no porque cada transeúnte que se cruzaba con él sabía que era un gran escritor, aunque muchos no supieran qué era lo que escribía o había escrito.

Todo el mundo o al menos todo mi mundo, es decir, el de la Universidad, el Ateneo, el de la Residencia de Estudiantes, hablaba mucho por entonces de Valle-Inclán.

«Gran escritor y extravagante ciudadano»

El general Primo de Rivera, cuya dictadura —bastante blanda en general— se hallaba en completa decadencia, había mencionado a Valle-Inclán en una de sus célebres notas oficiosas llamándole «gran escritor y extravagante ciudadano».

Había pasado ya tiempo desde que don Ramón estuvo detenido pero se seguían contando los detalles pintorescos de su detención. Cada cual ponía de su cosecha lo que le parecía. Lo único cierto —el propio don Ramón me lo confirmó años más tarde— fue que cuando en la comisaría de policía adonde le llevaron, le hicieron esas preguntas que se llaman las generales de la ley, don Ramón iba contestando en una forma que parecía «extravagante», como había dicho el jefe del Gobierno, pero que

en realidad no podía ser más razonable ni más lógica.

—A ver, nombre y apellidos...

Don Ramón guardó silencio.

—¿No me oye? Nombre y apellidos. ¡Diga enseguida cómo se llama usted!

Don Ramón respondió de lo más tranquilo:

—¿Que cómo me llamo yo? Y usted... ¿cómo se llama? Porque usted sabe perfectamente cómo me llamo yo. Si no lo supiera no habría podido mandar a sus esbirros a detenerme. En cambio yo no tengo la menor idea de cómo se llama usted. Dígamelo si pretende que sigamos hablando porque yo no acostumbro a mantener conversación con desconocidos.

De pronto, una tarde, una tarde corriente, una tarde como tantas otras, iba yo por una de las aceras de la calle de Santa Catalina cuando vi venir hacia mí a don Ramón del Valle-Inclán en persona. No podía ser otro. Tenía que ser él. No sólo en España sino en el mundo entero, no había otra cabeza como aquélla.

Visto de cerca era más bajo de lo que yo había imaginado por las fotografías. Me dio un vuelco el corazón. Al igual que otros jóvenes de mi época —chicos y chicas— yo estaba seducida por los intelectuales de entonces y ansiaba ver de cerca a alguno. No era difícil, los intelectuales de gran clase abundaban entonces en Madrid. Toda la generación del 98 estaba viva y todos aquellos hombres frecuentaban los cafés, los teatros y andaban a pie por la calle; además ninguno vivía encerrado en un ambiente propio sino que todos tenían grandes cantidades de amigos. Había pobres tipos que, cuando menos lo pensaban, podían encontrar a alguien —a lo mejor otro pobre tipo— que le presentara a Azorín, a don Antonio Machado, a don Jacinto Benavente. No era nada difícil entablar conversación con Baroja en los puestos de libros viejos de la calle de Claudio Moyano —pegados a la verja más meridional del Botánico—, e incluso llegar a conocer al doctor Marañón o a don José Ortega y Gasset, a pesar de que éstos frecuentaban menos la sociedad bohemia y apenas podía vérselos como no friera en una conferencia.

Sin embargo, a mí aquel encuentro en la calle con Valle-Inclán me hizo una gran impresión. Ésta se acentuó todavía más al observar que el «gran escritor y extravagante ciudadano» andaba por la derecha de la acera pero, al pasar junto a mí, me la cedió con gesto galante. Eso era algo que hacían entonces todos los hombres bien educados, que todavía eran muchos. No obstante había que andarse con ojo antes de aceptar la deferencia, porque los había que lo que pretendían con aquel gesto, al parecer fino, era arrinconarnos a las chicas jóvenes contra la pared, a fin de que no tuviéramos más remedio que oír sus requiebros, con frecuencia groseros e impertinentes.

Don Ramón, después de cederme la parte derecha, pasó de largo.

Yo habría deseado con todo mi corazón que en aquel momento se produjera en la calle de Santa Catalina algún suceso extraordinario: una bronca, un atropello, alguno de esos sucesos que hacen que la gente se detenga y los transeúntes intercambien

comentarios. Yo habría aprovechado cualquier suceso, aunque fuera mínimo, para acercarme a don Ramón del Valle-Inclán y decirle que le había reconocido, que era lectora suya y que le admiraba.

Pero no pasó absolutamente nada y tuve que dejar pasar aquella ocasión de oír la voz de un intelectual, el primero al que había visto de cerca.

Al llegar al Ateneo, que era adonde yo me dirigía, le conté el encuentro al primer conocido que me encontré. Todavía estaba sofocada por la emoción.

—¿Con quién dirás que acabo de cruzarme ahí en la calle de Santa Catalina? Chico..., ¡qué emoción!

—Pues no sé... A lo mejor con Valle-Inclán...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Pero es que eso nos pasa a todos muchas veces. Don Ramón vive ahí mismo, a la vuelta de la esquina. Esa casa pertenece al Ateneo pero, como cuando la compraron no se empleó toda para ampliación de la Biblioteca, como estaba pensado, aún hay pisos alquilados y en uno de ellos vive don Ramón.

—Antes —dijo otro de los ateneístas—, don Ramón venía por aquí a diario. Pero, desde que en el Ateneo está la Junta facciosa, todos los intelectuales se han dado de baja.

—Eso deberíamos haber hecho todos —dijo un viejo—, pero ¡qué sería de uno sin poder venir aquí!... Es duro romper una costumbre de tantos años.

La llamada Junta facciosa era la directiva, nombrada de Real Orden por el general Primo de Rivera tras haber detenido y destituido a la llamada Junta Legítima, elegida por los socios y que presidía el doctor don Gregorio Marañón cuando ocurrieron los sucesos políticos que disgustaron al gobierno. Formaban también parte de aquella Junta otras personalidades muy famosas: don Luis Jiménez de Asúa, catedrático de Derecho Penal, el señor Dubois, el doctor Pascual, médico del Príncipe de Asturias, el poeta Luis de Tapia...

El objetivo de dicha operación era que se marcharan del Ateneo todos los socios que conspiraban contra el Gobierno y, mediante algunas facilidades como fue la supresión de la cuota de entrada, llenar aquello de socios nuevos. De ese modo, se suponía que el Ateneo perdería el carácter político que había tenido siempre, aunque en realidad cada vez se iba acentuando más.

El cálculo sin embargo dio un resultado desastroso al gobierno y a los socios amigos suyos que se lo habían aconsejado. Al hacerse más fácil y más barato el ingreso, pudimos entrar allí en masa y formar parte de la docta casa muchos estudiantes, entre ellos —entre nosotros— figuraban los más revoltosos, los más politizados de cada una de las facultades. Por otra parte, la presencia a modo de resistencia pasiva de los viejos que seguían allí porque no disponían en ninguna parte de una biblioteca mejor ni de una cantina más barata, ni estaban en condiciones de buscarse otro sitio donde reunirse por las tardes, dio lugar a que, frente a la Junta de Real Orden, se formase dentro del Ateneo un gran foco de subversión. La Junta

Legítima —que se reunía a tomar decisiones en un restaurante— tenía dentro del Ateneo una verdadera quinta columna a la que no se llamó así por que diera ese nombre a una fórmula subversiva de las más antiguas y que ya dio resultado en la guerra de Troya. La diferencia consistía en que los estudiantes —caballo de Troya del Ateneo— no habían sido introducidos por los asaltantes sino por los que pretendían defender la fortaleza.

Seguí encontrándome con Valle-Inclán en la calle de Santa Catalina. Unas veces iba solo y otras acompañado de una señora menudita, que, según me dijeron también los ateneístas, era su esposa, la antigua actriz Josefina Blanco y a quien don Ramón conoció cuando ella formaba parte de la primera compañía de Estapa: la de doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza.

—Josefina hubiera llegado a ser una gran actriz —me dijo también un ateneísta— si no le hubiera faltado presencia física.

Descrita por algunos viejos socios del Ateneo, la personalidad de Valle-Inclán me iba resultando cada vez más fascinante. Además me dediqué a leer toda su obra — hasta entonces sólo había leído las *Sonatas*— y mi afán por conocerle personalmente creció en forma desmesurada.

Por fin, la noche misma de la caída del general Primo de Rivera, los estudiantes fueron a buscar a la Junta antigua, la legítima, llevándola en triunfo al Ateneo donde entró entre aclamaciones delirantes. El doctor Marañón y sus compañeros —entre los que figuraba el poeta Luis de Tapia y el doctor Salvador Pascual, médico de la familia real, y el profesor Jiménez de Asúa— entraron en la docta casa llevados poco menos que a hombros por los estudiantes y seguidos de un gran número de socios de los antiguos, es decir, de los que se habían ido por no someterse a la Junta facciosa. Había allí escritores, periodistas, catedráticos, médicos de fama, autores de teatro, actores, antiguos políticos e incluso aristócratas más o menos progresistas.

Nunca había visto yo tantos intelectuales juntos y, como otros de mis compañeros, me maravillé cuando nos aseguraron que no nos echarían de allí y no se nos pedirían cuentas por haber ingresado aprovechando las facilidades de la Junta facciosa.

—Al contrario —me dijo un compañero—, nos van a tratar muy bien.

En efecto, tanto los discursos que se pronunciaron aquella noche en el salón de actos como en las conversaciones de aquellos personajes que se partían la espalda a fuerza de abrazarse unos a otros en los corredores, todo eran plácemes y halagos para los estudiantes, quienes con nuestras huelgas del año anterior y del que estaba en curso «habían creado una situación insostenible al Gobierno», según decían aquellos hombres.

Ninguno de los que aquella noche regresaron al seno de la docta casa echó en cara a los estudiantes el haber entrado allí amparados por las facilidades que dio la Junta de Real Orden. Al contrario, se decía que habíamos «mantenido el fuego sagrado». A muchos nos encantó que se cubrieran con tan poética imagen nuestros verdaderos

fines que, al ingresar, no eran más que los de disfrutar de buenos libros, buena calefacción, cómodos sillones, una cantina baratísima —bocadillos de solomillo por cinco reales mientras que en todas partes costaban ya tres pesetas— y otras gangas realmente fantásticas para los jóvenes provincianos y escasos de dinero.

Pasado el entusiasmo de los primeros días de libertad, los intelectuales más destacados que habían aparecido en la noche memorable —es decir, los escritores que escribían, los médicos que tenían clientela, los abogados con pleitos, etcétera— apenas si volvieron a aparecer por el Ateneo salvo los días de grandes conferencias o cuando allí se comenzó a conspirar en serio para derribar la monarquía.

Yo casi diría que de los verdaderamente ilustres, fue don Ramón del Valle-Inclán casi el único que reanudó la antigua costumbre de frecuentar el Ateneo diariamente.

Una de las primeras veces que yo hablé allí con Valle-Inclán fue el día de la muerte del general Primo de Rivera, ocurrida en París mes y medio después de su caída. La noticia causó algún desconcierto en la Cacharrería —nombre que se daba de antiguo al primero de los salones de abajo, por donde tantas gentes ilustres habían pasado— e incluso me atrevo a decir que alguna consternación. Puesto que a nadie estorbaba, ya no resultaría divertido ni elegante seguir sacándole al ex dictador tiras de pellejo. Aquella tarde se recordaron anécdotas y hasta hubo quien llevó su elegancia hasta insinuar ciertas disculpas que pocos días antes todo el mundo habría encontrado inadmisibles en aquel ambiente.

Los contertulios pensaban que únicamente Valle-Inclán sería capaz de decir algo que animara una tertulia en la que el ingenio parecía sestear en aquella tediosa tarde de domingo.

—¿Qué piensa usted de la muerte del general Primo de Rivera, don Ramón? —preguntó uno.

—Pues pienso que le hará el monumento Cullaut Valera y la oración fúnebre García Sanchiz —respondió.

Desde los primeros días que le vi en el Ateneo y hablé con él, lo que más me sorprendió de don Ramón fue su sencillez, su llaneza. Creo que de todos los grandes hombres a quienes conocí por entonces y he conocido después, era Valle-Inclán el que menos me intimidaba. Hasta a sus propios amigos había yo oído decir que don Ramón era hombre esquinado. Pero durante los años que le traté, no le vi pelearse con nadie ni decir ninguna de aquellas cosas horrendas que se contaban. Es cierto que se metía a fondo con algunas gentes, pero era siempre con los fatuos, con los engreídos, con los necios, con los que tienen éxito sin merecerlo y, sobre todo, con los pedantes. En cambio, guardaba unas deferencias conmovedoras hacia ciertas personas a quienes nadie hacía caso y, en general, era cordial con todo el mundo. Sabía ponerse siempre al nivel del interlocutor cuando éste era persona de su agrado y, si alguna vez soltaba una rociada, ésta se dirigía por lo general a alguno de aquellos a quienes todo el mundo halagaba y que con razón o sin ella gozaban de una posición elevada, próspera o influyente. Por ejemplo, sólo empezó a hablar mal de Azaña

cuando éste llegó a ser presidente del Consejo de Ministros.

Caerle en gracia a don Ramón era una de las cosas más fáciles que podía haber en el mundo.

Según decían algunos, había sido carlista en su juventud y en su madurez. A ello se atribuía la elección de los nombres de dos hijos varones: Carlos y Jaime. Ahora bien, si de verdad don Ramón era carlista, lo era de Carlos VII, es decir, el de la segunda guerra, más pobre, más desafortunada e infinitamente más romántica que la primera, aunque a la postre el resultado de las dos fuera poco más o menos el mismo. *La guerra carlista* en tres tomos —*Los cruzados de la causa*, *El resplandor de la hoguera* y *Jerifaltas de antaño*— se refiere a esa última guerra por la que Valle-Inclán sentía una especie de pasión literaria y estética. Por eso hizo a su Bradomín combatiente legitimista, levantando partidas en Viana del Prior.

«—¡Nunca se vio tal como *ahora*...! ¡Dos reyes en las Españas! —dice una mujeruca gallega en el novelesco relato carlista de Valle-Inclán.

—¡Como en los tiempos de los moros! —respondía otra.

—No quedará quien labre la tierra. Los mozos que no se van a la guerra por su fe (con el rey don Carlos) luego tienen que irse por la fuerza a servir en los batallones del otro rey.

—No hay plaga más temerosa que las guerras que se hacen los reyes.

—Las Españas son grandes y podían hacer partición en buena conformidad.

—Son reyes de distinta ley. Uno, buen cristiano, que anda en la campaña y se sienta a comer el pan con sus soldados. El otro, como moro, con más de cien mujeres, nunca pone el pie fuera de su palacio de la Castilla...».

A mucha gente le seducía también literariamente esta versión gallega de la última guerra carlista y la fuerza del diálogo entre dos aldeanas que hablaban de «dos reyes» porque jamás hubieran podido entender que de lo que se trataba en aquellos momentos era de lucha entre un pretendiente al trono y una república: la de 1873.

Tal vez fueron sus ideas carlistas —más que de ideas creo que habría que hablar de postura estética— las que empujaron a don Ramón a ver con gusto el mal estado en que se hallaba en aquellos días de 1930 la monarquía española, encamada en un rey quien, por ser hijo y nieto de quien lo era, seguía representando la derrota del carlismo.

De ahí a sentirse republicano no había más que un paso que don Ramón franqueó, como la mayor parte de los intelectuales de la época.

La República

Subía la marea republicana durante aquel verano de 1930. Don Ramón del Valle-Inclán se hallaba enardecido y esperanzado como un estudiante. En el Ateneo, en la Granja el Henar, en el Regina y en las otras tertulias de café que frecuentaba —aquella fue realmente la edad de oro de las peñas de café— Valle-Inclán ponía paño en púlpito, si se puede emplear esta expresión, tratándose de algo tan poco piadoso como el ambiente de entonces. Siempre tenía algo que contar, siempre se sacaba de la manga alguna noticia, algún poema sarcástico recién improvisado, alguna «invención» o «mixtificación» —que diría Baroja— divertida. A veces contaba con gran lujo de detalles las interioridades de Palacio o un vivo diálogo entre el rey y algún ministro.

El optimismo y buen humor del Valle-Inclán de aquellos meses no provenía solamente de lo bien que marchaba la revolución que muchos esperaban y otros temían, provenía también de que, por primera vez en su vida, «el gran escritor y extravagante ciudadano», estaba bien de dinero.

Un editor filántropo, un mirlo blanco, una especie de estrella de Belén o arco iris había hecho su aparición poco antes en el horizonte hasta entonces sombrío de los literatos españoles. Aquel hombre —Ignacio Bauer— descendiente de una gran familia de banqueros venida a menos, regentaba la llamada CIAP (Compañía Iberoamericana de Publicaciones) y había empezado a pagar a todos los grandes escritores —e incluso a los medianos— unas cifras fantásticas por los restos de sus ediciones, firmándoles irnos contratos increíbles por reeditar sus obras antiguas y editar las que fueran escribiendo.

Nunca habían conocido semejante prosperidad nuestros literatos ni nunca volvieron a conocerla en vista de que la CIAP quebró y su animador —¡bendita sea su memoria!— se arruinó de tal forma que poco después, ya en tiempos de la República, se vio obligado a hacer unas oposiciones para asegurarse un sueldo modestísimo.

Como es lógico, don Ramón del Valle-Inclán resultó uno de los más favorecidos en aquella especie de lotería literaria. Recibió por los restos de sus ediciones la entonces fantástica suma de doce mil duros, más un anticipo de dos mil pesetas mensuales a cuenta de los originales futuros. Puede calcularse que su poder adquisitivo equivalía a un millón de nuestros días, más un sueldo superior al de un ministro; con la ventaja de que entonces para mejorar el nivel de vida, nadie tenía que empezar por comprarse un piso. Bastaba disponer de cuatrocientas o quinientas pesetas mensuales para poder elegir el que se quisiera entre los más modernos, lujosos y espaciosos.

Don Ramón del Valle-Inclán pudo, al fin, realizar su vocación de gran señor. Se instaló primero en un piso de la calle del General Oraa que más tarde cambió por otro más antiguo, pero más cómodo y alegre, en una casa señorial de la plaza del Progreso. Era raro el día en que no convidaba a comer, en algún buen restaurante, a los ateneístas a quienes encontraba en su tertulia mañanera, con evidentes deseos de ser convidados.

Los hombres que desprecian el dinero —entre los cuales se contaba don Ramón del Valle-Inclán— lo necesitan mucho más que los que lo ganan, precisamente para no tener que estar preocupados por aquello que detestan.

Así, sin ostentaciones ni aspavientos, con la elegancia de un gran señor generoso que hubiera sido rico toda su vida, don Ramón se gastaba aquellos benditos dineros de la CIAP haciendo partícipes de su generosidad a todo el que se ponía a tiro. Sus buenos amigos se inquietaban ante la lluvia de sablistas, temiendo que aquella época de vacas gordas pasara pronto, como así fue.

Aquel otoño de 1930, aprovechando que el nuevo gobierno del general Berenguer había abierto mucho la mano pensando poder volver cuanto antes a la legalidad constitucional, los republicanos organizaron un mitin para el que eligieron como sede nada menos que la Plaza de Toros de Madrid. No era todavía la plaza actual, sino la otra —la de Joselito y Belmonte— que se había inaugurado cuando las bodas de Alfonso XII y que se alzaba donde está hoy el Palacio de los Deportes.

Todas las organizaciones republicanas que habían empezado a cobrar vitalidad tan pronto como cayó el general Primo de Rivera, más las socialistas que habían seguido prosperando y se habían ampliado considerablemente durante la dictadura, enviaron delegaciones. Vinieron también muchas particulares simpatizantes de todas las provincias, muy en especial de Levante y Andalucía.

El mitin se celebró un domingo, a finales de septiembre pero, desde el sábado por la noche, Madrid presentaba un aspecto inusitado y animadísimo. Todos los cafés de la Puerta del Sol, los de Atocha, los de la Gran Vía —entonces había profusión de cafés por todas partes— aparecían llenos de gente que alborotaba y se abrazaba. Lo que ahora ocurre cuando vienen los hinchas del Valencia a ver jugar a su equipo en una final de la Copa no es nada en comparación de lo que fue aquello.

Don Ramón del Valle-Inclán fue reconocido —¡cosa fácil!— por un grupo de jóvenes forasteros en la calle de Alcalá y llevado al Ateneo poco menos que en volandas. Allí estaban reunidos los futuros ministros republicanos que iban a ser los oradores del mitin del día siguiente.

Al encontrarse, una vez ya dentro del Ateneo, con Lerroux, Azaña, Alcalá Zamora y otros de los que formaban el comité revolucionario que había de convertirse en Gobierno de la República seis meses después, los jóvenes entusiastas que habían aclamado en la calle a don Ramón del Valle-Inclán se olvidaron de él para dedicarse a los otros.

Cuando yo bajé de la biblioteca donde había subido a estudiar —tenía un examen el lunes— y desde donde había oído el tumulto, me encontré a don Ramón ya completamente solo tomando café en un rincón. Parecía contento de que al fin le hubieran dejado en paz los alborotadores, a pesar de que, al principio, se había sentido halagado y hasta emocionado ante la explosión callejera.

Hablamos del mitin, que era de lo único que se podía hablar aquella noche. El problema era que habían venido tantos forasteros como para llenar dos veces la plaza

de toros. Todas las entradas de asiento estaban agotadas a pesar de que también el ruedo estaría lleno de sillas.

—A mí, todo eso me es igual. No me dejan ir... —le dije tristemente a don Ramón, porque de verdad me contrariaba no estar presente en aquel festival que se anunciaba tan prometedor y que se calificaba ya de «histórico».

—¿Por qué no puedes ir?

—Hay tres imposibilidades aunque bastaría con una sola. Primero, no tengo entrada. Segundo, la directora de la Residencia (doña María de Maeztu) nos ha prohibido ir sin autorización de los padres, teme que nos pase algo. Suponiendo que yo pudiera remediar estas dos imposibilidades, tampoco encontraría quien quisiera llevarme.

Entonces, había ya mucha camaradería entre chicos y chicas, sobre todo en la Universidad, pero si se trataba de ir a un sitio donde pudiera armarse jaleo (la moda a la sazón era decir «bollo») los chicos, bien fueran novios, amigos o simples compañeros, preferían ir solos. Si un acto así se celebrara hoy, las chicas irían con sus acompañantes al callejón y a los burladeros que eran los sitios que se reservaron para los estudiantes y ateneístas jóvenes, pero entonces ello hubiera resultado inconcebible.

—No te preocupes —me dijo don Ramón—, irás conmigo.

—¿Con usted?

—Sí, tengo varias entradas del palco del Ateneo. Iré a buscarte en un taxi y pediré permiso a la directora para que te deje. Yendo conmigo, estará tranquila.

Aquello me hizo feliz. Asistir a un acto público que nos parecía de tanta trascendencia histórica —ahora resulta que incluso los historiadores más minuciosos lo pasan por alto, pero en aquel momento teníamos la impresión de que era algo así como los Estados Generales anteriores a la Revolución Francesa— junto a las barbas intelectuales más ilustres de España, me parecía una suerte increíble, algo casi milagroso.

Por la calle de Alcalá arriba subían verdaderas masas humanas que gritaban y charlaban animadamente. Se repartían abrazos. La animación se hizo aún más jubilosa al comprobar que la fuerza pública se mantenía discretamente disimulada en las bocacalles, sin el menor ánimo de intervenir.

En cuanto al interior de la plaza, no eran los trece mil espectadores del aforo quienes la ocupaban sino probablemente más del doble. Sin duda el servicio de orden y acomodación había hecho la vista gorda. El caso es que las cabezas de los asistentes tocaban una con otra. Igual pasaba en el ruedo, en el callejón y en los corredores: todo era jaleo, risas, efusividad, alegría.

Casi me atrevería a decir que el gran momento de los republicanos fue aquella mañana. Se observaba incluso más entusiasmo, si cabe, que el que se observó luego —el 14 de abril— porque la esperanza siempre es más sabrosa que la realidad, y las vísperas tienen una belleza que no logra nunca el día señalado.

Un año más tarde, los republicanos en el poder o en la oposición se peleaban amargamente; pero aquel domingo septembrino de 1930, se adoraban unos a otros.

Don Ramón parecía también muy emocionado y más aún cuando notó que en el palco los ateneístas que ya lo llenaban le cedieron la delantera. Todo el mundo en los tendidos le reconoció —no era cosa difícil— e instantes después, la plaza toda puesta en pie le tributó una ovación clamorosa.

Pero aunque le tocaran en lo vivo tales manifestaciones, el espíritu crítico de Valle-Inclán no abdicaba por tan poca cosa y, una vez sentado, echó un vistazo a su alrededor y empezó a comentar en voz alta:

—¿Quiénes serán esos mamarrachos? —dijo de pronto señalando a unos grupos tocados con gorros frigos que estaban en medio del ruedo.

Unos vecinos nuestros, sin duda paisanos de los aludidos por don Ramón, empezaron a mirarle de mala manera. Poco después, cuando empezó el mitin, la cosa se puso todavía peor y fui comprendiendo poco a poco que, si para mí resultaba muy honroso estar sentada al lado de Valle-Inclán, el peligro era mucho mayor que si me hubieran dejado estar en el callejón entre los grupos de estudiantes vigilados por la policía.

Hablaba el representante de los republicanos valencianos y, como era lógico, nombró a Blasco Ibáñez. Don Ramón pegó un salto en el asiento:

—¡Ya sabía yo que aquí iban a hablaros de aquel analfabeto desvergonzado!

Fue suerte que la ovación cerrada que acogió el nombre del escritor valenciano, muerto ya en el exilio y convertido en ídolo no sólo de sus paisanos sino de todos los republicanos españoles, permitiera oír ni aquéllas ni otras palabras fuertes pronunciadas por don Ramón. Su braceo se interpretó como entusiasmo.

Un ateneísta prudente me dijo por lo bajo:

—Si don Ramón sigue así, aquí nos despedazan...

Menos mal que los altavoces eran muy potentes. Y así, entre el fragor de los aplausos y los gritos de los oradores, eran pocos los que oían la voz de Valle-Inclán que seguía despotricando contra Blasco Ibáñez en una plaza donde casi el cincuenta por ciento de los ocupantes eran valencianos.

Luego, cuando le tocó el turno a otro republicano de oratoria florida al que aplaudieron también mucho, don Ramón se dirigió en voz alta a los ateneístas que estaban detrás de él diciendo:

—¡Es un guitarrista de balneario!

Únicamente cuando habló Azaña, Valle-Inclán no sólo aplaudió sino que se puso en pie dos o tres veces. Pero como entonces Azaña era todavía un hombre poco conocido entre los republicanos y como, además, su estilo moderno de hablar no quedaba a tono con las arengas de los otros, la gente se entusiasmó menos. Total, que don Ramón siguió teniendo motivos para gesticular, indignarse y gritar:

—¡Ése es la única cabeza bien amueblada de la República! ¡Y la gente sin enterarse! ¡Claro, como no brama, como Lerroux, ni gimotea como Marcelino, ni

hace trémolos con la voz como los otros, pues no hará carrera política! ¡Ya lo veréis!

A la salida no encontramos ningún taxi y aunque los hubiera habido, les habría resultado imposible circular entre aquel caudaloso río de peatones. Echamos pues a andar rodeados de ateneístas. La gente seguía reconociendo a don Ramón y ovacionándole. A la altura de la calle de Velázquez, descubrimos que entre un grupo de amigos que también iban a pie, venía don Manuel Azaña, al que la gente seguía sin reconocer. No había querido subir a ninguno de los coches en que se acomodaron los otros líderes. Hacía un mediodía espléndido y decidió volver andando a su casa, en la calle de Hermosilla. El futuro ministro de la Guerra y jefe del Gobierno de la República, se mostraba frío y sereno como siempre, aun en medio de aquel entusiasmo.

—¿Qué le ha parecido el espectáculo, don Ramón? —preguntó sonriendo.

—¡Pues muy mal! ¡Una verdadera facha! Y usted, que era la única persona que había entre aquel grupo de mentecatos, ha perdido la gran ocasión de decir que...

Los que habíamos oído momentos antes increpar a la multitud por no aplaudir a Azaña tanto como él creía que merecían sus discursos, nos moríamos de risa viendo cómo le increpaba. A Azaña no parecían importarle mucho las objeciones, al contrario, se le notaba divertido, sin el gesto crispado de momentos antes. Creo que era el único hombre que conservaba la cabeza fina aquella mañana. Ahora bien, como era hombre muy prudente, tomó a don Ramón del brazo y le empujó suavemente con ánimo de continuar la controversia en unas calles menos concurridas.

Recuerdo muy bien a don Ramón durante aquellos días de la revolución de Jaca. Estaba muy excitado. No era precisamente la política lo que le interesaba durante aquel fin de semana que se remató tan trágicamente, sino la estrategia.

Parece que le estoy viendo en su tertulia de la Granja el Henar, explicando cómo deberían desarrollarse o haberse desarrollado las operaciones de la columna rebelde:

—Aquí está Ayerbe —decía colocando en un punto de la mesa el platillo de la taza de café. Enseguida, valiéndose de las cucharillas, los terrones de azúcar, las copas, etcétera, explicaba lo que tendrían que haber hecho los sublevados para llegar a Zaragoza, objetivo principal representado por la jarra.

Como han pasado tantos años y además nunca he entendido nada de operaciones militares, no me es posible acordarme de cómo se desarrollaban los supuestos tácticos valle-inclanescos. Además, tengo idea de que las cosas no siempre ocurrían de la misma manera. Su imaginación era tan fértil y su verbo tan brillante y variado que resultaba difícil seguirle. Parecía un viejo coronel retirado que hubiera tomado parte en docenas de batallas de las guerras carlistas y hasta de las napoleónicas. De lo que sí me acuerdo bien es de lo enfadado que se puso al enterarse, a la mañana siguiente, de que todas aquellas complicadas maniobras que él había ideado quedaron reducidas a unos pocos tiros en los alrededores de Huesca.

—Los militares, ya se sabe, creen que con saberse el binomio de Newton ya tienen bastante. Las guerras les traen sin cuidado. Si el capitán Galán hubiera hablado

conmigo en lugar de dedicarse a leer toda la biblioteca Sempere...

Aparte de lo que le afectó —como a tantas otras gentes— el fusilamiento de los dos jóvenes capitanes —Galán y García Hernández—, don Ramón no se consolaba de que aquella operación de tipo romántico emprendida por unas docenas de oficiales que él suponía también revolucionarios de la estrategia militar y en la que se mezclaban nombres de lugares con tanto sabor como Jaca, Ayerbe, Anzánigo, Biscarrues, hubiera terminado tan pronto y que entre sus lamentables consecuencias figurase el cierre del Ateneo.

Don Ramón tuvo que resignarse a abandonar la estrategia y seguir hablando de política en los cafés, tema del que ya iba estando un poco harto.

Un día de finales del invierno de 1931 cuando la República se tocaba ya con las manos, alguien le dijo en el Ateneo que había vuelto a abrirse al amparo de las libertades que se concedieron en vísperas de las elecciones municipales:

—A usted, don Ramón, le ofrecerán un alto cargo... ¿Cuál piensa elegir?

Pensé que se pondría furioso y respondería que él no era hombre para entrar en repartos de prebendas. Pero, no. La cosa le pilló en un buen momento y respondió con aquel hablar sosegado que adoptaba para las digresiones plácidas de tipo histórico o literario...

—El único cargo que a mí podría tentarme sería el de embajador en el Vaticano...

¡Qué magnífico estaba don Ramón en aquel momento! Una capa española de color marrón se deslizaba lentamente por sus hombros, el humo del cigarro envolvía como una nube ideal su cabeza de cuadro antiguo, y la luz dorada de poniente que entraba por las ventanas altas de la Cacharrería ponía reflejos en sus barbas ya casi completamente blancas, en su larga melena (larga para entonces) y en sus ojuelos extraordinariamente vivaces bajo las gafas de concha.

Una simpática y bonita estudiante norteamericana que hacía allí el doctorado de Filosofía y Letras, y a la que yo había llevado a la tertulia para que conociera a don Ramón, le miraba deslumbrada y me dijo al oído:

—¡Qué hombre! ¡Nunca he visto nada tan extraordinario!

Don Ramón, tras una pausa y entre el silencio asombrado de los contertulios, continuó lentamente:

—Sí. Creo que soy el hombre a quien mejor le iría la Embajada del Vaticano...

Luego, hablando más deprisa y ya con alguna guasa añadió:

—Pero eso no podrá ser. La República tendrá que romper con Roma o Roma tendrá que romper con la República. ¡No es posible imaginarse al nuncio alternando con la Esquerra Catalana!

Por último dijo que había otro cargo, también en Roma, que no le importaría nada que le dieran: el de director de la Escuela Española de Bellas Artes, situada en un gran palacio en San Pietro in Montorio.

—Creo que haría una buena labor orientando a los muchachos que van pensionados a Italia y se encuentran luego allí con los burócratas que manda el

Gobierno.

Don Ramón describía el palacio de San Pietro in Montorio como si hubiera vivido en él.

—Me gustaría morir allí. Pienso en lo que sería mi entierro bajando por aquella impresionante escalinata, con el féretro llevado a hombros por los jóvenes artistas.

Habló también de la campiña romana al anochecer con sus colinas y sus acueductos ruinosos. A todos nos sonaba aquello, lo habíamos leído en un pasaje de las *Sonatas* en el que Valle-Inclán describía al marqués de Bradomín: «guardia noble del Papa, atravesando en silla de Posta la Puerta Salaria y la Puerta Lorenzana cuando, por honroso encargo de Su Santidad iba a llevar el capelo cardenalicio a monseñor Stefano Gaetani, obispo de Betulia, de la familia de los Príncipes Gaetani, rector del Colegio Clementino, todavía en los tiempos del Papa-Rey».

Marta, la estudiante norteamericana, estaba como en éxtasis y cuando don Ramón se despidió me dijo por lo bajo:

—¡Quién hubiera tenido la suerte de ver Italia al lado de este gran artista que tan bien la conoce, la comprende y la ama...!

—¡Don Ramón no ha estado en Italia en su vida! —dijo uno de los ateneístas de la tertulia.

Sospecho que ella no lo creyó aunque era cierto. El numen valle-inclanesco era tan asombroso y su palabra tan brillante que no necesitaba ver las cosas para describirlas tal como eran o tal como deberían ser.

—¡Tampoco conoció la segunda guerra carlista, que tuvo lugar cuando él era un niño, y sin embargo ninguna evocación de aquel ambiente nos ha impresionado como la suya!

El día que se proclamó la República, cuando más grande era la animación en las calles, alguien llegó al Ateneo al anochecer con la noticia más peregrina que podía surgir durante aquella jornada en la que ocurrieron muchas cosas increíbles.

—Valle-Inclán —dijo uno de aquellos emisarios que llegaban a cada momento de la calle— acaba de pasarse a la oposición. Me lo acabo de encontrar en la calle de Carretas y me ha dicho: «Vengo de ahí arriba de soltarles cuatro frescas a esos sinvergüenzas».

«Ahí arriba» era el salón Canalejas del Ministerio de la Gobernación y «esos sinvergüenzas» eran los miembros del Gobierno provisional de la República quienes estaban celebrando su primer consejo, tras haber salido todos juntos al balcón para recibir las aclamaciones.

No se nos alcanzaba a nadie qué podría reprochar don Ramón a aquel Gobierno cuyo único acto había sido ocupar el edificio de un ministerio previamente abandonado por su anterior titular.

—Han perdido la única ocasión de hacer la revolución que ha tenido nunca España. En lugar de eso, han hecho un Martes de Carnaval y ahora se disponen a hacer una república de brasero y mesa camilla.

Por entonces empecé yo a trabajar en los periódicos y, ¡claro está!, nunca perdía ocasión de ir a hacer unas preguntas a Valle-Inclán para cualquier clase de encuesta. Una de las primeras veces, le encontré en un momento en que estaba entretenido hablando de otras cosas y me despachó diciendo:

—Mira, sobre eso tú pones lo que se te ocurra y ya está...

—Pero ¿y si digo alguna tontería y luego usted se enfada conmigo?

—No te preocupes. Por muchas tonterías que pongas, no te figures que vas a llamar la atención.

—Bueno, dígame al menos ¿por qué se hizo escritor?

Don Ramón se rascó primero la barba, tomó después entre dos dedos el pie de la copa de agua y, arrastrándola lentamente sobre la mesa, además muy habitual en él, me respondió:

—Yo no debería haber sido escritor. Me atraían mucho más otras cosas, pero acabé convenciéndome de que era la única posible para mí. Es en realidad la sola en que no hay que aguantar a nadie. Uno escribe lo que le parece sin tener que pedir permiso a nadie, sin que le mande nadie. Yo buscaba una profesión sin jefe y no encontré más que ésta. Yo creo que hubiera sido un buen economista (en 1931 eso que ahora es tan corriente resultaba de una gran originalidad) pero aunque en ese terreno hubiera llegado a la cumbre, habría tenido que aguantar en última instancia al ministro de Hacienda, cargo para el que siempre suelen elegir a un mastuerzo obstinado. Así, siendo escritor, no aguanto a nadie. Por lo demás es un oficio por el que no siento la menor afición.

Otra vez le fui a preguntar no sé qué sobre los partidos políticos que se preparaban para las elecciones generales. De todos dijo cosas divertidas pero al hablar de los socialistas se expresó así:

—Ese partido lleva el fracaso escrito en su rótulo. Fíjate que se llama Partido Socialista Obrero, lo cual es una majadería. Los obreros no pueden tener partido o mejor dicho no puede haber un partido que se llame así por la sencilla razón de que los obreros son los únicos profesionales que no aspiran al mejoramiento de su clase sino a la desaparición.

—¿Qué está usted diciendo? No lo entiendo.

—Está clarísimo. Todo militar aspira a llegar a general, por lo cual sería lógico que existiera un partido de militares que aspirasen a llegar lo más deprisa posible al generalato. Los funcionarios aspiran a ser jefes de Administración, los diplomáticos a ser embajadores, los políticos a ser ministros, por lo menos. Todos los toreros querrían ser Belmonte y los médicos, Marañón. Es decir que todas las clases quieren llegar al más alto escalón pero dentro de su clase. En cambio los obreros, como es natural, a lo que aspiran es a dejar de ser obreros y a ser posible a convertirse en patronos. ¿Cómo van a sentirse a gusto en un partido que lleva como título lo que ellos consideran como una desgracia? Por eso los regímenes obreristas que no piensan más que en el mejoramiento del obrero fracasan. El obrero no quiere que le

mejoren, o lo quiere como aspiración transitoria; lo que le interesa es que le supriman.

De aquellas declaraciones de don Ramón que eran sabrosísimas y de las que no recuerdo nada más que lo que dejo transcrito, saqué un artículo de ocho o diez cuartillas y lo llevé muy contenta al periódico. El director me lo echó al cesto de los papeles. El Partido Socialista Obrero tenía entonces ciento y pico diputados y tres ministros en el Gobierno. Uno de los ministros había sido obrero y una gran parte de los diputados también. Las declaraciones de don Ramón parecieron inoportunas y extravagantes pero, al igual que ha ocurrido con su teatro —calificado de irrepresentable cuando lo escribió—, tal vez hoy no lo parecerían tanto. Basta pararse a pensar en las empleadas del servicio doméstico, por ejemplo, que cobran sueldos superiores a los de muchos empleados y, sin embargo, sólo sirven mientras no encuentran otra cosa en la que emplearse aunque sea ganando menos. ¡Y hacen bien!

No era cierto, como se decía, que don Ramón hablase mal de todo el mundo. Yo le he oído hablar bien de mucha gente. De otras le he oído hablar bien y mal, según como se presentase la circunstancia. De Benavente, por ejemplo, siempre le oí hablar bien a pesar de que este dramaturgo era lo más opuesto a él en muchas cosas y, especialmente, en su manera de hacer teatro.

Parece que también con Unamuno había tenido alguna vez diferencias, o al menos eso se decía, pero durante la época en que yo les traté a ambos, Valle-Inclán no toleró nunca que se hablara mal de Unamuno en su presencia.

Algunas mañanas iban juntos a tomar el aperitivo —que probablemente consistía en tomarse un café— a una cervecería de la plaza de Santa Ana y no era raro que se quedaran allí a comer.

Como Unamuno tenía cierta fama de tacaño, un ateneísta que quería a todo trance que don Ramón hablara mal, al menos alguna vez, del rector de Salamanca —quien por entonces pasaba largas temporadas en Madrid porque era diputado—, lanzó el anzuelo para ver si Valle-Inclán picaba.

—Don Ramón, me apuesto veinte duros a que cuando toma usted el aperitivo con don Miguel, el que paga es usted.

—En fin, ya que son tan curiosos les diré que unas veces pagamos a escote y otras nos convida el camarero —respondió vivamente.

Eso hubiera podido ser cierto porque los camareros madrileños eran todos entusiastas de Valle-Inclán, no sólo por su constante presencia en los cafés sino porque les daba unas propinas principescas que constituían un buen ejemplo, aunque no siempre fuera éste seguido por el resto de los contertulios.

—En cambio, entre los tranviarios —solía decir don Ramón— tengo poco partido, aunque un día que subí a un tranvía, el cobrador me hizo grandes saludos y no quiso cobrarme el billete. Al apearme, volví a darle las gracias y entonces oí que les decía a los viajeros: «¡Ahí le tienen ustedes! Ése es el escritor más grande de España: don Juan Pérez Zúñiga». Otra vez oí la conversación entre el cobrador y el

conductor.

«—¿Sabes quién es ese tío de las barbas?

—Sí, hombre, claro... Le llaman el manquillo. Creo que escribió ese libro que le dicen el *Quijote*».

De Gabriel Miró le oí hablar unas veces bien, otras mal y otras regular, pero siempre en el terreno literario. Un día que le pidieron opinión sobre Gabriel Miró, escritor muy admirado entonces e injustamente olvidado después ya que muy pocos han manejado el idioma con tanta sencillez y elegancia, don Ramón respondió:

—Miró ha hecho él mismo su autodefinición, mejor que la pueda hacer nadie, en el título de una de sus obras: *Humo dormido*.

Ignorando esto, una señora de las que iban a menudo por el Ateneo le dijo que iban a empezar a publicarse las obras completas de Gabriel Miró (hacía ya algún tiempo que el gran prosista levantino había muerto) y que él, Valle-Inclán, podría escribir no recuerdo si el prólogo o simplemente unas cuartillas y publicarlas junto con las de otros literatos célebres al frente del primer volumen. Don Ramón, que no estaba aquel día de tan buen humor como de costumbre, despachó el encargo así:

—Como persona creo que había pocas mejores, pero como escritor resultaba lo más parecido a una monja haciendo dulces.

De Manuel Azaña habló durante bastante tiempo con gran entusiasmo. Todas las tardes tenían tertulia en el café Regina a la hora de la merienda y se quedaban hasta la de la cena. Como aquélla era una tertulia de señores no sólo mayores sino además con más aire de socios de casino que de bohemios de café, los camareros les ponían manteles blancos para servirles la merienda que consistía invariablemente en café o té con pastas y pasteles.

Después, cuando vino la República y Azaña fue ministro, la estima de don Ramón hacia él empezó a decaer. Luego, cuando fue jefe del Gobierno y acabó siendo el hombre más admirado y alabado por los republicanos y aun por los socialistas, don Ramón ya no paraba de ponerle como hoja de perejil en cuanto la ocasión se presentaba.

—Aparte de esa extraña aberración que le ha hecho erigirse en protector de los *fenicios* (los catalanes), no hay duda de que padece lo que yo llamaría complejo de Carlos V: sólo se rodea de extranjeros. Fíjense ustedes en que quien le aconseja es un mexicano, su jefe de prensa un portugués...

—Hombre, don Ramón..., ¡no exagere! El secretario particular es de lo más español, aunque su apellido suene un poco a italiano...

—¿Se refiere usted a Domenchina? Ése es un turco...

Don Ramón cambió de tema seguramente para no tener que explicar de dónde le venía lo de turco al poeta.

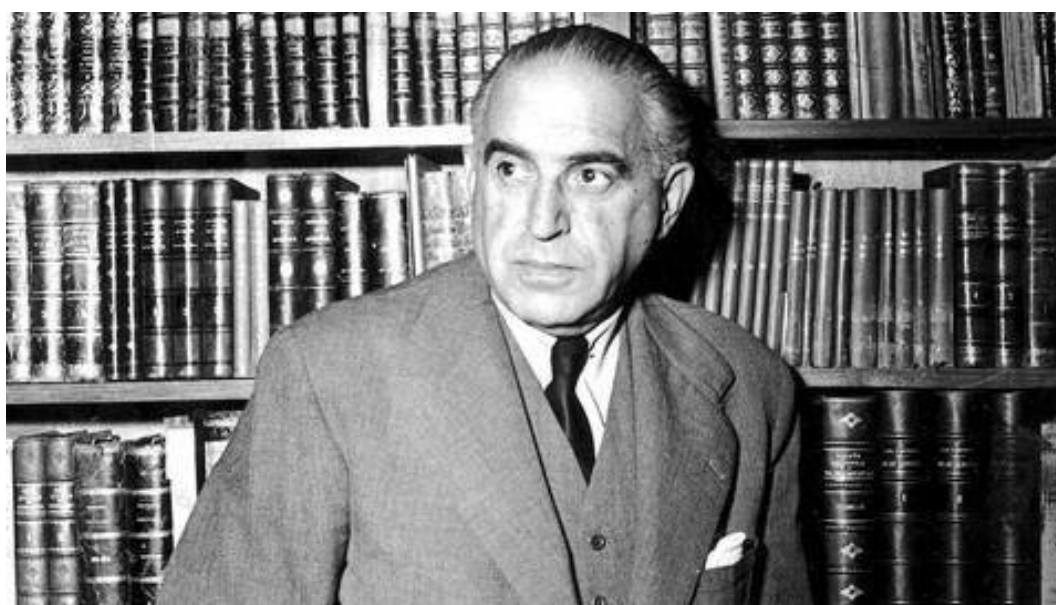
Dicen que tampoco habló nunca mal de Manuel Bueno —yo nunca le oí nombrarle— a pesar de las diferencias políticas y de que fue Manuel Bueno quien de un bastonazo le dejó manco. Claro que todo el mundo sabía que el golpe no hubiera

sido tan grave sin la infección que le causó el gemelo del puño de la camisa al clavarse en el brazo. De cualquier cosa se podía quedar manco o cojo en una época en que era muy difícil la lucha contra las infecciones.

Todos hemos oído decir —y muchos han leído— que don Ramón relataba de mil formas distintas el origen de su manquera, y hubo incluso quien aseguró haberle oído contar que perdió el brazo batiéndose contra un general mexicano al que él, a su vez, dejó seco de un sablazo en aquel mismo instante. Todo eso debió pasar en otras épocas. Cuando yo le conocí no hablaba ya de su manquera para nada. Hasta estoy por decir que no le oí nunca contar aquellas mentiras que le dieron fama de fantástico. Solamente una noche, en el saloncillo del Teatro Español, le oí contar que había cabalgado por no sé qué sitios raros de América montado en un avestruz. Por lo visto en la región se criaban unos avestruces gigantescos que servían de cabalgadura y que, casi sin tocarles con las espuelas, hacían más de veinte kilómetros a la hora.

Capítulo III

Gregorio Marañón^[4]



Un defensor de la mujer

Han pasado más de treinta años pero todavía recuerdo bien la emoción y el alboroto que se produjo en la Residencia de Señoritas Estudiantes —dirigida a la sazón por María de Maeztu y donde yo cursaba mis estudios—, cuando nos anunciaron que el doctor Marañón vendría a darnos una conferencia. En la Residencia vivíamos hasta trescientas muchachas, todas estudiantes y la mayor parte universitarias. Teníamos todas, cuando menos, una ligera idea de la gran figura que era Marañón y de lo que representaba en aquel momento —año 1929— en la vida cultural española. Pero las que cursábamos el primer año de nuestras carreras y estábamos por tanto recién llegadas de la provincia natal, no le habíamos visto nunca.

Nos quedamos pasmadas cuando vimos aparecer ante nosotros aquel hombre tan

joven y, ¿por qué no decirlo?, tan guapo. Marañón no tendría entonces ni cuarenta años, pero creo que aún aparentaba menos. Tenía un gran tipo y un abundante pelo negro todo peinado hacia atrás, una sonrisa bondadosa, un aire, en fin, distinguido y atrayente que provocó verdaderas oleadas de admiración en aquel grupo de muchachas provincianas, ansiosas de conocer intelectuales —cuanto más guapos mejor—, que éramos las estudiantes de la Residencia.

Aquella admiración llegó al delirio cuando Marañón comenzó a hablar. Su voz era otra maravilla: caliente, algo opaca (las voces opacas comenzaban justamente entonces a ponerse de moda) pero entrañable y arrulladora que decía, con una sencillez asombrosa, cosas que nos encantaban.

Hablaba Marañón de la mujer como yo no había oído hablar nunca a nadie. Todas aquellas chicas —que atravesábamos por entonces el sarampión intelectual— estábamos como hipnotizadas. Nadie antes nos había sublimizado tanto. Ningún poeta con sus baladas y sus madrigales había puesto a la mujer tan alta como la ponía Marañón con su prosa sencilla y caliente. Con aquellas ideas y un físico tan agradable, se comprendía bien que el doctor despertara en las señoras admiraciones tan fervientes como las que suscitaba.

«Y es que la mujer —decía Marañón— tiene, en efecto, el poder mágico de llenar el vacío del mundo; porque ella misma está tan hundida en el mundo que forma parte de él, a diferencia del hombre, liberado del planeta, su huésped y su explotador. La madre tierra es madre, es decir, mujer. Y la mujer, por ser madre, es tierra viva, eslabón de la cadena creadora que puebla los ámbitos vacíos con las vidas nuevas. El hombre vive en el cosmos; pero la mujer es como la tierra misma. No nos acompaña en la soledad ni nos protege de ella porque la gran soledad se llena de mundo, y el vacío angustioso, como por milagro, desaparece. El que haya estado alguna vez gravemente enfermo o el que haya visto de cerca a los que lo están, sabe muy bien el mágico poder, el consuelo vital que, con su sola presencia, la mujer ejercita. Muchas veces, en el cuarto de alguno que iba a morir, he sentido noblemente humillada mi ciencia de curar y mi energía de hombre ante la magia prodigiosa del rumor de una falda que iba y venía. En este trance la ciencia desaparece y es en la mujer, llena de mundo, donde se apoya la angustia del que va internándose en la soledad sin orillas del más allá...».

Después nos habló de la mujer en el ámbito intelectual. El problema llamado «feminista» estaba aún vigente por aquellas fechas. Todavía quedaban gentes que se sonreían ante una mujer médico o una mujer abogado, y a nosotras nos encantó comprobar la forma acertada, simple y moderna en que Marañón trataba el asunto.

Doña María de Maeztu nos encomendó, a las que teníamos alguna afición a la pluma, que hiciéramos una especie de reseña de aquella conferencia de Marañón y que explicáramos la impresión que nos había producido oírle. Recuerdo que yo hice una cosa muy pedante y pretenciosa, como suelen hacer los escritores de menos de veinte años. Buscando entre mis anárquicos papeles, he encontrado algunas de

aquellas cuartillas que hoy suscribo en su fondo porque Marañón me sigue pareciendo lo mismo que me pareció entonces. Decían así:

«Se repite con frecuencia que, en el ámbito de la cultura, España no ha producido nada fundamental en el primer cuarto del siglo xx. Todo lo bueno que nos queda es herencia de la centuria pasada. Después de los hombres llamados del 98 —de los que casi todos viven, por fortuna— nos encontramos con el vacío. Pero esto no es verdad más que a medias. Es indudable que nuestro país no puede enorgullecerse de poseer ahora un plantel de cerebros jóvenes como aquellos que, procedentes del siglo anterior, siguen iluminando éste en que vivimos: Ramón y Cajal, Menéndez y Pelayo, Unamuno, Valle-Inclán, los Machado, Galdós, Emilia Pardo Bazán, Baroja, Azorín, Menéndez Pidal, Benavente. Pero también es cierto que de estos treinta años del siglo xx, España no ha salido indigente por completo. Un botón de muestra de lo que nuestro país ha dado de sí en materia de hombres en esmero intelectual y humano se llama Gregorio Marañón.

»Marañón —como Ortega y Gasset— es un hombre típicamente representativo del siglo xx. No importa que haya nacido algunos años, probablemente muy pocos, antes de comenzar la presente centuria. Todo en él es moderno. Su traza física, su sencillez, su modo de escribir y de hablar, los problemas fundamentales que le preocupan, su manera de ver las cosas, hasta su modo de comer, de vestir y de vivir resultan diametralmente opuestos a ese siglo xix al que, sin embargo, él admira en muchos aspectos, posiblemente más que a éste en que nos ha tocado vivir. Yo no me atreveré a decir —¡aunque buenas ganas se me pasan de ello!— que Marañón sea la figura intelectual más importante de la España del siglo xx actual, pero sí digo que posiblemente es el intelectual que ha alcanzado una popularidad más sólida, más afectuosa, más admirativa. El doctor Marañón determina admiraciones fanáticas: cuantos han pasado por su clínica se sienten atados a él para siempre. Cuantos le hemos oído hablar una vez no le olvidaremos nunca. Nadie que haya abierto cualquiera de sus libros ha dejado de sentirse fascinado. Si algunos detractores tiene el doctor Marañón son, sin duda, personas que no han tenido la suerte de conocerle y tratarle.

»El día que a España le falte este hombre, se harán muchos libros comentando sus méritos científicos y sus no menores méritos literarios; pero se harán más aún considerándole simplemente como tipo humano. Marañón sobrecoge a fuerza de bueno y sencillo, a fuerza de cordial y de inteligente. Yo creo que hasta los más petulantes y los más falsos deben sentir ante él un punto de contrición y convencerse de que la verdad y la felicidad consisten en ser natural y sincero».

Cuando terminé mi trabajo, que titulé pomposamente *Marañón y su siglo* y, entre paréntesis, *Ensayo*, me quedé muy satisfecha y lo juzgué digno de ser publicado en la *Revista de Occidente*, que entonces hacía furor; aunque, por fortuna, siempre he tenido, incluso en la primera juventud, un estrecho sentido crítico y no intenté siquiera publicarlo en ninguna parte porque estaba segura de que lo que yo opinara

sobre Marañón no le importaba un comino a nadie.

Un par de años más tarde ya comenzaba yo a publicar artículos en los periódicos, no opinando acerca de los personajes, que es lo que me hubiera gustado, sino contando al público cómo eran y cómo vivían. Intenté hacer el reportaje de Marañón en varias ocasiones pero, por pitos o por flautas, no lo lograba. En alguna ocasión le vi en distintos sitios pero siempre tan rodeado de gente que no me atrevía a acercarme a él. Sin embargo, cada vez me era más simpático. Recuerdo una tarde en el Ateneo en que él, como presidente, dirigía los debates de una Junta general tumultuosa de aquellas que se celebraron en la docta casa durante los primeros tiempos de la República. Los socios más levantiscos querían derrocar la Junta a la que tachaban de reaccionaria. El pateo era considerable. Don Gregorio, siempre cordial y bondadoso, hacía esfuerzos por mantener el orden. Agitaba la campanilla y no dejaba de hacer señas hacia los que estaban en la tribuna alta que eran los que más pateaban. Por fin se hizo oír diciendo lo siguiente: «Un momento. Ya sé que los socios son libres de manifestarse por los medios que crean más eficaces, pero tengo que decir una cosa importante a los de arriba y es ¡que tengan la bondad de trasladarse a patear abajo porque esa tribuna amenaza una ruina!».

Lo dijo con un acento tan simpático, tan bonachón, que se ganó una ovación cerrada. Nadie se atrevió a patear más en toda la tarde. Si se le hubiera ocurrido prohibir el pateo es seguro que se la gana pero aquel respeto hacia la libertad de movimientos de los socios y, al mismo tiempo, el desvelo paternal que llevaba en sí la advertencia, le conquistaron en un momento todas las simpatías de los protestantes.

Poco tiempo después, el director de *La Voz*, Fabián Vidal, me dijo una mañana:

—Usted que siempre está proponiendo entrevistas con Marañón, ahora es el momento. Ayer leyó su discurso de ingreso en la Academia. Vaya a verle.

Llamé por teléfono a casa del doctor y enseguida me dijeron que fuera por la tarde a la hora de la consulta. Me recibiría entre paciente y paciente.

Llegué puntual y emocionada a la casa de la calle de Serrano, esquina con Lista, donde vivía entonces Marañón. Pero me ocurrió algo tremendo: tropecé al salir del ascensor en no sé qué malhadado tranco que había entre el aparato y la escalera y no caí al suelo de bruces porque me recogió oportunamente el criado encargado de abrir la puerta de la casa.

—A todos los que vienen la primera vez les ocurre lo mismo —me dijo—. Por eso estoy yo siempre al cuidado.

Aquello me puso en malísima disposición de ánimo aunque me fui serenando poco a poco durante la espera. Toda la casa estaba llena de gente. Primero estuve en un gran salón donde había muy buenos cuadros y, al cabo de un rato, el criado me pasó a una habitación pequeña llena de libros en la que había una mesita con periódicos.

—Espere aquí un momento. El doctor saldrá en cuanto pueda —me dijo el criado.

Y salió, tan afable, tan cordial, hablándome sin énfasis de ninguna clase como si

nos conociéramos de toda la vida. Recuerdo que vestía un traje gris y que estaba, como siempre, muy peinado. Me dio el discurso que había leído en la Academia para que yo entresacase los párrafos que me parecieran oportunos y luego hablamos de otras cosas. Le pregunté cómo se las arreglaba para que el tiempo le diera tanto de sí y me respondió que el secreto estaba en que no dormía más que cinco horas. Esto se ha repetido mucho después, pero entonces era nuevo y causó gran sensación cuando lo publiqué en el título del reportaje.

—Estará usted siempre muerto de sueño —no tuve más remedio que decirle.

—No, estoy muy bien. El dormir mucho es una de las cosas más perjudiciales que existen. Embota el cerebro. El exceso de horas de sueño y la funesta costumbre de mojar pan en las salsas son las dos causas fundamentales que se oponen a que nuestro país dé más de sí.

Me habló después de sus hijos. La mayor, Carmen, que era aproximadamente de mi edad, terminaba Filosofía y Letras, y el chico, Gregorio, estudiaba Derecho. Las dos menores, Belén y Mabel, estaban en Bachillerato. A la última de las pequeñas tuve poco después ocasión de entrevistarla con motivo de una exposición de bibliotecas infantiles que se celebró en Bellas Artes y en la que ganó el premio. Presentó la criatura una biblioteca tan completa y cuidada que ya la hubieran querido para sí muchas personas mayores. Toda la familia Marañón era como el padre, intelectual y trabajadora.

De buena gana hubiera seguido charlando toda la tarde con aquel hombre tan cordial y afectuoso pero me daba apuro entretenerle más habiendo tanta gente esperándolo. Sus minutos eran no ya oro, como dicen los ingleses, sino brillantes engarzados en platino. Salió a despedirme hasta la puerta tan amable y agradecido como si fuera yo la que le hubiera hecho el favor y no él a mí. Esto me conmovió de veras así como el hecho de que se fiara de mí y no me pidiera que le enviase las galeradas antes de publicar el reportaje, como se atrevían a hacer con frecuencia algunos políticos de pega y algunos actores o actrices de mala muerte.

Marañón en París

Aunque le seguí viendo en distintas ocasiones y en distintos sitios, no llegué a tratar con cierta confianza a Marañón hasta que nos encontramos en París durante la guerra.

Vivió primero don Gregorio en un piso amueblado en la rue Marboeuf y luego en otro de la rue George Ville. Como allí tenía él algún tiempo disponible, pude tratarle más a fondo y apreciar que toda su bondad y su sencillez aparentes eran ciertas y reales. Recuerdo su preocupación por todo lo que ocurría en España y sus desvelos

por los españoles que se encontraban entonces en situación difícil. No creo que ningún hombre haya sentido nunca una nostalgia de su patria tan sincera y tan honda como la suya.

Entonces fue cuando me presentó a su mujer doña Dolores Moya, tan simpática y amable como él. Lucía don Gregorio en la solapa la roseta de comendador de la Legión de Honor. Era el único español con tan alto grado.

Recuerdo que muchas tardes, después de comer, me iba yo de tertulia a aquel hogar encantador donde también iban mucho don Pío Baroja y el doctor Hernando, porque todos vivíamos en el mismo barrio. Mientras don Gregorio pasaba la consulta —pacientes franceses atraídos por su fama— Lola y yo charlábamos en una salita próxima al despacho. De cuando en cuando, entre enfermo y enfermo, don Gregorio venía a la salita y conversaba un rato con nosotras. Nos contábamos las últimas noticias llegadas de España. Nunca se ha idealizado tanto un país como nosotros idealizábamos el nuestro en aquellas conversaciones. Don Gregorio decía de pronto dirigiéndose a su mujer:

—Lola, ¿qué darías tú por poder hacer mañana una excursión por el Puerto del Pico llegándonos hasta Arenas de San Pedro?

Nosotras nos reíamos, un poco melancólicamente, y entonces don Gregorio nos explicaba:

—Es que anoche cené con Herbette, que como sabéis ha sido durante muchos años embajador de Francia en España, y tiene el hombre tal entusiasmo por aquello que me decía: «Por volver a hacer la excursión de Madrid a Arenas de San Pedro en automóvil, pasando por Ávila, daría yo ahora mismo diez mil francos». Me hizo gracia.

—Pues figúrate —respondía Lola—, si Herbette daba eso... ¿qué no daríamos nosotros?

Por entonces estaba escribiendo Marañón su precioso libro *Elogio y nostalgia de Toledo* en el que vertió toda la ternura de su corazón.

Ocurría con Marañón en París una cosa curiosa. A mí y a todo el que le hubiera tratado antes, nos había parecido siempre don Gregorio un hombre de mundo, un perfecto cosmopolita, con pocas o ninguna característica netamente española; un hombre muy moderno que igual podía haber nacido en Madrid que en Berlín, Londres o Washington. En suma, un intelectual como los hay en todas partes. En París, se apreciaba mejor su talla universal pero, al mismo tiempo, se acusaba su perfil moral y físico español y nada más que español. ¡Un españolazo de cuerpo entero! Visto entre los intelectuales franceses, Marañón me parecía un caballero del Greco un poco metido en carnes. Y observado en el seno de su hogar, en aquel cuartito donde charlábamos de espaldas a la chimenea, con el cigarrillo medio apagado en la comisura de los labios y explicándose con hablar reposado y lento, me parecía un señor cualquiera de cualquier provincia española e incluso me recordaba mucho a mi padre, tipo bastante representativo del labrador castellano.

Cuando París se puso feo porque los alemanes se aproximaban, Marañón fue una de las pocas personas que conservaron la serenidad sin sumarse a aquel éxodo angustioso de seis millones de personas que rodaban por las carreteras ametralladas.

Se quedó en aquel París vacío esperando los acontecimientos y del que conserva una curiosa fotografía en la que está él solo en los Campos Elíseos viéndose al fondo el Arco del Triunfo y la gran avenida completamente desierta, como no lo había estado nunca a ninguna hora del día ni de la noche desde que existe París y como no volverá a estarlo probablemente.

Cinco horas de sueño y diecinueve de trabajo

Marañón hizo algunos viajes a América y regresó a España definitivamente en el año 1942. Los años del extranjero habían sido para él una especie de asueto nostálgico, pero asueto al fin. En España volvió de nuevo a hundirse en el trabajo intensísimo que sería capaz de agotar a cualquiera que no dispusiera de sus arrestos morales ni de su enorme fortaleza física.

Hace muy poco tiempo sentí la curiosidad de observar durante un día entero la vida fecunda de este hombre admirable y me quedé maravillada de cómo sigue logrando la multiplicación de los minutos del día. ¡Nadie en el mundo saca más partido a un periodo de veinticuatro horas! Veán ustedes:

A las siete de la mañana, lo mismo en verano que en invierno, ya está en pie el doctor Marañón. Es decir, no está de pie sino sentado en su despacho, una habitación preciosa con balcones a la Castellana y que tiene como adorno —entre otras tonterías— tres cuadros del Greco.

Visto así, a la luz cruel de la mañana, sin afeitarse todavía y bajo la preocupación del duro trabajo de la jornada que le aguarda, Marañón no está ni tan guapo ni tan joven como le ven los millones de señoras que le admiran con razón, porque es hombre realmente admirable. Ahora aparenta por lo menos cincuenta y cinco años en lugar de cuarenta y ocho como cuando le vemos explicando una clase o saludando amablemente a cualquiera de las personas por las que siente simpatía, y que son muchísimas. Porque este hombre extraordinario posee, entre otros dones prodigiosos, el de la eterna juventud. Ha conseguido mantenerse joven, a pesar del paso de los años, igual que las estrellas de Hollywood, sólo que sin pintarse, sin acicalarse, sin hacerse operaciones estéticas ni tan siquiera teñirse las canas, esas canas que aumentan de año en año y que le van muy bien porque suavizan extraordinariamente su rostro moreno de facciones fuertes.

No crean ustedes que Marañón está solo en su despacho a esa hora tan temprana,

allí, junto a la máquina de escribir, está, desde hace rato, Lola, su mujer, otra trabajadora infatigable, otra multiplicadora de los minutos y para la que no hay en el mundo más diversión ni más fiesta ni más pelea ni más joyas que la compañía de su marido. Nadie ha prestado nunca a Marañón un apoyo moral y material tan completo, una colaboración tan eficaz ni tan extensa.

—¡Nada hubiera sido posible sin ella! —me ha dicho muchas veces Marañón cuando le he preguntado cómo se las compone para sacar de la vida tanto provecho.

Más de cuarenta años llevan casados, pero nadie lo diría al verlos. Lola es una mujer de hoy, dinámica, juvenil, alegre que, como Marañón, parece hermana de sus hijos y madre de sus nietos.

Llevan ambos ya más de una hora trabajando sin parar, sin hablarse apenas, sin cambiar una mirada ni una sonrisa. Son cosas muy serias las que tienen entre manos en este momento: el diagnóstico de los enfermos del día anterior, los tratamientos, muchos de ellos delicadísimos. Don Gregorio maneja radiografías, análisis, historiales clínicos, fichas de su monumental archivo de enfermos y Lola anota y escribe todo lo que él va dictando mientras avanza el minucioso examen. De pronto el doctor dice unas palabras levantando la vista de los papeles:

—A este enfermo no podemos decirle lo que tiene, se derrumbaría en el acto. Aparte de este informe destinado a darle ánimos y levantar su moral, haremos una carta para el médico de su pueblo con el verdadero diagnóstico y explicándole lo que, a mi juicio, hay que hacer con el enfermo.

Cuando el sol comienza a dar de plano en los balcones del despacho, el trabajo ya está vencido, por lo menos lo más duro y lo más pesado de él que son los diagnósticos y los tratamientos. Entonces suenan unos discretos golpecitos en la puerta. Es Ramón, el criado, que avisa al señor de que ha llegado el peluquero.

Don Gregorio sale entonces del despacho y los pocos minutos que pasa afeitándose, los aprovecha Lola para ir a inspeccionar la mesa del desayuno que ya está preparada. Es necesario que todo esté muy a punto, muy apetitoso, muy bien colocado para que a él le haga buen efecto y desayune con gusto y apetito.

Sí que parece que lo hace así. Cuando don Gregorio entra en la habitación, envuelto en esa ola de optimismo que irradian los hombres recién afeitados, ataca el huevo pasado por agua con verdadero gusto. Entretanto su mujer le prepara las tostadas bien llenitas de mantequilla y dulce, luego le sirve una taza de café con leche, le acerca la fruta...

—¡No más tostadas, Lolita! —dice cariñosamente el bien servido doctor—, hoy hace calor y no es necesario desayunar tanto. Siento, además, como si me doliera un poco el estómago...

—¡Vamos, Gregorio, no presumas; a ti no te ha dolido nada en tu vida...!

—Lo dices como si quisieras que me doliera algo —responde socarrón el doctor.

—¡Hombre... no! Aunque te advierto que siento un poco de curiosidad por saber lo que harías. En más de cuarenta años que hace que te conozco no te han dolido ni

las muelas.

A los esposos Marañón, a pesar de llevar tantos años juntos, no se les ha contagiado ni siquiera el modo de hablar, como he visto que les ocurre a otros esposos. El acento reposado y un poco soso de don Gregorio contrasta con el habla rápida y graciosa de su mujer. Esto es una prueba más de la enorme personalidad de cada uno de ellos.

No es posible entretenerse mucho en la sobremesa del desayuno, aunque al verlos se diría que uno y otro tienen ganas de charla, porque ambos saben que si no aprovechan estas horas matinales que son las más fecundas, las que dan más de sí, andarán después todo el día de cabeza.

Otra vez vuelven los dos al despacho. Ahora le toca el turno al correo: don Gregorio dicta algunas cartas, otras las escribe a mano mientras Lolita, a su vez, hace sola aquellas que no necesitan ser dictadas. Nada le gusta tanto a Marañón como cartearse con los médicos de pueblo —esos oscuros y heroicos médicos rurales que tanto le admiran a él y que no sospechan de qué modo él les admira a ellos— para hablarles de los enfermos que constantemente le envían a consulta. Cuando puede decir a alguno que está en todo conforme con su diagnóstico y con el tratamiento puesto, rebosa satisfacción. ¡Parece un chiquillo con zapatos nuevos! Cuando por el contrario no tiene más remedio que decir al médico provinciano que estaba equivocado y que lo que tiene el paciente es una enfermedad distinta de la que le estaban tratando, da mil rodeos y suda la gota gorda derrochando amabilidad, simpatía, cariño. Son estas cartas verdaderos modelos de habilidad y los médicos equivocados, al recibirlas, se entusiasman con ellas tanto o más que los victoriosos.

Cuando termina esta última parte del trabajo matinal, Marañón se encierra en el cuarto de baño que comunica con su alcoba. Al cabo de muy pocos minutos sale de allí bañado, vestido y listo para irse a la calle. Ahora ya sí que respira juventud, optimismo, dinamismo. Nadie al verle pensaría que lleva ya en el cuerpo tres horas largas de trabajo ni que se dispone a acometer la agobiadora tarea del hospital, la más dura de todas.

Mientras coloca los papeles en la gran cartera de cuero, Lolita comprueba si se le ha olvidado algo: el pañuelo, las gafas, la pluma, las llaves... Si todo está en regla, se despiden y ella se dirige a las habitaciones del interior de la casa. A veces don Gregorio vuelve nuevamente y dice en alta voz desde el centro del vestíbulo:

—Lolita... que me iba sin dinero. ¿Podrías darme cinco pesetas?

Ella llega corriendo muy sofocada y conteniendo la risa.

—Sí, hombre, sí..., no es que «podría»; es que puedo —dice al tiempo que le mete unos billetes en el bolsillo.

—¿Para qué tanto?... si lo que yo necesito no es más que un duro —insiste el doctor.

—Hombre..., haz el favor de hablar más bajo. ¿No te das cuenta de que en esta casa hay gente extraña a todas horas y si te oyen pensarán que soy un monstruo de

avaricia que te tiene sacrificado? Nadie podrá pensar que eres tú quien, por comodidad, te has negado toda la vida a manejar ni un céntimo.

En una ocasión contándome estas cosas, la señora de Marañón me decía muerta de risa en el fondo:

—A veces, a la hora de la consulta, cuando todo está abarrotado de gente, él sale gritando tan tranquilo: «Lolita, ¿puedes darme siete setenta y cinco?». Ya le he dicho que, al menos, me pida cifras redondas, que resulta menos escandaloso.

En ninguna parte levanta don Gregorio las oleadas de cariño y admiración que despierta en su cátedra y en las salas del hospital. Es el maestro por antonomasia, el profesor al que adoran sus discípulos y el médico a quien los enfermos idolatran. Hay que ver el cariño y bondad con que se detiene ante cada una de las camas de sus salas y en qué forma sabe hablar a sus enfermos. ¡Y hay que oírle dar su clase! Hasta los más profanos pueden sacar algo en limpio de sus explicaciones por su forma clara y sencilla de expresar sus pensamientos y su sabiduría. Por eso su clase está siempre llena, ni un solo alumno falta a ella.

Marañón es uno de esos hombres dotados de la gracia del soplo del Espíritu Santo. Sugestiona sin proponérselo a cuantos se mueven a su alrededor. Si no fuera médico, Marañón hubiera podido muy bien ser curandero. Y estoy segura de que hubiera conseguido curaciones asombrosas.

Una vez fui yo a su consulta del hospital con una enferma moribunda de mi pueblo, aunque bien diagnosticada y tratada por otro médico con el que Marañón se mostró del todo de acuerdo.

—¡Usted se va a curar en un voleo! —le dijo don Gregorio con su habitual llaneza al tiempo que le daba unos golpecitos en el hombro.

Y se curó. Dicen que fueron las medicinas y el régimen, pero yo estoy segura de que lo que obró sobre ellos fue aquella seguridad bondadosa, el «voleo» y los golpecitos de Marañón en el hombro de la enferma.

Hasta pasadas las dos y media no regresa Marañón a su casa. Nadie diría al verle tan fresco, tan peinado, sin una cana fuera de su sitio ni una arruga de cansancio, que ha hecho frente durante toda la mañana a un trabajo abrumador: visita a sus cuatro salas del hospital —dos de mujeres y dos de hombres— acompañado de sus ayudantes; la clase en la cátedra; consulta..., esa consulta fatigosa, dura y deprimente del hospital. Probablemente también habrá tenido que recibir y hacer los honores en su cátedra a algún profesor extranjero de los que, atraídos por su fama mundial, vienen para verle en su propia salsa. Y por si todo esto fuera poco, habrá tenido también que acudir a alguna casa particular y examinar a un enfermo gravísimo y nuevo para él a requerimiento de la familia y de los médicos de cabecera.

A pesar de todo ello se muestra alegre porque ahora le esperan lo menos tres cuartos de hora tranquilos y gozosos. Mientras cambia la americana de calle por otra más fresca, dos nietecillos le agarran de una pierna cada uno, otro intenta trepar hacia arriba, un cuarto nieto, un poco mayor y con aficiones literarias, intenta leerle algo

que ha escrito y que supone que al abuelo le va a parecer estupendo.

Tiene Marañón en la actualidad ocho nietos: tres, ya pollitos, de su hija Carmen —casada con Alejandro Fernández Araoz—, dos chicas muy guapas y un chico; dos de su hijo Gregorio —casado con Patricia Bertrán de Lis—, chicos los dos; y otros cuatro, los más pequeñitos, de su hija Mabel, casada con el periodista inglés Thomas Burns.

—A nosotros —me dijeron una vez Marañón y su esposa— nos parece que no tenemos más nietos que los cinco pequeños. Los tres de Carmen son como hijos nuestros, los vemos tan mayores...

En efecto, cuando nacieron estos hijos de la hija mayor, don Gregorio y Lola tenían poco más de cuarenta años. Yo recuerdo que el día de la boda de Carmen, una vendedora de décimos que estaba en la puerta de San Manuel y San Benito y que vio a Marañón vestido de chaqué del brazo de su hija gritó: «¡Vaya un novio guapo y buen mozo!».

También recuerdo el efecto que hizo don Gregorio años más tarde, en 1944, cuando con motivo de la boda de su hija Mabel entró en el templo de los Jerónimos dando el brazo a *lady* Hoare, esposa de *sir* Samuel Hoare, a la sazón embajador de Inglaterra en España y padrino de la boda. Nunca he visto yo en Marañón una expresión tan bondadosa —a pesar de que la bondad es su rasgo más saliente— como en esos momentos de las bodas de sus hijas. ¡Y nunca ha emanado de toda su persona una tan tierna solemnidad! Entre los cientos de curiosos que acudieron a presenciar ambos acontecimientos, recuerdo que hacía él más impresión y levantaba más murmullos que los propios novios.

Marañón come a mediodía con bastante apetito siempre. No es extraño, porque la mesa invita a ello. También aquí se ve la mano delicada y la prodigiosa dirección de su mujer. La mantelería, los cristales, la porcelana, las flores son de un gusto exquisito. En casa de Marañón no hay comedor aparatoso porque nunca se dan grandes comidas, se pone la mesa en la biblioteca y así resulta todo más íntimo y más bonito porque todavía no se ha inventado un adorno mejor que los libros para decorar una habitación.

Como don Gregorio es más *gourmet* que *gourmand*, los platos que se sirven son pequeños, variados y delicadísimos. Todo esto también lo vigila Lola estrechamente aunque encuentra un precioso auxiliar en Carmen, la cocinera, que siempre está deseando aprender novedades con que regalar el paladar de su señor, al que adora, por supuesto, como todo el que le conoce. Porque una de las cosas que siempre me han inducido a pensar que Marañón es un fenómeno humano, no es su asombrosa capacidad de trabajo ni su inteligencia no menos asombrosa, ni su envidiable fluidez literaria sino la unanimidad con que suscita las alabanzas. Marañón, como todo el mundo, tiene enemigos, pero todos son personas que no le han tratado, que no le conocen. En cuanto alguno de estos enemigos habla con él y le trata un poco, se rinde con armas y bagajes. Cuanto más cerca se vive de él, más cariño y admiración

suscita.

Visto en la intimidad de su hogar —que es donde los hombres dejan sus fallos al desnudo— apenas si se le descubre algún defectillo, alguna manía. Una de estas manías es la de las plumas estilográficas. Encima de su mesa de trabajo tiene siempre un cacharro abarrotado de plumas que nadie puede tocar sin exponerse a un serio disgusto, porque Marañón, que tiene un carácter dulce y paciente y que no suele enfadarse, se pone gruñón y pesado cuando observa que alguna de sus plumas no marcha como es debido. Ni a su mujer le consiente que toque tan preciosos objetos.

—Alguien ha escrito con esta pluma —dice una y otra vez disgustado.

Lola ya sabe que ese «alguien», dicho con retintín, se refiere a ella. A veces don Gregorio se pone tan machacón que su mujer no tiene más remedio que contestarle:

—¡Parece mentira, hombre! Cuando las criadas hacen algo mal hecho o rompen alguna cosa siempre las disculpas y me ruegas que no les diga nada, en cambio cuando soy yo...

—¡Ah... vamos! Entonces lo que tú quieres es que te trate como a las criadas, ¿no es eso?

Lolita acaba por reírse y tan pronto como don Gregorio se mete en la consulta, llama por teléfono para que vengán a arreglar la pluma inmediatamente a fin de que se quede tranquilo.

Marañón no es hombre caprichoso y jamás se molesta en comprarse nada, pero en cuanto oye o lee que ha salido alguna novedad en materia de plumas estilográficas, ya no descansa hasta que dicha novedad se encuentra en su poder. Claro que su suplicio es breve porque su mujer, siempre pendiente de darle gusto, tan pronto como le oye hablar de algún nuevo modelo de plumas, lo pide enseguida al punto del globo donde se venda y se apresura a hacerle feliz regalándoselo.

Un día entró en la consulta de Marañón una mamá con un niño, un *Jaimito*, quien al ver el cubilete lleno de plumas gritó:

—¡Ahí va...! Este médico es un *chala*, mamá... ¡Fíjate en la cantidad de plumas estilográficas que tiene! ¡Lo menos cuarenta! Ya me podía regalar a mí alguna.

Parece que la mamá salió de allí mucho más enferma que cuando entró porque, pese a su amabilidad, el cariño con que trata a los enfermos y la simpatía natural que irradia toda su persona, don Gregorio inspira a sus clientes un gran respeto. Muchos incluso le escriben después de haberle visto para confiarle cosas que no se atrevieron a decir, intimidados por su presencia.

La consulta de Marañón es larga y fatigosa. A veces dura ocho horas seguidas. Los jueves, que son los días en que la Real Academia de la Lengua celebra sus sesiones, don Gregorio suspende la consulta a las siete. Ni un solo jueves falta Marañón si está en Madrid. Le gusta mucho. Lola dice que la Academia es su «casinillo», su única diversión. Ejerce don Gregorio en la Academia el cargo de censor, pero él suele decir riendo:

—Más que el censor lo que soy es el bedel.

Esto lo dice porque como es hombre tan ocupado siempre está pendiente del reloj y es quien avisa a sus ilustres compañeros de que ha sonado la hora de empezar o la hora de concluir.

Marañón es un hombre paciente con los enfermos hasta un grado increíble pero a veces se enfada en la consulta. Una vez, su mujer le oyó dar gritos y todo; claro que no era con la enferma con quien se enfadó sino con otra señora que venía acompañando a ésta. Al preguntarle Marañón si era de la familia, la señora en cuestión respondió:

—No. Soy simplemente amiga. Pero tengo mucha afición a la medicina y quiero ver cómo se produce usted con los enfermos.

Aunque la cosa no le gustó nada, Marañón, extremando su amabilidad, le permitió quedarse allí pero, cuando observó que apenas si le dejaba interrogar a la enferma, que metía baza en todo cuanto él decía y que incluso traía el diagnóstico hecho, se puso furioso y le señaló la puerta del despacho diciendo:

—Mire, señora, a los aficionados no se les deja actuar ni siquiera en las plazas de toros. Allí los meten en la cárcel. Yo no haré tanto con usted, pero le ruego que nos deje. ¡Aquí no tolero espontáneos!

Hay quien cree que la consulta de Marañón es algo así como un concurso de elegancias y que sólo van a ella enfermas y enfermos exquisitos. ¡Esto es un error! No hay un sitio donde se vean gentes más variadas. Yo he visto allí muchos provincianos, muchas gentes de pueblo, muchas personas muy modestas. No faltan tampoco esos tipos llenos de curiosidad que le enfadan bastante al doctor porque, en realidad, no van allí para que él los vea sino para verle a él, y se pagan ese capricho como quien se paga un lujo. Una señora distinguidísima, estrechada a preguntas por don Gregorio que ya estaba bastante escamado ante las contradicciones que decía respecto a los síntomas de la enfermedad, acabó confesando:

—En realidad, doctor, yo no tengo nada pero no quería marcharme a Chile sin haberle visto a usted de cerca. ¿Qué me dirían las amigas si llegara allí sin haber estado en su consulta?

A veces cuando ya está muy fatigado de ver tantos enfermos seguidos, don Gregorio sale del despacho y pasa tres o cuatro minutos en la salita donde permanece su mujer durante toda la tarde, leyendo, haciendo labor o charlando con sus hijas o con alguna amiga. Esos ratos son los que aprovecha Lola para plantearle algún pequeño problema de los pocos que ella no puede resolverle sola; por ejemplo: la prueba de los trajes.

—Para conseguir que se pruebe algún traje tengo que ponerme con él igual que se ponen otras mujeres cuando quieren sacarle a su marido un collar de perlas o un abrigo de visón. Nunca encuentra el momento oportuno para someterse al sastre.

—Gregorio, hijo —insiste su mujer cada vez más melosa— ¡Yo te aseguro que no son más que cinco minutos...!

—Sí, eso decís siempre y luego es una lata horrible. ¡No puedo, Lolita, no puedo

hoy! Veremos mañana. Además ¿por qué no hace el traje sin probarlo? Que lo haga igual que los otros y en paz.

—Papá, tú lo que quieres es ir hecho una facha —tercia alguna de las hijas.

—Bueno, pero... vamos a ver: ¿cuántos trajes tengo?

—Es igual. Éste de ahora te hace falta.

—¡Siempre decís lo mismo!, pero te aseguro que nunca he sentido la necesidad de tener un traje más. Tampoco comprendo que haya necesidad de probar cada traje tres o cuatro veces teniendo el sastre las medidas.

Por fin el matrimonio llega a un acuerdo en vista de la cariñosa insistencia de la mujer. Al día siguiente, don Gregorio procurará llegar un poco antes del hospital y, mientras sacan la comida, se dejará probar, siempre que el sastre prometa ser razonable y siempre que su mujer no empiece a decir que si tira de allí o hace una arruga acá. En realidad al doctor lo que le saca de quicio no es tanto la pérdida de minutos (a pesar de que se ha calificado a sí mismo como «traperero del tiempo», o sea que va recogiendo cuidadosamente de aquí y de allá los minutos que todos desperdiciamos) sino lo muchísimo que le molesta y le importuna la ceremonia del probado, que considera estúpida.

Aunque pasa por hombre elegante, los que le conocemos sabemos muy bien que si no fuera por su mujer, sus hijos y hasta sus yernos que siempre están pendientes de él, iría por ahí hecho una calamidad. Lo único que no pueden comprar sin él son los trajes y los sombreros. Con los trajes ya hemos visto lo que ocurre, en cuanto a los sombreros, lo ha resuelto su yerno Thomas Burns. Cuando Marañón va a Londres a ver a su hija y a sus nietos, como allí tiene más tiempo, su yerno le lleva a la calle a dar un paseo y de pronto le dice: «Acompáñame. Tengo que comprarme un sombrero». Ya una vez en la tienda, se las arregla para que su suegro se pruebe tres o cuatro y luego dice en la tienda que le manden a casa aquellos que le están bien a don Gregorio. Lola se los trae a Madrid, los guarda y se los va dando al doctor conforme los va necesitando.

Si le queda un rato libre entre el final de la consulta y la hora de la cena, Marañón lo aprovecha siempre para escribir. La pluma se mueve ágil, con rapidez asombrosa, las cuartillas se amontonan.

Los hombres que escriben con demasiada facilidad suelen ser malos escritores pero Marañón es en esto, como en todo, una excepción. Incluso su suegro don Miguel Moya, tan ducho en las faenas de pluma, se asombraba ante tal facilidad.

Lola recuerda a veces que la noche de la muerte de Galdós se encontraban en el despacho de su padre, don Miguel Moya, muchos escritores y amigos esperando las últimas noticias del estado de don Benito, cuyo fin ya se veía inminente. Marañón, que era el médico de cabecera de Galdós, no se separaba de él desde hacía unos días. De pronto llegó a la reunión y dio la triste noticia de la muerte del primer escritor español. Entonces Moya —a la sazón director de *El Liberal*—, encargó a su yerno que le hiciera un artículo relatando las últimas horas de don Benito a fin de publicarlo

a la mañana siguiente en el periódico.

Don Gregorio tomó la pluma y allí mismo, en aquel despacho, entre el rumor de las conversaciones y el humo de los cigarrillos, agobiado aún por el dolor de haber visto morir a Galdós al que quería entrañablemente desde niño, escribió uno de los más bellos artículos de su vida y desde luego el mejor de cuantos se han escrito acerca del autor de *Fortunata y Jacinta*.

Cuando lo leyó don Miguel Moya, dijo asombrado a su hija Lola:

—Te aseguro que cualquiera de los escritores que conozco, incluso Blasco Ibáñez que es el más rápido de todos, hubiera necesitado emplear una tarde entera y fumar cinco puros para conseguir lo que tu marido ha hecho magistralmente en un momento.

Su pluma es una de las mejores que haya tenido nunca España. El castellano que emplea es impecable, propio y arrebatador. Todo lo que dice lo dice bien. Así como la escritura de Azorín es algo que recuerda a un pequeño frasco de esencia de la mejor marca trabajosamente obtenida, pero de la que una sola gota encanta y embriaga, el Marañón escritor, es decir, su prosa, es como una fuente clara que corre a caño lleno bajo unos árboles frondosos. La obra literaria de Marañón es más vasta que la de cualquier escritor profesional que no ha hecho en toda su vida otra cosa que escribir. Luego está su obra médica escrita, que compone una verdadera biblioteca científica. El día de mañana, al considerar la obra completa de Marañón, se dudará de que todo ello lo haya escrito un solo hombre.

Toda su labor literaria la ha llevado a cabo en horas perdidas —ya hemos visto que el cuidado de sus enfermos le lleva el día entero— aprovechando los domingos que pasa en su cigarral, en Toledo, y aprovechando también las cortas vacaciones que suele pasar en San Juan de Luz y durante los viajes. Generalmente en los viajes nadie tiene tiempo de hacer nada pero, como él mientras viaja no tiene consulta ni hospital, consigue sacar algunas horas libres que dedica siempre a escribir. También durante los mismos es cuando escucha conciertos, cuando ve buenas funciones de teatro, cuando se permite el lujo de algún ratito de tertulia.

Además de sus tareas normales hay días —muchos— en los que Marañón tiene que dar conferencias o asistir a ellas, acompañar a algún profesor extranjero o cumplir algún que otro compromiso. En ese caso tiene que sacar ese tiempo de donde se pueda, todo menos robárselo a los enfermos que ninguna culpa tienen, según él, de sus compromisos. Cuando se plantean estos problemas, lo mismo su mujer que él comienzan por levantarse una hora más pronto y aprovechar los minutos todavía con más avaricia.

Muy pocas veces, aunque sí de vez en cuando, Marañón habla muy seriamente a su mujer de asuntos de dinero. Empieza con unos preámbulos y ella, que sabe siempre adonde conducen, le ataja para evitarle la violencia.

—No tienes que decirme nada de eso, Gregorio. Todo lo que hay en casa lo has ganado tú. Tienes, por tanto, derecho a disponer a tu gusto. Ya sabes que en el fondo

a mí me encanta que seas así. Dispon de todo lo que quieras...

Lo que quiere don Gregorio en esos casos es comprar instrumental para las salas del hospital o dedicar una gran cantidad a la curación de unos enfermos que no disponen de medio alguno y que, de otro modo, no podrían curarse. Siempre ha encontrado en su mujer el más ardiente colaborador para estos gastos.

Yo sé muy bien —y no porque ellos me lo hayan dicho— que hacia el año 1923, cuando comenzaban a levantar una fortunita y ya tenían cinco hijos, Marañón dedicó todo lo que había ganado al arreglo de sus salas del hospital a fin de ponerlas en condiciones decorosas. La mala suerte quiso que, a renglón seguido, tuviera que pagar la multa enorme que se le impuso con motivo del complot de la noche de San Juan. Fueron unos años muy duros. Todo el mundo le suponía rico pero la verdad era que no tenía un céntimo. Si algún día se sabe todo lo que Marañón ha gastado en obras benéficas, todo lo que ha curado a costa de su propio bolsillo y todo lo que ha dejado de cobrar a enfermos que no podían pagarle, o que no querían, quedaremos todos maravillados porque la cifra alcanzará proporciones fabulosas.

Aunque más frugal que la comida, la cena en casa de Marañón es también delicada y apetitosa. Ramón, el criado que abre la puerta y se ocupa de la recepción y de dar hora a los pacientes, sirve también la mesa, puesto que en casa del doctor el servicio no es más numeroso que en cualquier otra casa acomodada de Madrid. Todo el mundo trabaja en aquella casa y nadie hay en ella dedicado a divertirse. No se juega en ella, no se bebe, no se celebran grandes meriendas, cenas ni cócteles, y esto facilita mucho las cosas.

La cena suele ser más rápida que la comida. No hay nietos porque no están todavía en edad de salir de noche, ni más hijos que Belén, la soltera, que es otra trabajadora empedernida, doctora en Filosofía y Letras, políglota, que presta gran ayuda a su padre en las traducciones y trabaja también mucho por su cuenta.

Después de una breve conversación, don Gregorio y su esposa vuelven a meterse en el despacho, preparan papeles para el trabajo del día siguiente o buscan alguna cosa específica en un libro. Mientras el doctor se dirige a su alcoba, Lola se va a dar la última vuelta por la casa y a dar instrucciones al servicio.

Y ahora ustedes se preguntarán: ¿Cuándo lee Marañón? ¿Cuándo se traga esa enorme cantidad de libros que han hecho que su cultura sea una de las más vastas y enciclopédicas? Pues lee precisamente ahora, por la noche, después de acostarse. Marañón suele retirarse a descansar hacia las once de la noche, hasta las dos de la madrugada tendrá encendida la luz de su cabecera y, a las dos en punto, se queda dormido como un niño hasta las siete de la mañana. ¡Cinco horas de sueño y diecinueve de trabajo! He ahí parte del secreto de su éxito y de su fecundidad. La otra parte está en su talento prodigioso.

¡Cinco horas de sueño! Marañón asegura que no hacen falta más para conservar el cuerpo sano y el entendimiento despierto. Ahora que, ¡eso sí!, las cinco horas las duerme profundamente. Su mujer asegura que si entrara en Madrid un regimiento por

el paseo de la Castellana abajo, tocando trompetas y batiendo tambores, a don Gregorio no le despertaría. Jamás ha tenido que tomar una de esas píldoras que sus clientes le piden que les recete porque padecen insomnio. Él suele decirles que no hay mejor somnífero que el trabajo, que es además, según él, una de las cosas «menos aburridas y más higiénicas» a las que uno puede dedicarse en este mundo.

Capítulo IV

Ramiro de Maeztu^[5]



La víspera se había proclamado la República, estábamos pues aquel día a 15 de abril de 1931. Por la calle de Alcalá, justamente por el ancho trozo de acera que se extiende bajo las ventanas del Círculo de Bellas Artes, vimos venir a don Ramiro de Maeztu.

¿Por qué me había intimidado a mí siempre don Ramiro de Maeztu hasta el punto de que jamás me atrevía a acercarme a él para hacerle una de aquellas entrevistas que yo prodigaba a diestro y siniestro? Aquel hombre grande y tieso, de rostro duro y poderosa voz, me causaba el mismo estremecimiento que de pequeña me habían causado esos personajes de pesadilla conocidos en el mundo infantil con los nombres de *traganiños* y *sacamantecas*.

Siempre que veía a Maeztu se me venía a la imaginación el magnífico libro de Larreta titulado *La gloria de don Ramiro*. Igual, exactamente igual, con la misma facha y la misma voz, me imaginaba yo al canónigo Vargas Orozco, verdadera gran figura de la obra, hombre de ideas duras pero de bondad profunda «que vivía la vida como un rancio hidalgo español, con el fondo del alma».

Indudablemente el miedo y al mismo tiempo el interés que Maeztu me inspiraba, procedían de eso, de que me había dado sin querer por identificarle con Vargas Orozco del cual nos dice Larreta cosas como las siguientes, que no son ni mucho menos una invitación a la intimidad ni al intercambio de bromas y chistes: «Impregnado desde joven del espíritu del Antiguo Testamento vibraba en él esa justicia rencorosa, inexorable, tremenda que parece surgir como un trueno a través de los versículos».

Y cada vez que yo veía a don Ramiro de Maeztu me lo imaginaba repitiendo con su voz magnífica aquellas palabras estremecedoras de Vargas Orozco: «El miedo a la sangre, hijo mío, es un bajo instinto del hombre. Jehová se repugna del vicio, de la impiedad, de un solo pecado, pero no de la sangre vertida justicieramente. La sangre es el riego necesario de toda buena germinación y el Señor la hace correr a su tiempo con la misma benignidad con que escurre los nublados sobre los surcos. Las vidas humanas no valen sino por lo que resulta de su sacrificio como los granos de incienso».

Algo así de terrible pensaba yo que iba a decimos don Ramiro de Maeztu cuando le vimos venir hacia nosotros aquella mañana del 15 de abril por la acera del Círculo de Bellas Artes. De ir yo sola, hubiera pasado de largo, sin hacerme notar, confundida entre los alegres grupos de gentes que vitoreaban a la República recién instaurada, grupos a los que don Ramiro daba de lado con olímpico desprecio. Pero me acompañaban dos amigos que lo eran también de Maeztu y tuvimos que detenemos para saludarle.

—¿Qué le ha parecido a usted todo esto, don Ramiro? —le dijo uno de ellos—. Hemos cambiado de régimen sin un desmán, sin un crimen, sin un saqueo. El mundo entero nos contempla con admiración.

Pero Maeztu mirándole de arriba abajo respondió:

—¡Ah!... ¿De modo que también usted se hace eco de esa estupidez que corre de boca en boca? Pues sepa que a mí todo esto me ha parecido en el fondo una enfermedad que pagaremos muy cara, y en la forma, una vergüenza, una broma de carnaval.

Luego, levantando aún más la voz y extremando los aspavientos continuó:

—Díganme ustedes... ¿qué se puede esperar, qué se puede decir de un pueblo que hace su gran revolución al grito de «¡una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... el rey estaba pocho!»?

Y la voz potente de don Ramiro iba elevándose y ensanchándose a medida que contaba «una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...» adquiriendo proporciones de verdadero trueno cuando gritaba con toda su alma «¡el rey estaba pocho!».

A nuestro alrededor se formó un corro de curiosos algo despistados que no reconocían a Maeztu y no sabían si se trataba de un entusiasta o, por el contrario, de un denostador de la República y de aquel sistema de rimar injurias con números cardinales que representaba una verdadera innovación en la historia de los gritos

revolucionarios.

Precisamente aquella misma mañana, leyendo la prensa francesa de la víspera, había yo notado que a los franceses les tenían también bastante estupefactos aquellos gritos que habían indignado tanto a don Ramiro. El diario *París Soir* decía así:

«La República se ha proclamado en España. El rey ha partido. El pueblo republicano recorre las calles profiriendo gritos incongruentes tales como:

*Un, deux, trois...
Mort a Berenguer!*

Otros repiten una frase todavía más extraña:

*Viruta, Viruta, Viruta...
la reine n'était pas très sage!*

Por último, los más numerosos gritan con todas sus fuerzas:

*Un, deux, trois, quatre,
cinq, six, sept, huit...
¡le roi était pocho!...».*

El periódico francés añadía como nota aclaratoria lo siguiente: «Indudablemente el corresponsal que nos telegrafía conoce mal la lengua de Cervantes pues de otro modo no es posible explicarse estos extraños *'mots d'ordre* sin precedentes en la historia de las revoluciones. Con el noble fin de esclarecer en lo posible esta cuestión a nuestros lectores, hemos buscado en un diccionario español el significado de la palabra “pocho”, que nuestro corresponsal deja sin traducir, pero no podemos hallarle un equivalente en francés. En cuanto a la palabra “viruta” significa “hoja delgada que se saca con el cepillo al labrar la madera”, lo cual nos sume aún más en la confusión».

Don Ramiro no estaba confuso como el *París Soir* sino indignado, y su indignación empezaba a resultarle chocante a los curiosos que nos rodeaban. Confundidos por la voz de Maeztu hecha como de encargo para la arenga callejera, creyeron en un principio que se trataba de un espontáneo panegirista del régimen que se había proclamado la víspera; sin embargo las cosas que oían no eran las que esperaban ni se parecían en nada a las oídas el día anterior. ¿Se trataría de algún monárquico? No... no era posible... ¿Cómo iba a atreverse ningún monárquico a pasear aquella mañana por un lugar tan céntrico y mucho menos a vociferar contra un régimen que era dueño absoluto de la calle? Pero a medida que don Ramiro hablaba y despotricaba, los curiosos iban sabiendo a qué atenerse, y nosotros cada vez

abrigábamos más temores acerca de la suerte que correría nuestro interlocutor si aquellos entusiastas se decidían a actuar. Hubo un momento particularmente grave y peligroso y fue cuando Maeztu gritó con voz apocalíptica:

—¿Pero es que ese rey no tenía arena en sus almacenes para enarenar las calles y cargar sobre la canalla?

Las bofetadas se veían venir, «se mascaba el tortazo» como hubiera dicho algún castizo de los que no faltaban en el grupo, pero al final no pasó nada. Uno de los amigos, súbitamente inspirado y dándose cuenta del peligro de linchamiento que corría Maeztu y sin duda nosotros con él, le atajó diciéndole con la cara más dura del mundo:

—Lo que no comprendo es cómo tuvo usted paciencia para soportar que un cochino monárquico le dijera todas esas cosas.

Después, tomando por el brazo a don Ramiro, se abrió paso entre el grupo de curiosos que se disolvió como un azucarillo en un vaso de agua.

Enemigo de la República

De todos los escritores pertenecientes a la llamada generación del 98, era Maeztu el único que se había quedado francamente al otro lado de la barricada; aunque esto no significa ni mucho menos que todos los demás estuviesen identificados con la República ni de acuerdo con la actuación de sus gobernantes. Eran los del 98 hombres curtidos en la rebeldía o al menos en el inconformismo, y fuera de Pérez de Ayala, quien desde el primer momento fue designado para varios cargos entre ellos el de embajador de España en Londres que desempeñó hasta 1936, los restantes como Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, etcétera, opusieron desde el primer momento serios reparos al régimen, contribuyendo con ello a su desprestigio. Pero entre todos ellos sólo Maeztu aparecía como católico ferviente y militante. Sólo él entre todos los del 98 era monárquico convencido, sólo él se manifestó desde el primer momento como enemigo a muerte de la República, de las masas proletarias y de los nacionalismos regionales.

—Yo no sé qué es eso del nacionalismo vasco —gritaba un día en el Congreso— ni encuentro quién me lo explique. ¿Es que existe algún texto que hable de ese asunto o que demuestre que ha existido antes de que lo inventara Sabino Arana? Eso es el nacionalismo vasco, un invento como otro cualquiera, se lo sacó de la cabeza Sabino Arana como podía haberse sacado una cafetera o una máquina de ésas que demuestran el movimiento continuo.

Cuando Maeztu se metía con el nacionalismo vasco no lo hacía en nombre de sus

principios monárquicos, derechistas, ni católicos, sino empujado por su entusiasmo hacia esa España «una e indivisible». En realidad ésta era la única gran diferencia que se alzaba entre él y aquellos separatistas quienes, a pesar de que luego se batieron por el Gobierno de la República, eran en el año 1931 derechistas cien por cien, católicos antes que nada y enemigos furibundos de los principios democráticos. Recuérdese que la minoría vasco-navarra de las Cortes Constituyentes, de la cual formaba parte José Antonio Aguirre, era el blanco de las cuchufletas de los *jabalíes*, y sus miembros los más motejados de reaccionarios y cavernícolas.

Maeztu fue el enemigo número uno de la República. La combatió desde el primer día y los republicanos tampoco se quedaron cortos en combatirle a él. Contaban que en su juventud había sido descreído, anarquista, socialista, es decir todo lo contrario de lo que era cuando yo le conocí. Se decían de él cosas atroces, tales como que había dicho una vez en letras de molde que España no se podría considerar salvada hasta que hubiese en las calles de Bilbao medio metro de sangre de señorito.

Una tarde volví a encontrarme a don Ramiro de Maeztu en la Redacción del diario *Ahora* en el que ambos escribíamos. Yo entré a dejar unos papeles sobre la mesa del subdirector y, creyendo que no había nadie en el despacho de éste, avanzaba tarareando el pasodoble *Rocío* que era, si no recuerdo mal, lo que se cantaba entonces. Pero se me cortó en seco el tarareo cuando observé que, hundido en un butacón, en la penumbra de aquel despacho, estaba Maeztu quien inmediatamente vino hacia mí saludándome muy sonriente con una voz menos atronadora que de costumbre. Me sorprendió de modo agradable el hecho de que se acordase de mí y de que me prestara atención aquel señor al que yo creía tan feroz y que tanto me intimidaba. Con bonachonería casi paternal se interesó por mis estudios, por mis reportajes y hasta me dio algunos consejos profesionales que le agradecí mucho y que desde entonces no he dejado de tener en cuenta. No, don Ramiro no era un ogro antifeminista como yo me había figurado. Porque una de las razones que yo me daba para temer y evitar a Maeztu era que, sin saber por qué o quizá teniendo en cuenta sus ideas tradicionalistas, su voz inquisitorial y el parentesco espiritual que caprichosamente yo había establecido entre él y Vargas Orozco, se me había metido en la cabeza que don Ramiro, si alguna vez hablaba conmigo, se apresuraría a mandarme a zurcir calcetines como ya habían hecho, bien infructuosamente por cierto, don Miguel de Unamuno y don Alejandro Lerroux pese a que eran hombres de ideas aparentemente más avanzadas.

Pero la vida está llena de sorpresas y donde yo esperaba más intolerancia fue donde hallé más comprensión. Don Ramiro quizá fuese un ogro para sus enemigos políticos, pero como amigo era un hombre cortés, afable, cordial, comprensivo y bondadoso hasta el extremo de tomar en serio el endeble trabajo de una estudiantilla metida a aprendiz de periodista como era yo.

Desde aquel día fuimos amigos, todo lo amigos que pueden ser dos personas que tienen tan poquísimos puntos en común como teníamos Maeztu y yo. Solía

encontrármelo algunas mañanas por la calle.

—Yo salgo siempre por las mañanas —me dijo una vez— aunque no tenga nada que hacer, porque no puedo soportar el espectáculo de la casa mientras se hace la limpieza de las habitaciones. Aun encerrándose no se puede evitar que lleguen hasta uno los ruidos que la complicada y molesta costumbre de limpiar la casa lleva consigo. Por esa misma razón no soy madrugador; ¿para qué madrugar si las casas no están en condiciones de habitabilidad hasta pasado el mediodía? Cuando oigo decir a algunos escritores que trabajan por la mañana temprano, crea usted que los admiro y no acierto a explicarme cómo se las componen para producir algo mientras oyen sacudir y cantar no sólo a sus domésticas sino a todas las de la vecindad. A mí la mañana sólo me sirve para salir y, todo lo más, para aprovechar un rato antes de comer mirando los periódicos u hojeando algún libro nuevo.

—Entonces ¿usted escribe por la tarde? —le pregunté.

—Sí, a veces. Pero mis horas más fecundas son las de la noche, sólo por la noche se puede trabajar a gusto y con fruto.

Maeztu era fundamentalmente hombre serio y grave. Como además de talento tenía ingenio, a veces decía cosas graciosas; pero en sus intenciones no entraba nunca el hacer reír al auditorio. Le gustaba meditar más que hablar, e incluso en su casa hablaba poco y ni con su mujer ni aun menos con su hijo se permitía la más ligera broma. Yo lo visité un día y quedé asombrada del ambiente de recogimiento casi conventual que se respiraba en aquel piso confortable y soleado de la calle de Espalter frente al Jardín Botánico.

En aquel despacho lleno de libros y cuadros, bajo un crucifijo monumental, don Ramiro me recordó más que nunca al canónigo Vargas Orozco. Así justamente debieron de ser nuestros clérigos sabihondos de otros tiempos.

Y sin embargo don Ramiro que parecía tan español, tan españolazo, de cuya boca no caía el nombre de España, don Ramiro el autor de la *Defensa de la Hispanidad*, no era español más que a medias, aunque la sangre inglesa de su madre tenía poco papel en el temperamento ardoroso, dramático y apasionado de Maeztu.

—Soy español sólo por un lado —decía— pero debe de ser por el izquierdo, que es el del corazón.

Este lado izquierdo no obstante había sentido a veces una importante desviación hacia el otro, hasta el punto de hacer no sólo que Maeztu se pasase una gran parte de su vida expatriado sino que se casase con una mujer también inglesa como su madre. Si él era español sólo a medias, su hijo lo era un cuarto nada más.

La mezcla de sangre inglesa y española ha dado en general buenos resultados desde el punto de vista físico, y buena prueba de ello son los tipos espléndidos que se ven en Málaga, por ejemplo. En el caso concreto de la familia Maeztu se había llegado a un resultado óptimo en este sentido: el hijo era, a los doce o catorce años que fue cuando yo le conocí, el ejemplar humano más perfecto, el más espléndido, guapo, alto y arrogante de cuantos muchachos de esa edad había yo visto en mi vida.

Un padre menos serio, menos trascendental que Maeztu, se hubiera pasado la vida enseñando a los amigos y conocidos aquel prodigio o se lo habría llevado a una exposición.

—Todo el mundo dice que su hijo es el chico más guapo de Madrid, y es cierto — le dije el día que estuve en su casa.

Pero enseguida noté que el comentario lejos de halagarle le desagradaba, a pesar de lo cual no me lo tomó en cuenta y siguió hablando del muchacho que era de lo que hablábamos en aquel momento.

—Me vine de Londres cuando mi hijo comenzaba a balbucear las primeras frases por evitarme el horror que hubiera significado para mí el oírle hablar más tarde el castellano con acento extranjero. Siendo hijo de madre inglesa y habiendo nacido en Inglaterra era muy de temer que sobreviniese tal calamidad si seguíamos viviendo fuera de España.

«Me abriré la chaqueta para recibir el tiro que me corresponde»

La situación política española por aquellos días de finales de 1933, a pesar de ser inquietante por las huelgas, motines, conatos revolucionarios, etcétera, que constantemente se producían, no nos asustaba demasiado a nadie. Creíamos que todo se iría arreglando poco a poco. Únicamente don Ramiro de Maeztu gritaba ante todo el que le quisiera oír que en España estábamos amenazados por la más sangrienta de las conmociones. Después me he estremecido muchas veces al recordar que un día le oí decir en un tono naturalísimo:

—Yo estoy absolutamente convencido de que me van a matar.

Otro día, varios diputados de diversas tendencias hablaban en el Congreso de lo que ellos harían en caso de que se implantase en España la dictadura del proletariado. Unos en broma y otros en serio, iban exponiendo su opinión:

—Yo gestionaré que me hagan guarda de consumos. Es un oficio que me gusta — recuerdo que dijo don Manuel Azaña.

—Y usted, Maeztu, ¿qué hará? —preguntó alguien.

A lo que don Ramiro contestó con una calma y una indiferencia olímpicas:

—¿Yo?... Yo me abriré la chaqueta para recibir el tiro que me corresponda.

Así lo hizo. Cuando estalló la Guerra Civil, Maeztu estaba en Madrid. Hubiera podido marcharse, hubiera podido refugiarse en una embajada como hicieron otros muchos, pero estaba tan seguro de su destino trágico, tan convencido de que su muerte sería fecunda, que resolvió quedarse en su casa arreglando sus papeles

mientras esperaba tranquilamente a que fuesen por él. Y fueron una noche.

Su hijo me ha contado que cuando los milicianos llegaron a detenerle les dijo con la mayor naturalidad del mundo:

—Tengo más de sesenta años, he hecho ya cuanto tenía que hacer en la vida y estoy a bien con Dios. ¡Podéis matarme cuando queráis!

Capítulo V

Pastora Imperio^[6]



Un día —trabajaba yo entonces en *La Voz*— llegó al periódico la noticia de que Pastora Imperio volvía a las tablas. Yo tenía de esta artista una idea vaga y legendaria. Sabía que era gitana, que había estado casada con El Gallo, que tenía los ojos verdes... y recordaba haber oído hablar de ella en mi infancia como de un ídolo, pero nunca la había visto trabajar porque cuando yo vine a estudiar a Madrid, ya estaba ella retirada después de una carrera triunfal, que terminó en plena juventud y en pleno éxito sin que se supiese el porqué.

El redactor jefe del periódico, que era un furibundo admirador de Pastora me dijo:
—Vaya usted a verla y si la noticia es cierta, hágame una información para el

número de esta noche pero deprimida, porque a las dos cerramos. Diga a Pastora que va usted de mi parte.

Corrí en un taxi a la calle de Goya. Ya entonces era ingenua y me figuraba que una mujer que lograra en España lo que había logrado Pastora, una mujer que había enardecido a los públicos del mundo entero y que había ganado el dinero a espuertas, viviría como una princesa, rodeada de pompa y aparato como Sarah Bernhardt o la Patti. Pero aquí somos originales en todo y me encontré con que Pastora vivía en un piso chico y barato, lleno de trastos absurdos y que me abrió la puerta una vieja con un delantal de cocina quien, apenas sin previo aviso, me ponía en presencia de mi heroína, la cual acababa de levantarse y no había tenido aún tiempo ni de alisarse los cabellos.

Confieso que, en medio de aquel marco desastroso, Pastora Imperio me hizo mal efecto y casi dudé de que fuera ella. Me pareció una mujer gorda, nada guapa, descuidada, sin interés... Bueno, pues en dos minutos se hizo el milagro y, apenas iniciada la conversación, apenas Pastora había abierto la boca, me quedé atónita ante su palabra graciosa, cautivadora, única, y a la media hora de conversación ya me parecía la mujer más seductora del mundo.

Ya no la veía gorda, ni desarreglada, ni notaba que estuviera recién salida de la cama, sólo percibía su gracia, su desenvoltura, su ingenio, su ángel —como dicen los andaluces—, y sólo veía sus ojos, unos ojos verdes de un verde incomparable y cambiante, en cuyo fondo brillaban unas chiribitas doradas; unos ojos que se apagaban o se encendían según el giro de la conversación, unos ojos únicos de esos que no sólo sirven para ver y mirar sino que además son ventanas que muestran el original y múltiple espíritu de su afortunado poseedor y que, a la vez, perciben de una determinada y extraña manera el mundo circundante.

Pastora me habló de mil cosas triviales con gracia y desparpajo. Empleaba unas palabras tan gráficas, tan contundentes, tan espontáneas y tan originales que me impresionaron y las retuve fácilmente en la memoria.

De regreso al periódico me puse en la máquina y no hice ni más ni menos que transcribir la conversación lo más fielmente posible y sin poner absolutamente nada de mi cosecha.

Los profanos que leen los periódicos pensarán quizá que una entrevista es precisamente eso, contar lisa y llanamente una conversación, puesto que eso es lo que simulamos los periodistas. Pero los que, como yo, han hecho muchas en su vida, saben muy bien que en la mayoría de los casos hay que darle muchas vueltas e inventar muchas cosas para que el artículo salga presentable. Si yo me hubiera limitado en los tiempos en que me dedicaba a esta clase de trabajo a contar toda la serie de vaciedades que me decían los personajes a los que tenía que entrevistar, en la mayoría de los casos nos hubiéramos puesto en ridículo ellos y yo. Era preciso siempre llevar el interrogatorio con habilidad a fin de lograr que el *paciente* dijese algo original y divertido y, si esto no era posible, conseguir al menos que me lo

dejase decir a mí y que lo aprobase para poder ponerlo después en su boca. Más tarde, y ya frente a las cuartillas, había que dar cien vueltas a las cosas, arreglarlas, limarlas, cocinarlas, en fin, cuidadosamente echándoles sal y pimienta. A veces, aún así, resultaban una memez, buenas solamente para llenar una columna a falta de cosa mejor.

Pero en el caso de Pastora, no tuve que molestarme lo más mínimo. Casi sin preguntarle nada, ella me lo dio todo hecho y, sin quitar ni poner nada, logré un éxito bastante grande con aquel artículo. Un éxito inmerecido. Hasta el gerente me felicitó poniendo mi trabajo como ejemplo de periodismo ágil y a punto estuve de que me subieran el sueldo. Toda la gracia de aquel reportaje era de Pastora, no mía.

Era verdad que Pastora Imperio volvía a las tablas y pocos días después la vi reaparecer en un teatro de Madrid. El público la aplaudía mucho pero yo oí a mi alrededor comentarios nostálgicos:

—Esta mujer ya no es la que era...

—¡Aquella Pastora de mis tiempos!... Sólo por verla levantar los brazos se daba por bien empleado el dinero de la butaca.

—¡Había que verla cuando cantaba lo de los ojos verdes!... O cuando bailaba el garrotín...

También a mí me pareció que a pesar de ser joven aún, puesto que no tendría más de cuarenta y cinco años, Pastora resultaba un poco fondona para bailar en las tablas. Pero, a pesar de todo, me parecía garbosa y original. ¡Tenía una manera tan suya de actuar en el escenario, de dirigirse al público, de moverse y *decir* las canciones! No me costaba gran trabajo imaginar lo que habría sido aquella mujer en los tiempos de su apogeo cuando era delgada, fina, ondulante, fresca, cuando sus ojos sin igual tenían el brillo y la luz de los veinte años.

***La hija de* La Mejorana**

Hablé algunas otras veces con ella, sin propósitos periodísticos, solamente porque me gustaba verla y escucharla.

—Usted es un ser extraordinario, Pastora —le dije un día—. No se parece a nadie. Y además una artista genial.

—¡Jesús, hija...! ¡Y cómo manejaís el *insensario* ustedes los periodistas!... ¿Qué diría usted si hubiera conocido a mi madre...? Porque yo, comparada con la que me trajo a este mundo, soy una *insinificansia*. ¿Usted no ha oído nombrar a mi madre? Rosario *La Mejorana* la decían en Sevilla. ¡Qué artista más grande! ¡Fíjese si sería grande mi madre que no trabajó en las tablas más que cuatro años y se hizo más

célebre que Frascuelo! Cuando yo había llegado ya a todo lo más alto que puede llegar una artista, cuando recorría el mundo en triunfo, ganaba el dinero a carretones y dejaba turulatos en sus palcos al rey de España, al zar de Rusia y al archipámpano de las Indias, pues entonces iba yo a lo mejor a Sevilla, y los gitanos viejos me decían: «Tú no estás mal, muchacha, no estás mal, pero no te puedes comparar con tu madre. Aquello era talento y hermosura. Rosario *La Mejorana* era un monumento, una pirámide de *Egirto*... Algo que no se pueden imaginar los que no lo vieron... Tú no la llegas ni a la suela del zapato».

—Y ciertamente ¿era tan magnífica su madre, Pastora?

—Eso no se lo pueden figurar ni usted ni nadie que no la haya visto. Verá usted. Era rubia, una gitana rubia como los ángeles, como las candelas. Tenía la piel blanca y *presiosa*..., iba a decir que como el alabastro, que es lo que dicen en estos casos ustedes los escritores; pero no lo digo porque yo he visto el alabastro y... ¿cómo se va a comparar a eso con mi madre?... La piel de Rosario *La Mejorana* era algo así como un amasijo de jazmines, de azucenas, de seda de la buena y de rosas. Mire usted: cuando mi madre bebía, el agua se le clareaba por la garganta. Y luego tenía una majestad de reina y una elegancia natural y un no sé qué... Bueno, pues todo esto no es nada al lado de lo buenísima que era. Tenía tan buen corazón que por no disgustar a mi padre, al que quería a cegar, se retiró de las tablas y se conformó con llevar una vida pobre y humilde. ¡Ella, que podía haber ganado millones!, se dedicó solamente a su marido y a sus hijos y pasó miserias, pero siempre tan alegre, tan buena, tan santa... Si mi madre hubiera seguido trabajando en el teatro, a estas horas se hablaría de ella en el mundo una cosa así como se habla de Napoleón Bonaparte.

—¿Y tenía también su madre esos ojos verdes tan extraños?...

—No, mi madre los tenía azules, de un azul fuerte y purísimo, una cosa así como el color del cielo de Sevilla por la Feria. En cambio, mi padre, que no era gitano sino payo por los cuatro costados, tenía los ojos negros como el azabache. ¡Ya ve usted qué cosa más rara! Y de esa mezcla salieron estos ojos míos que tanto han llamado la atención. El primero que se fijó en mis ojos ¿sabe usted quién fue?

—No tengo ni idea, Pastora.

—Pues fue nada menos que mi padrino, Manuel García *El Espartero*. El Espartero me tuvo a mí en la pila porque era muy amigo de mi padre, y al volver de la iglesia, le dijo: «Compadre, fíjese usted bien en la chavala y verá cómo tiene los ojos de una color *mu* rara... Imponen así como respeto». Y desde aquel momento, cada vez que yo abría los ojos, que era pocas veces porque me pasaba el día durmiendo, me ponían junto a la luz para ver aquella color tan rara que decía mi padrino.

Durante la Guerra Civil se publicó en un periódico de París la noticia de que Pastora Imperio se había muerto en Madrid, de hambre. Yo tuve un gran disgusto, pero por fortuna la noticia no era cierta. Cuando nos vimos de nuevo, ya terminada la guerra, se lo dije y ella me contestó:

—¡Pues no crea usted que andaban muy desencaminados esos periodistas franchutes! No me he muerto porque a mí no me parte un rayo, pero hambre, ¡lo que se dice hambre!..., la he tenido pero en grande. ¡Como para matar a un regimiento!... ¡Digo!... Fíjese que me encontraba en Madrid y de pronto un día cayó una bomba en mi casa, que estaba en la calle de Ferraz. Total, que todo el edificio se quedó abierto igual igualito que una lata de sardinas, y en un huequecito nos quedamos mi hija y yo sin un arañazo. Nos sacaron los bomberos. Fue una gran suerte, un milagro de Dios bendito; pero no hay ni que decir que nos quedamos con lo puesto, que ya estaba bastante deteriorado. En aquel montón de escombros se quedó mi casa entera, los recuerdos de toda mi vida de artista, mis ropas, mis alhajas y... mi dinero. Me encontré como si acabara de nacer y con catorce personas a mi cargo. Ni estaban los tiempos como para trabajar ni yo podía hacerlo, así es que nos refugiamos como pudimos y ya tiene usted a Pastora teniendo que echarse todas las mañanas a la calle con un esportillo a ver qué era lo que podía encontrar... ¡de balde!... Ya ve usted que si no me he muerto no ha sido por falta de condiciones favorables.

Otro día tuve que ir a casa de Pastora a hacerle una segunda entrevista o, mejor dicho, a buscar una contestación suya para formar parte de una de esas sandeces que solemos hacer en los periódicos y a las que damos el nombre de encuestas.

Me hicieron esperar en un gabinete desde el que se divisaban el comedor y otras piezas de la casa. Debía de ser el santo de alguien porque andaba por allí mucha gente y se oía ruido de copas y de música. Dos niñas de corta edad, muy agitanadillas, levantaban los bracitos morenos con mucha gracia bailando *el lerele* al son de una pianola. Una mujer fina y graciosa —la hija de Pastora— iba y venía entre los grupos. Todo el mundo hablaba deprisa y con ceceo, así es que me era bastante difícil entender algo y sólo pude coger al vuelo algunas frases que giraban alrededor de un nombre: «*Rafaé*».

—Porque como *desía* aquí *Rafaé*...

—Yo digo que los que *atorean* como *atorea* *Rafaé*...

—Oye... *Rafaé*...

Yo no daba crédito a mis oídos. Un torero llamado Rafael en casa de Pastora no podía, a mi juicio, ser más que El Gallo. ¿Se habrían reconciliado Pastora y él? ¿Aquella boda, la más estrepitosa y retumbante de todas las bodas de España, aquel matrimonio que se deshizo hace cerca de cuarenta años se habría recompuesto de nuevo?... ¿O era simplemente que las dos celebridades divorciadas habían llegado, en el ocaso de sus esplendores, a una *entente* pacífica y amistosa?... Yo no podía ver al tan solicitado *Rafaé* porque estaba sentado muy lejos de mí en un sillón frailuno y de espaldas. ¡Era una lástima!

Por fin, cuando Pastora safio a saludarme le pregunté enseguida:

—Y... dígame usted... ¿ese Rafael...?

Se echó a reír y sus ojos verdes brillaron burlones:

—Ese *Rafaé* es también gitano y es también un torero muy grande. Pero no... no

es, ni por *soñación*, el que usted se figura. No es mi marido sino mi yerno, el marido de mi hija, de Rosarito. Es nada menos que Rafael Vega de los Reyes al que llaman de nombre torero *Gitanillo de Triana*.

—¡Qué casualidad!... Rafael, torero y... gitano.

—¡Y que lo diga usted!... Con cualquier cosa había yo pensado que se casara mi hija menos con un torero. Ni conocía ella a ninguno, ni sabía lo que era ese ambiente. Yo la tenía metidita en un *faná*, hecha una pavisosa, con sus profesoras y sus libros y sus paseos por el Retiro. De pronto, como ya se iba haciendo una mujercita, se me ocurrió llevarla una vez a la Feria de Sevilla. Allí tenía yo una amiga de *toa* la vida, una gitana, la madre de aquel Curro Vega, el primer Gitanillo de Triana, y también la madre de éste, el que es hoy mi yerno. *Totá*, que los muchachos se conocieron. Él era entonces, como mi hija, un chiquillo, un *colegiante*, porque su hermano Curro le había metido en los salesianos para que se educara bien y se hiciera un señorito. Mi Rosarito y él simpatizaron mucho. Después *Rafaé* salió del colegio, *corgó* los estudios y se hizo torero y... vino a pedirme a mi hija. ¿Qué iba yo a hacer si los chavales se querían a cegar? En resumen, que con esto de los matrimonios pasa lo mismo que con los revólveres... ¡El diablo los carga! Y ahí los tiene usted... ¡tan felices!... ¡Llenos de crios!... Y ya tiene usted a Pastora como en sus buenos tiempos encendiendo candelas a la Virgen los días que torea *Rafaé*...

Después hablamos del objeto de mi visita. Pretendíamos en el periódico nada menos que revelar a nuestros lectores «el secreto del éxito» y era preciso preguntar a los que lo habían conseguido «¿Cómo logró usted triunfar?». Pastora oyó la pregunta y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Digo!... pues no es nada eso que usted pregunta... Si eso se pudiera explicar así entre prisa y prisa... Si del éxito se pudiera dar una receta como de las medicinas o de los callos a la madrileña... poníamos usted y yo una escuela o un consultorio como se dice ahora, y nos hacíamos millonarias...

—Pero usted, Pastora, sabrá cómo logró su triunfo, su fama, su renombre...

—Yo no sé nada. Yo sólo sé que el primer día que pisé las tablas, teniendo trece años, el teatro se venía abajo y que allí no quedó una butaca en su sitio.

—Y... ¿por qué se dedicó usted al teatro?

—Por chiripa. Verá usted. Mi madre había notado ya que yo no era una chiquilla como las demás, pero se lo tenía calladito en casa porque a mi padre, en cuanto se hablaba de que yo podía ser artista, se le llevaban los demonios. Sin embargo la pobre de mi madre decía a veces muy por lo bajito cuando hablaba con alguien de confianza: «Mi Pastora es una artista, una gran artista. Se lo conozco yo. Se la ve que es artista hasta cuando se arrima al fregadero o cuando va la pobre cargada con los platos para poner la mesa».

Trabajaba yo entonces todo el día dándole a la aguja en el taller de mi padre, que era sastre de toreros, y por las tardes me bajaba a la calle a jugar con otras chiquillas de mi tiempo. Un día, no sé cómo, cayeron en mis manos unas castañuelas. Empecé a

tocarlas y a bailar al mismo tiempo, a bailar a mi manera porque nadie me había enseñado nada de eso. Aquella misma tarde hice corro en la calle de la Aduana que era donde vivíamos. Las otras chiquillas empezaron a imitarme y desde entonces nuestros juegos no eran más que eso, cantar y bailar. Una tarde estaba yo dándole a los *palillos* y a los pies en un corro de amigos cuando noté que dos señores muy serios y muy bien puestos me miraban. Cuando terminé me llamaron y uno de ellos me dijo:

—¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Pastora, para servir a Dios y a usted.

—¿De dónde eres?...

—De Sevilla a Dios gracias. Nacida en la plazuela de la Alfalfa que la habrán oído ustedes nombrar...

—¿Y quién te ha enseñado a bailar así?

—¿Enseñarme?... Nadie. Yo bailo así porque me sale de adentro.

El señor que interrogaba a Pastora era don José Fernández Hermosa, empresario de teatros quien, pocos días después, se presentó en casa del señor Víctor Rojas —el padre de Pastora— para ofrecerle a la niña un contrato para trabajar en Madrid en un teatro que iba a abrirse y que se llamaría El Japonés. Ofrecía el señor Hermosa cuatro duros diarios de sueldo y, como anticipo, lo que la familia necesitase. Pero el *señor Víctor*, o sea mi padre —continuó Pastora—, estaba muy duro de pelar. Gracias a que tenía mucha *educación* no echó al empresario por la ventana. Pero yo desde aquel día puse sitio a mi padre y empecé a machacar y a machacar a todas sin perder la esperanza de rendir al pobre señor Víctor que se defendía como gato panza arriba. ¡Cómo hablaba yo!... ¡Qué pico de oro, aunque me esté mal el decirlo!... Yo creo que aquella *elocuencia* me la inspiraba el mismísimo Espíritu Santo. El caso fue que un día, mi padre, que ya no podía más el *pobresíyo*, me dijo: «Mira, hija, haz lo que te dé la realísima gana. Y a ver si te callas ya de una vez».

—Se volvería usted loca de alegría...

—¡Digo!... Y lo que me ponía más contenta de todo era el pensar que gracias a mi sueldo, a aquellos cuatro duros providenciales, iban a huir de mi casa las miserias; porque le aseguro a usted que por entonces estábamos pasando una temporadilla mala, pero mala de verdad. El pobre de mi padre estaba enfermo y por esta razón había perdido casi toda su parroquia. Pero, espere usted, que no se habían acabado los contratamientos. Cuando yo había cobrado ya mi buen anticipo y en el teatro se hacían los preparativos para el debut, resultó que la Dirección General de Seguridad se oponía a que yo trabajara porque no tenía más que trece años. ¡A poco reviento del *dijustaso* que me llevé! Pero no me di por vencida tampoco. Una mañana me puse mi vestido negro, mi velito y unos guantes que me había comprado mi madre con el anticipo, y me planté en el despacho del jefe de policía dispuesta a convencerle no sólo de que yo tenía más edad de la que había dicho el empresario sino de que si no me dejaban trabajar toda una familia, que ya se creía salvada, iba a perecer de hambre

por su culpa. Al ver cómo discurría yo y cómo me expresaba, aquel señor prometió ayudarme y, después de bastantes dificultades y bastantes pegas, conseguí que se autorizase el debut.

En los carteles me habían anunciado con mi verdadero nombre y apellido —o sea Pastora Rojas— pero al empresario no acababa de gustarle. La víspera de mi presentación hice un ensayo general para los periodistas, escritores y gentes de teatro entre los que estaba don Jacinto Benavente. Cuando terminé de bailar el primer número, don Jacinto muy entusiasmado dijo: «Esta chiquilla vale un imperio... —Mi empresario entonces tuvo una idea—. Imperio... Imperio... Ya está. Te llamarás *La Imperio*». Pero yo no estaba conforme, aquello de la fulanita y la menganita no me gustaba. De ponerme algo con el «la» delante, me hubiera puesto *La Mejorana*, como mi madre, y eso no podía ser porque mi padre no lo consentía. Además, yo no quería renunciar a mi nombre que era el de mi abuela materna. «Mire usted —le dije—, a mí me pusieron Pastora en la pila y Pastora quiero llamarme siempre». Por fin se encontró la solución: Me llamaría Imperio y Pastora. Pastora Imperio. Y con Pastora Imperio me quedé.

¡Aquellos triunfos de locura!

Algunas veces he hablado con Pastora de sus triunfos, de su carrera sorprendente, de la especie de frenesí que se apoderaba de los públicos cuando ella pisaba las tablas, de aquella noche memorable en que, por iniciativa de sus majestades don Alfonso y doña Victoria, Pastora bailó en el Teatro Real.

De sus viajes triunfales por América, Pastora tiene una memoria extraordinaria y recuerda hasta los menores detalles de su carrera:

—Mire usted, todo, todito lo que me ha pasado en mi vida, y ¡Dios sabe si me han pasado cosas!..., todo lo tengo aquí escrito debajo de la frente... ¡Como que en cuanto tenga tiempo me voy a poner a escribir mis memorias! ¡Ya verá usted qué libro sale! La suerte es que ahora están de moda los libros gordos... porque lo que es el mío... va a parecer un *dirsionario*.

—Y... séame franca, Pastora... ¿Cuánto dinero ha ganado usted en su vida?

—No me hable usted de números porque nunca los he podido ver... Yo he ganado el dinero a espuestas, ¡a carretones!, pero ya sabe usted lo que dicen del dinero del sacristán, que «cantando se viene y cantando se va». Bueno, pues el mío era todavía más espabilado. Bailando venía y volando se iba. Muchas veces me pongo a discurrir qué clase de vida llevarán esas personas que se hacen ricas y... no atino, créame usted. Encuentro imposible retener veinte duros en el bolsillo media hora, ¡con las

lástimas y miserias que está viendo siempre una a su alrededor!

Esto es rigurosamente cierto y aunque Pastora, cuando hemos hablado de este asunto, no ha querido insistir, a mí me consta positivamente que por lo menos tres cuartas partes del dinero que ha ganado esta mujer extraordinaria lo ha repartido sin tino ni medida entre aquellos que lo necesitaban o simplemente que se lo pedían. En sus épocas de esplendor ha llegado a veces a tener hasta quince criados que no le servían ni para llevar un vaso de agua pero... ¡con algún nombre había que justificar la presencia en su casa de un montón de gitanos bigardos que se dedicaban allí a comer a dos carrillos!

Con las cuentas ajenas que Pastora ha pagado, así como con los recibos atrasados de inquilinos a los que ella ha puesto al corriente, se podría sobradamente empapelar el rascacielos de la Telefónica, y si se hubieran puesto en marcha todos los negocios para los cuales, no sólo los gitanos sino también muchos payos, han pedido a Pastora ayuda económica «para empezar», sin duda Madrid estaría convertido en un centro industrial y comercial que... ¡ríanse ustedes de Nueva York!

Ya no baila Pastora y el dinero ya no entra en su casa «a carretones» como dice ella. Ya no puede por tanto repartir a derecha y a izquierda los miles de duros como en el tiempo de su juventud. Pero todavía..., todavía siempre que se me ocurre ir a verla, encuentro en el vestíbulo de su casa seis u ocho personas: la mujer que tiene a su marido en el hospital, el hombre que se ha quedado imposibilitado para el trabajo y que nunca tiene menos de cinco hijos, la familia abocada al desahucio y la vieja que se salvaría de la mendicidad si alguien la ayudara para que pudiese poner en una esquina un puesto de pipas.

—Yo no sé lo que pasa —me dijo un día Pastora—, pero ahora que yo tengo menos dinero hay más lástimas que nunca. Y que... a pesar de lo que suelen decir los ricos para tranquilizar sus conciencias, los que piden lo hacen siempre por necesidad. Claro que hay muchos holgazanes por el mundo, pero el ser holgazán es también una desgracia y ¿qué culpa tienen ellos de que Dios les haya dado ésa en lugar de otra?

A pesar de que Pastora Imperio consiguió en sus tiempos triunfales una gloria y una popularidad pocas veces igualada en nuestra tierra y de que ganó más dinero que pesa, y pesa bastante, un día me hizo la siguiente confesión:

—Si yo volviera a nacer y naciera hombre, que es lo que a mí me hubiera gustado ser puesto que a las mujeres las tengo a todas lástima empezando por mí, ¿a que no sabe usted lo que yo sería?

—No sé... ¿Torero?

—Quite usted por Dios. ¡Eso ni soñarlo! Yo sería... ¡médico! ¡Y menudo médico que haría yo! ¡Ríase usted del doctor Marañón! Tengo yo una vista y un no sé qué para averiguar lo que le duele a la gente y para sacar la consecuencia de por qué les viene el *padesimiento*, que casi siempre viene de dentro del alma...

—En fin, que sería usted un psiquiatra estupendo.

—Eso mismo que usted ha dicho... pero procuraríamos ponerle un nombre

menos dificultoso. ¡Lo que yo hubiera disfrutado curando a la gente! Y además, aquí entre nosotras, los médicos son las únicas personas que pueden hacer obras de caridad sin arruinarse... ¡Con no cobrar están cumplidos! Yo hubiera sido un médico de esos buenos, buenos, y hubiera visto a todo el mundo de balde.

—Entonces no sacaría para vivir...

—Claro que sí, hija, claro que sí... Usted no sabe lo agradecida que es la gente con el que le cura. Fíjese usted en que hay médicos que cobran un sentido y encima los clientes les llenan la casa de pavos y de jamones por Nochebuena. Yo estoy segura de que ser médico gratis no sería tan mal negocio. Créame usted.

Esta extravagancia de Pastora no me hizo reír ni la tomé a broma. Oyéndola hablar, recordando la luz extraña y alucinante de sus ojos verdes y ese algo indefinible que tiene su persona, pensé que al igual que en las tablas, en cualquier carrera, arte u oficio hubiera llamado la atención porque Pastora Imperio es un ser singular, uno de esos seres tocados por el dedo del destino, que no se parecen al común de los mortales y que, en cualquier actividad que escojan, arman el alboroto.

Capítulo VI

Juan Belmonte^[7]



El hombre más popular de España

Mi pueblo celebraba las fiestas de su patrón san Pedro de Alcántara de no sé qué año pero sí sé ¡ay! que de esto hace muchos, porque Juan Belmonte era el torero de moda y yo comenzaba a saltar a la comba.

Los festejos alcanzaban su punto culminante. Se había celebrado ya la romería al santuario del santo patrón y los mozos y mozas bailaban en la plaza dispuesta con vigas y tablados para las capeas y corridas de novillos que habían de celebrarse los días siguientes.

De pronto, entre la multitud, se produjo un revuelo enorme. Enmudeció la banda municipal de música, dejaron de bailar las parejas y todo el mundo echó a correr hacia un determinado lugar del pueblo donde acababa de parar un automóvil.

Había llegado nada menos que Juan Belmonte, quien iba a ser huésped de unos señores del pueblo de quienes ya se sabía y se ponderaba que en Madrid tenían amistad con el fenómeno.

A pesar de que el viaje de Belmonte era de riguroso incógnito y solamente como turista, y de que además no se había anunciado ni el día ni la hora de su llegada, se le dio un recibimiento como jamás aquellos castellanos recelosos y xenófobos tributaron a nadie; ni cuando nos visitó la infanta Isabel, ni cuando el rey pasaba para Cremos a cazar la cabra hispánica, ni cuando a uno de nuestros convecinos le tocó *el gordo*, ni cuando se quemó la fábrica llamada Los Martinetes se había visto tanta gente junta y tan emocionada.

Verdaderamente la popularidad de los toreros es algo asombroso, y basta para convencerse considerar que en un pueblo como el mío donde, por entonces, había bastantes personas que ignoraban el nombre del rey, muchas que no sabían quién fue Colón e incontables que no tenían idea de cómo se llamaba el continente en que vivían, no había en cambio ni una sola que desconociese el nombre, apellido y demás señalamientos del mocito trianero cuyo retrato recortado del *Mundo Gráfico*, decoraba las paredes de todas las barberías y tabernas de la península Ibérica.

La gente sabía que Belmonte no había ido allí para torear porque en aquella plaza de tablas sólo actuaban diestros, o más bien siniestros, de ínfima categoría. Pero, quien más, quien menos, todos fueron al día siguiente a los toros con la esperanza de que Belmonte no se resignara a ser solamente espectador y acabara tirándose al ruedo como soban hacer los maletas que iban de pueblo en pueblo.

El desencanto, como era de esperar, fue muy grande. La corrida transcurrió en peores condiciones que nunca, porque aquellos pobres toreros de la legua, intimidados sin duda por encontrarse bajo la mirada del «más grande de los toreros de todos los tiempos», no daban pie con bola a pesar de que Juan les animaba constantemente con sus aplausos.

Cuando murió el primer toro, no se sabe si de aburrimiento, de cansancio o de alguna enfermedad, pero en ningún caso a consecuencia del estoque, la cuadrilla, sosteniendo un capote de brega extendido, dio la vuelta al redondel, que era un cuadrado, pidiendo al público la voluntad. Entre la lluvia de negra calderilla cayó en aquel pobre capote mendicante un billete que Juan había sacado de su cartera. La emoción fue enorme y la ovación clamorosa. Aunque no se sabía a ciencia cierta si el billete era de cinco duros, de diez o de veinte, representaba de cualquier modo una

cifra fantástica en aquellos tiempos en que podía comer muy bien una familia por cinco pesetas.

El segundo y último toro resultó algo espantoso. Los desdichados diestros se encontraban ya cansados y se limitaban a llamarle desde los burladeros con la secreta esperanza de que en la embestida se rompiese al menos uno de los dos pavorosos cuernos que lucía insolente.

Un espontáneo se tiró a la plaza en busca de gloria pero las autoridades hicieron una seña desde el balcón del Ayuntamiento y los municipales, aprovechando un descuido del toro, echaron mano al desdichado maleta y se lo llevaron a la prevención. Aquello disgustó mucho al público por estimar que este precedente desanimaría a Belmonte, aunque todos estaban seguros de que si éste se tirase al ruedo, el alcalde no osaría meterle en el calabozo.

Pero Belmonte no se tiró y la gente, perpleja, no acertaba a explicarse qué fuerza extraña le detenía. ¡Con lo fácil que hubiera sido —pensaban— para un torero tan grande deshacerse de aquel bicho! El noventa por ciento de los espectadores no habían visto nunca una corrida formal y tenían de éstas una idea grandiosa. Se imaginaban, por tanto, que lo que estaban presenciando era un juego de niños y que para un torero de la categoría de Belmonte supondría poco menos que nada el despachar aquella modesta capea. Sin embargo «deshacerse» en una plaza minúscula, con mal piso y sin picadores de un toro de casi treinta arrobas, viejo, manso y resabiado, es uno de los milagros que sólo el hambre y la sed de gloria son capaces de realizar. Belmonte se acordaba de cuando él había tenido que hacerlo, y mientras la gente chillaba al infeliz que defendía más que su vida aquel traje alquilado en el Rastro por cinco duros, el fenómeno de Triana aplaudía y le daba por señas prudentes consejos. Ya bien entrada la noche hubo que acudir al expediente de matar el toro con los fusiles de la Guardia Civil como otras veces...

Mi abuelo, que era el alcalde, llegó a casa después de la corrida y recuerdo que se dejó caer en su sillón junto a la chimenea un poco cansado pero satisfecho, como quien se ha quitado un peso de encima:

—¡Qué miedo he pasado! —dijo—. Hubo un momento en que creí que la gente se iba a amotinar pidiendo que bajara Belmonte a la plaza. Menos mal que se corrió la voz de que no se tiraba por no asustar a sus hermanitas, esas niñas que estaban con él en el balcón, y eso tranquilizó un poco los ánimos. Pero... los mozos son tan brutos y tienen tanto vino en el cuerpo estos días que cualquier cosa se puede temer...

Por la noche, mientras cenábamos toda la familia alrededor de mi abuelo, se presentó el alguacil del Ayuntamiento anunciando que el torero Juan Belmonte esperaba permiso para pasar a ver al señor alcalde.

Mi abuelo se puso más ancho que largo y los nietos nos emocionamos también muchísimo pensando el postín que nos daríamos al día siguiente en la escuela cuando dijéramos que el fenómeno había estado en nuestra casa y que le habíamos visto tan cerca..., tan cerquita «como de aquí a ahí».

Como Belmonte iba acompañado de los amigos que le habían llevado al pueblo y que eran personas de nuestra confianza, se decidió que pasaran al comedor a fin de obsequiarle con café, copa y puro mientras a los chiquillos nos mandaban a dormir.

No hay que decir que desobedecimos la orden quedándonos fisgando detrás de la puerta entreabierta junto a las criadas y otras personas curiosas del pueblo que habían acudido al olor de la novedad.

Recuerdo bien que Belmonte vestía un traje de cuadritos blancos y negros y que iba peinado con raya con el pelo muy lustroso y aplastado. Lo mismo podía ser un torero que un pintor de los que iban a mi pueblo en verano a copiar los bellos paisajes de la sierra. Hablaba andaluz, como todos los toreros, pero no ese andaluz corriente entre las gentes de su oficio, salpicado de «ozú», «olé» y «malaje», sino un andaluz gracioso, fino, discreto, un andaluz que más parecía de señorito que de torero. Nos fijamos también en que no usaba coleta y en que tartamudeaba un poco al hablar.

—Señor alcalde —comenzó Juan—, vengo a importunarle con un ruego y le suplico que me dispense. Usted, en uso de sus atribuciones y cumpliendo con su deber de autoridad, ha hecho detener a un pobre muchacho que se ha tirado a la plaza esta tarde. Yo ahora, cumpliendo con el mío de compañero, vengo a pedirle a usted que lo suelte. Sé que no soy quién para hacer esta petición, pero no podría dormir tranquilo sabiendo que ese infeliz pasa la noche en el calabozo por mi culpa.

—¿Por su culpa? —preguntó mi abuelo extrañado.

—Al menos por mi causa —precisó Belmonte en cuyas expresiones claras y correctas se notaba ya la influencia de sus amigos los escritores de la generación del 98—. Y digo por mi causa puesto que he sabido que el muchacho se arrojó a la plaza únicamente para que yo le viese torear. ¿No vio usted que me brindó la faena que pensaba realizar y que usted, señor alcalde, le impidió llevar a feliz término?

—Era mi obligación y además usted sabe mejor que yo que, en las condiciones en que estaba el toro, ese desdichado corría un peligro serio.

—Lo sé, señor alcalde, y en aquel momento le aplaudí a usted con el corazón, aunque el compañerismo me impidiera aplaudirle con las manos. Pero ahora, pasado el peligro, le suplico que le suelte.

—Y yo tengo mucho gusto en complacerle y ahora mismo mandaré que pongan en la calle a ese pobre maleta y que después le den de cenar y una cama en la posada. No quiero defraudar esa generosidad de usted que tanto le honra. Desde este momento proclamará que Juan Belmonte es tan gran persona como gran torero, que ya es decir.

—Por Dios, señor alcalde, el hecho de interesarse por un compañero es cosa que nada tiene de particular.

—No lo tendría si ese compañero fuese un torero de la categoría de usted. Pero siendo un pobre maleta...

—Un pobre maleta como ése, era yo hace muy pocos años, señor alcalde. Igual que él andaba por las capeas de los pueblos luchando con los toros, con el hambre,

con los alcaldes y con las cornadas. Igual que él, he dormido en el calabozo muchas veces y he sido perseguido por los mayores cuando, con otros chiquillos de mi barrio, me metía por las noches en los cortijos para aprender a torear. Exceptuando los hijos de los toreros célebres, todos los demás toreros hemos empezado así.

A todos los que escuchábamos detrás de la puerta se nos saltaron las lágrimas, sobre todo cuando mi abuelo abrazó a Belmonte, sinceramente emocionado. Yo era demasiado pequeña para comprender el significado de aquellas palabras y de aquella emoción. Si he podido transcribirlas fielmente ha sido porque después, a lo largo de muchos años, se las oí repetir a mi abuelo infinidad de veces. Fue hombre de vida apacible en la que aquella visita de Belmonte representó una inolvidable efeméride.

Las gentes del pueblo comentaron durante mucho tiempo todo lo que el fenómeno había hecho durante su corta estancia. Se hablaba de él no solamente en la barbería —que era el club taurino por excelencia— sino en todas partes.

—Todo lo que tiene de feo lo tiene de simpático —decían algunos.

—Y de bueno —añadían otros—. Ha repartido más de veinte duros entre los maletas y ha dado también dinero para los pobres.

—¡Un pedazo de pan es ese muchacho! En lugar de andar por ahí de picos pardos con las bailarinas como hacen otros toreros, él siempre va a todas partes con sus hermanitas, esas dos niñas que trajo aquí para que se divirtieran viendo nuestra función.

—¡Como que esas criaturas no tienen más arrimo que él! ¡En un asilo estaban las pobrecitas mientras su hermano se hacía torero! Pero en cuanto que quedó bien en la plaza de Sevilla, las sacó y ahora las tiene que ni las hijas del rey mismamente pueden compararse con ellas.

De todas las cosas que durante aquel tiempo oí contar de Belmonte, lo que más me gustó fue aquella historia de las hermanitas metidas en el asilo por la madrastra y convertidas después en princesas gracias al hermano bueno y generoso. Me parecía un cuento, uno de aquellos cuentos lastimosos primero y felices al final, que nos contaban las criadas al lado de la lumbre durante las noches de invierno. El hecho de conocer al héroe y a las heroínas, aunque sólo fuese de vista, aumentaba considerablemente el interés de aquella historia melodramática.

El primer torero que se salió de su ambiente

Bastantes años después, estando yo ya estudiando en Madrid, fui un domingo a pasar la tarde en casa del dibujante Sancha cuyas hijas eran amigas mías. Aquella familia tenía mucha amistad con Belmonte y, cuando llegué, se disponían todos a ir a verle al

sanatorio del Rosario que estaba a dos pasos de la casa.

—Si no te molesta —me dijeron— puedes venir con nosotros. En caso contrario quédate con mamá esperándonos, para la hora de la merienda estaremos de vuelta.

¡A mí qué me iba a molestar!... ¡Al contrario! Me encantaba ver de nuevo de cerca al héroe popular, al más famoso de los españoles y conocer también a su esposa, aquella esposa traída de América sobre la que tanto se había fantaseado en mi pueblo. Unos decían que era millonaria y guapísima, otros que fea y sin dos reales. En todo caso debía de ser una mujer interesante ya que Belmonte, cuando se casó con ella, estaba en condiciones de elegir entre los mejores partidos de España.

Hacía ya ocho o diez años que estaban casados y aún se hablaba de aquella boda como si hubiese ocurrido la víspera.

Llegamos al sanatorio y pasamos enseguida a la habitación. Era una hora temprana de la tarde y había aún poca gente. La cabeza de Belmonte negreaba sobre la blancura aséptica de la cama del sanatorio. A mí me estaba pareciendo, en vida, una de las innumerables fotografías publicadas en las revistas y que nos mostraban al fenómeno herido. La diferencia era solamente que aquella vez no había sido herido por el asta de un toro, como otras veces, sino por el bisturí de un cirujano. Le habían operado dos días antes unas hemorroides y debía de encontrarse mal ya que la sonrisa con que nos acogió, y que él se esforzaba en hacer perdurable, se convertía de vez en cuando en mueca dolorosa.

—¿Duele mucho, Juan? —le preguntaba a menudo su mujer tomándole una mano.

Era una mujer fina y morena sin nada sobresaliente en su persona, a no ser el aire distinguido y unas pestañas espesísimas, enormemente largas y cargadas de rímel que sombreaban los rasgados ojos negros. Estaba envuelta en un chal color grosella, uno de aquellos chales de lana y seda que hacían furor en 1926, y tenía sobre las rodillas una gran caja de bombones con los que nos obsequiaba. A su lado estaba su madre, la suegra de Juan, una gran señora de cabellos blancos y continente majestuoso, recién llegada de Lima unos días antes.

Aquello no parecía en ningún caso el cuarto de un torero, al menos como yo me lo figuraba a través de la literatura taurina y de la prensa. Ninguno de los personajes clásicos figuraba allí: ni el mozo de espadas, adicto y ceceante, evocando lances y ocurrencias del *mataor*, ni el ganadero rumboso, ni el admirador incondicional, glosador de las faenas memorables, ni el sablista eterno, ni el pelmazo machacón que pone al maestro por testigo de todas las sandeces que cuenta por milésima vez. No, allí no había nada de eso. Juan Belmonte, revolucionario del toreo, creador de una técnica y hasta de una época en el mundo de los toros, había cambiado también el modo de vivir, el modo de hablar y hasta el modo de vestir de los toreros que hasta entonces habían sido uniformes. Fue él el primer diestro que se peinó como todo el mundo, sin dejarse crecer la coleta, y el primero también que se puso sombrero flexible. Entre sus compañeros de profesión se criticaron mucho tales innovaciones y

contaban que, recién llegado a Madrid, fue visto por un viejo banderillero quien ante la indumentaria de Belmonte exclamó:

—¿Y esto es un *mataor*? ¡Amos hombre!... Esto lo que es..., es un boticario.

Aquella tarde en el sanatorio, se habló de todo menos de toros. Quizá se aludiera de pasada a la profesión de Juan, ni más ni menos que como se aludió a la de otros amigos que allí estaban y que eran el escritor Pérez de Ayala, el caricaturista Sancha, un médico de quien no recuerdo el nombre y un señor miope con pinta de oficinista o bibliotecario.

Juan no había querido que se diese publicidad a una operación tan prosaica como la que acababa de sufrir y sólo los íntimos estaban enterados de que se hallaba en el sanatorio. Por eso había venido tan poca gente a verle.

Era Belmonte el único torero que gustaba de pasar inadvertido y se había opuesto a que aquellos días de cama sirviesen para hacerle una propaganda que, además de no gustarle, no necesitaba.

Cuando hablamos vi que, a pesar de haber transcurrido bastantes años, Belmonte no había olvidado la visita que hizo a mi pueblo.

—Tengo que volver por allí —me dijo— a ver si venden alguna finca que yo pueda comprar para pasar en ella temporadas. Me gustaron mucho aquellos pinares, aquella sierra, aquellas castañas asadas tan ricas a las que llaman... ¿cómo llaman en su tierra a las castañas asadas?

—Calvetes —le respondí.

—Es verdad, cal... calvotés —dijo Belmonte con su tartamudeo habitual— ¡calvotés!... ¿Verdad que tiene gracia?

Lo que más me agradó de Juan Belmonte durante aquella primera entrevista fue su aire bondadoso y también su sencillez y su modestia. A pesar de que se veía que el pobre estaba muy fastidiado con sus dolores, no perdía ocasión de sonreír.

Parecía increíble que el hombre más famoso de España, el más adulado, el que más dinero ganaba, no fuese soberbio ni fanfarrón ni se diese la menor importancia ni hablase siquiera de sí mismo. Igual que las plumas del cisne pasan por el lodo sin mancharse, Belmonte había pasado sobre el lodazal de la popularidad sin que su alma pura se contaminase lo más mínimo. Hacían bien los grandes escritores en cultivar la amistad del torero ya que de él podrían tomar las lecciones de humildad que les hacían tanta falta.

El miedo, su gran obsesión

Cuando comencé a escribir en los periódicos tuve que ir varias veces a ver a

Belmonte a fin de que me diera contestaciones para nuestras encuestas. Él me contestaba siempre solícito y amable, no como otros por el gusto de salir en los periódicos puesto que de ello estaba harto, sino sencillamente por complacerme, porque se sentía incapaz de dejar mal a nadie. Gracias a aquellas encuestas supe yo y supo el público que el plato predilecto de Juan eran los calamares fritos, que su flor favorita era el clavel, que le gustaba más el campo que la ciudad, que prefería el fútbol a los toros, que se divertía jugando a la pelota y que leía a Ortega y Gasset.

Un día fui a preguntarle a qué torero admiraba más y me respondió sin vacilar:

—A *Larita*.

—¿Cómo?... ¿Qué dice usted?

—Sí, a *Larita*, a Matías Lara. Y... ¿sabe usted por qué? Pues porque es el único torero que conozco al que no le dan miedo los toros.

—¿Sólo por eso?

—¿Dice usted sólo por eso...? ¿Es que «eso» le parece a usted poco?

—¡Hombre!... Yo imaginaba que los toreros no tendrían miedo del toro. Con miedo creo yo que no se puede torear, al menos como torea usted.

—¡Ya lo creo que se puede! A mí me dan un miedo los toros horrible, ¡espantoso! Si el público supiera lo que pasa por mí cuando hago el paseíllo y en el momento de coger los trastos de matar, se iría de la plaza ¡por lástima!

—En ese caso no comprendo cómo pudo usted torear tantas corridas...

—Pues, entre otras cosas, porque las corridas se firman bastante tiempo antes de torear. Si se firman en el patio de caballos y con el traje de luces puesto, yo hubiera toreado muy pocas o quizá ninguna. Crea usted que a casi todos los toreros les da miedo el toro ¡pero como a mí a ninguno! En cambio a *Larita*...

—A lo mejor le pasa lo que a usted, que lo disimula bien.

—¡Qué va a disimular ése! Es que no le da miedo... pero en absoluto. Se lo digo a usted yo que entiendo de eso y que le he sometido a toda clase de observaciones. *Larita* se ha encerrado en la plaza con seis Palhas y estaba tan tranquilo como si se hubiese encerrado con seis gallinas ponedoras. Usted no sabe lo que es un Palha visto de cerca, ni quiera Dios que lo sepa, pero yo le aseguro que es una de las cosas más espantosas que uno puede imaginar en noche de pesadilla. Sí, yo admiro a *Larita* con todas mis fuerzas. Él es el único torero que hace chistes en la plaza, el único que se ríe con el público cuando tiene la muleta en la mano. ¡Ése sí que es el héroe auténtico de la fiesta nacional!

—Entonces... ¿Usted qué es?

—¿Yo?... Una de sus víctimas.

Otro día le pedí impresiones sobre su profesión y me respondió:

—Es un oficio duro, créame usted, y no seré yo quien recomiende a nadie que lo ejerza. Mire, los primeros diez años se lucha con el hambre; los segundos, con el miedo. Claro que el torero que es capaz de soportar sin desfallecer las feroces acometidas de esos veinte años, ya puede considerarse como triunfador. Pero

entonces se encuentra con que ya está viejo y achacoso y con que ha perdido las facultades gracias a las cuales luchó a brazo partido con el hambre y el miedo.

—Entonces cuando da más miedo ¿no es al principio?

—Ni mucho menos. Al principio hay muchas cosas más fuertes que el miedo que lo empujan a uno. Lo más terrible de la profesión no son los primeros años. Torear cuando se tiene el estómago vacío de comida y la cabeza llena de ilusiones, es fácil. Lo difícil es torear cuando ya se ha llegado arriba, uno tiene ya su casa cómoda y confortable con una doncellita con cofia que le abre la puerta, una esposa amable, unos chiquillos encantadores, unas buenas butacas, unos libros... Entonces ya sí que resulta difícil vestirse de torero y salir camino de la plaza. Y sin embargo ¡hay que hacerlo! Hay que hacerlo entre otras cosas para poder conservar la casa confortable, las butacas, los libros..., para no tener que despedir a la doncellita de la cofia, para que la esposa pueda seguir viviendo como una señora y para que crezcan y se eduquen los chicos como uno soñó que crecieran y se educasen. Por eso a mí, más pena que los toreros que no llegan, me dan los que llegan y luego caen. Eso es horrible y... ¡tan natural!

Sobre este tema del miedo hablaba Belmonte con mucha frecuencia. Se desahogaba el hombre diciendo ante los amigos y ante todo el que le quisiera oír que en la plaza pasaba un miedo tremendo. Pero, en general, nadie le creía. Era imposible que con miedo se pudiesen hacer las cosas que hacía él a los toros. Su toreo era genial, sin duda, pero ante todo y sobre todo, valiente. La revolución que él operó en el arte taurino consistió principalmente en eso, en que fue el primero que se metió a torear en lo que hasta entonces se conocía con el nombre de «el terreno del toro», un terreno en el que, según los enterados, no se podía torear ni se había toreado nunca antes de Juan Belmonte. Un día le dije:

—No comprendo, Juan, cómo dándole a usted tanto miedo se arrima tanto.

—Es que cuanto más cerca se está del toro menos se le ve. Y eso es lo que quiero yo, no verle. Por eso me meto encima.

—Pero los toreros que tienen miedo corren...

—Porque suelen tener muy buenas piernas. En cambio yo, que tengo pocas facultades, estoy convencido de que, en cualquier caso, el toro correría más que yo. Por eso me estoy quieto.

Otra vez, estando ya Belmonte retirado definitivamente, le encontré en casa del escritor Chaves Nogales que le estaba haciendo a la sazón una biografía^[8]. Alguien reconvino a Chaves porque corría demasiado en un coche que acababa de comprarse y él respondió:

—Ya sé que es peligroso, pero hasta que vuelque no conseguiré hacerme cargo de que me puede ocurrir un contratiempo. No le tengo ningún respeto al acelerador, en cambio cuando voy a pie y veo venir un coche, me da un miedo horrible; para cruzar la calle de Alcalá me meto siempre en el túnel del Metro.

—Pues a mí —dijo un joven— lo que más miedo me da en el mundo es

examinarme. ¡Cuántas veces me han suspendido sólo por el miedo que llevaba!

Una señora explicó que a ella lo que más le asustaba, más que los coches y los exámenes, eran las avispas.

—A mí los ratones —dijo otra.

Y entonces Belmonte que no había intervenido en la conversación dijo sentencioso:

—¡Cómo se ve que ninguno de ustedes ha sido nunca torero, amigos míos!

Algunas veces pensé, teniendo en cuenta el carácter de Belmonte, que había sido torero más por casualidad que por otra cosa. Su clara inteligencia le había empujado de chiquillo a hacer un esfuerzo heroico para salir de pobre y, viviendo en Sevilla y en el barrio de Triana, no había tenido a mano más medio para destacar que los toros. En resumen, que se había hecho torero por la fuerza de su triste situación y por influjo del ambiente, igual que los chiquillos de Sigüenza se hacen curas, los de Bilbao marineros y los de Barcelona viajeros de comercio.

Pensé igualmente que después había triunfado gracias a la fuerza arrolladora de su voluntad, lo mismo que podría haber triunfado si hubiese puesto una taberna o si se hubiese dedicado a ser corredor ciclista, boxeador o mecánico.

Más tarde me convencí de que esta idea mía, tan verosímil, era absolutamente falsa. Viéndole torear la última vez que toreó en Madrid, en 1935, comprendí que Juan Belmonte, pese a su modestia, a su miedo (ese miedo del que él alardeaba pero que en la plaza no se veía por ninguna parte), pese a que no iba por la calle con sombrero ancho sino con gafas negras, pese a que no decía «*coma*», ni «*compare*», y pese a otras muchísimas cosas que le diferenciaban por completo de todos los toreros de su época, era un torero de arriba abajo, un torerazo único y me convencí también de que no toreaba por la fama ni por la popularidad, ni siquiera por el dinero, sino que toreaba porque le salía de muy adentro, porque no lo podía remediar.

La prueba más palpable de esto que digo es que se retiró, o creímos que se había retirado, cinco o seis veces, y otras tantas volvió a salir a la plaza y a torear del mismo modo asombroso que cuando era novillero. Algunos aseguraban que Belmonte estaba arruinado y que si vestía de nuevo el traje de luces era para rehacer su fortuna.

Pero esto no era cierto. Belmonte no ha estado arruinado jamás. No es hombre derrochador ni vicioso y, para sacar adelante a su familia y vivir con decoro, le hubiera bastado con poner un café o dedicarse a escribir en los periódicos, cosa para la que le sobraban condiciones.

No, Belmonte no toreaba por afán de dinero; aunque muchos lo creyeran así y aunque lo creyera quizá él mismo. No se me olvidará que la última tarde que toreó en Madrid, poco antes de empezar la guerra, se jugó la vida como en sus tiempos de principiante y tuvo al público en trance de delirio durante dos horas. Por entonces ya tenía Belmonte, además de un nombre universal e indiscutible, una ganadería de toros bravos, un cortijo en Sevilla, una casa en Madrid, cuentas corrientes por doquier y

otras cosillas sueltas.

Era indudable que algo más fuerte que la gloria, más fuerte que el dinero, más fuerte que el hambre y más fuerte que el miedo, le empujaba a los toros.

Ahora, Juan Belmonte ya no es torero profesional; pero ese algo fuerte que le empujaba y que yo no sé lo que es le empuja todavía puesto que sigue toreando en su finca La Capitana, en los tentaderos que tienen lugar en las fincas de sus amigos y en todas las corridas que se celebran para aliviar la vejez indigente de Rafael *El Gallo*, compañero por quien el buen corazón de Belmonte siente especial predilección.

—Ése se ha empeñado en cumplir su destino de que le mate un toro —oí decir hace poco tiempo a un amigo de Juan.

No es verosímil ni deseable que se cumpla esta predicción catastrófica; pero sí es curioso que se obstine en seguir toreando, aunque sea por capricho, un hombre que tiene tanto derecho a dormir sobre sus laureles. Además, si verdaderamente el destino de Belmonte fuera ése, no hubiera desaprovechado tantas ocasiones de cumplirse. Creo por el contrario que bien claro se ha visto su destino, al menos hasta ahora.

Cuando Juan Belmonte empezó, la voz unánime era que «como toreaba él no se podía torear». Todo el mundo estaba convencido de que una de aquellas innumerables cornadas que sufría en el principio de su carrera sería mortal de necesidad. Un hombre tan entendido como *El Guerra* lo pronosticó diciendo a uno de sus amigos, allá por los tiempos en que Belmonte armó el alboroto:

—¿Qué dices?... ¿Que no has visto nunca torear a Juan Belmonte? Pues date prisa porque si te esperas tres meses ya no le ves.

Vive ahora Belmonte la mayor parte del año en el campo, en su cortijo de la provincia de Sevilla, entre sus olivos, sus toros y sus libros. De vez en cuando viene a Madrid, pero se le ve poco porque no es hombre que se prodigue en cafés, tertulias ni estrenos. En Sevilla se le ve más. Cuando alguien va a buscarle al cortijo y pregunta al viejo mayoral, Antonio, que dónde está su amo, contesta de muy mal humor sobre todo si es domingo:

—¿Que dónde está Juan? *Pos...* a dónde va a estar ése, *arma* mía..., ¡*metío en er furbo!*... ¡Qué lastimita de hombre!

Lo más asombroso a mi juicio que ha conseguido Belmonte en su vida es esa aureola de simpatía y de afecto que le rodea. Nadie habla mal de él, nadie se ha metido jamás con él ni con la palabra ni con la pluma a pesar de haber ejercido durante tantos años una profesión en que la envidia, el rencor y el afán de dinero insatisfecho hinchaban con frecuencia la calumnia que no se detiene ante nadie ni ante nada. Es menester que Belmonte sea un hombre bueno, un hombre absolutamente intachable para que nosotros, los españoles, siempre maldicientes, siempre amigos de dirigir nuestros tiros hacia las cumbres más altas, no tengamos nada malo que decir de él. Y aun así no deja de parecerme un milagro.

Una de las últimas veces que vi a Juan Belmonte fue hace varios años en el altar mayor de la iglesia de los Jerónimos, muy correctamente vestido de chaqué. Se

celebraba la boda de una de las hijas del doctor Marañón con un diplomático inglés y Belmonte figuraba como testigo por parte del novio. ¡Cómo me gustó ver allí a nuestro torero entre el ministro plenipotenciario de Estados Unidos y el agregado naval de la Embajada Británica en gran uniforme!

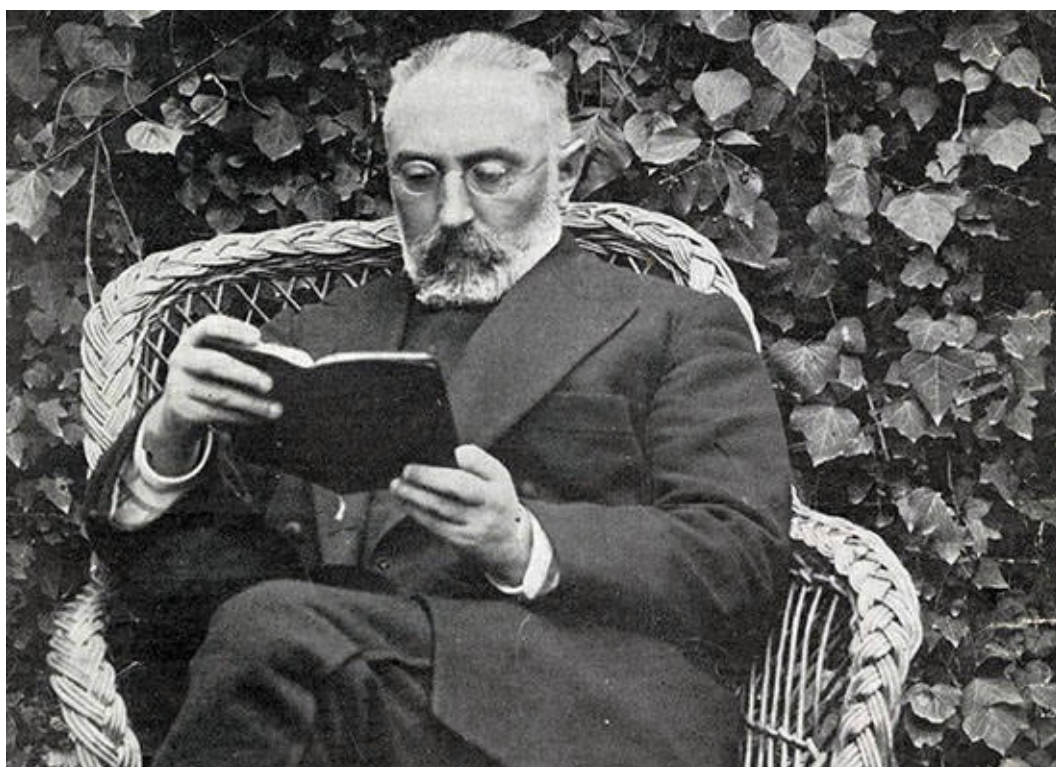
Alguien dijo a mi lado:

—Cuando los ingleses hacen a Belmonte objeto de distinciones como ésta, será por algo. Indudablemente el trianero ha sabido convertirse en un gran señor.

Y yo pensé que Juan Belmonte no había tenido que convertirse en un gran señor porque lo ha sido siempre. Ya lo era cuando se escapaba por las noches de su barrio de Triana con el capotillo liado a la cintura y con la ilusión de ganar muchos duros para sacar a sus hermanos del asilo, ya lo era cuando fue a pedir a mi abuelo que soltara del calabozo a un pobre maleta.

Capítulo VII

Miguel de Unamuno^[9]



Recuerdo muy bien que, teniendo yo trece o catorce años, vi por primera vez el rostro impresionante de don Miguel de Unamuno en la portada de un ejemplar de la novela corta, que encontré olvidado sobre un banco en la clase de Latín del colegio de segunda enseñanza de mi pueblo. Guardé aquella novelita disimuladamente entre mis libros para leerla a hurtadillas durante las horas de estudio obligatorio. Se llamaba *Nada menos que todo un hombre* y su lectura me maravilló. Yo leía entonces todo lo que caía en mis manos, que era muy poco, de una manera anárquica. Rara vez leía un libro de cabo a rabo. Acostumbraba a pasar por alto las páginas en que se describían paisajes y me saltaba igualmente aquellas otras en las que el autor se perdía en divagaciones. Solía ir directa al diálogo y después, si la cosa me interesaba mucho, volvía para atrás en busca de datos complementarios. Pero de aquella novela corta de

don Miguel de Unamuno no tuvo que saltarme nada. El autor iba derecho al grano sin describir ciudades, ni campiñas, ni muebles, ni catedrales. ¡Así daba gusto!

Lo que más me sorprendía era que, recordando vagamente haber oído hablar de Unamuno, me había hecho la idea de que se trataba de una especie de sabio, filósofo o cosa parecida y no me cabía en la cabeza que a uno de esos sabios o filósofos que escriben, en general, libros gordos y pelmazos, se le hubiera ocurrido hacer una novela tan lisa, tan llana, tan corta y tan bonita. Decidí pues hacerme lectora de Unamuno y atrapar sus obras donde quiera que las encontrase. Lo malo fue que en mi pueblo no di con ninguna más, a pesar de que me las compuse para husmear en algún que otro montón de libros viejos que guardaban en los desvanes de sus casas el médico, el telegrafista, el maestro y el director del colegio de segunda enseñanza, que eran los más destacados representantes del intelecto en mi rincón natal.

A falta de más literatura unamuniana, releí varias veces el *Nada menos que todo un hombre* y llegué casi a aprendérmelo de memoria. Me gustaba también contemplar la cabeza de don Miguel agrandada considerablemente en la portada del folleto y llegué a grabármela en la imaginación. Aquel hombre tenía algo extraño en la cara y no se parecía a ninguno de los que yo había visto hasta entonces, igual que su novela no se parecía a ninguna de las que yo había leído.

Meses después, iba yo una tarde camino del colegio, cuando vi que unos señores forasteros contemplaban el castillo de mi pueblo al tiempo que comentaban entusiasmados la maravillosa vista del Circo de Credos que desde cualquier parte del pueblo se percibe. Me emocioné mucho al descubrir que uno de aquellos señores tenía la misma cabeza que el retrato de mi novela corta. Era alto, corpulento, con buen color y llevaba un gran chaleco cerrado hasta arriba sin que saliese fuera de él otra cosa que el cuello de la camisa. Aquel *sincorbatista* no podía ser otro que don Miguel de Unamuno y, efectivamente, al pasar por la fonda, comprobé que mi identificación era exacta. El fondista explicaba a sus vecinos, que tenía alojado en su casa a Unamuno, quien había elogiado mucho las bellezas del paisaje y la comida que le habían servido al mediodía. Después aclaraba:

—Es un hombre de ciencia. Una cosa así como Ramón y Cajal a quien también tuvimos un día de huésped no hace mucho tiempo.

El médico, que pasaba en aquel momento por allí haciendo la visita, se acercó también a comentar la noticia del día:

—Conque... Unamuno, ¿eh? —dijo dirigiéndose al fondista—. Pues ya puede estar orgulloso y esmerarse en el trato. Es un escritor de los más ilustres de España.

El aludido sonrió satisfecho y después dijo:

—¡Hombre!... Uno ya está acostumbrado a recibir escritores de fama. No le digo más sino que... hasta don Alberto de Insúa ha pasado por mi hotel.

Aquel mismo año nos enteramos por los periódicos de que don Miguel de Unamuno había sido desterrado a la isla de Fuerteventura por el general Primo de Rivera con el que no estaba de acuerdo.

La cosa me chocó porque yo me había imaginado que Unamuno era una especie de ídolo indiscutible e inamovible, un hombre cargado de méritos y cuya sola presencia infundía, al menos en mí, un respeto casi supersticioso.

A los catorce años no nos explicamos bien muchas cosas y una de ellas era que los mismos notables de mi pueblo, que se sintieron orgullosos cuando Unamuno nos visitó y que fueron a la fonda a presentarle sus respetos, comentasen unos meses más tarde, entre risas y cuchufletas, una nota oficiosa del general Primo de Rivera que publicaban los periódicos y que decía así:

«Para mí, Unamuno no es sabio ni nada que se le parezca, y de ello estamos todos convencidos en España, donde hace falta quitarle la careta. Pero conviene que en el extranjero se le dé el lugar que le corresponde sin apoteosis ni homenajes que resultan un poco ridículos. Yo creo que un poco de cultura helénica no da derecho a meterse con todo lo humano y lo divino y a desbarrar sobre todas las demás cuestiones».

Se empezó pues a discutir sobre Unamuno. Los enemigos de la dictadura le ponían por las nubes y otros le arrastraban por el suelo y lo mejor que decían de él era que se trataba de un tío «*chhalao*» al que era preciso mandar, no a la isla de Fuerteventura sino mucho más cerca, a Ciempozuelos. Yo no comprendía cómo se podía hablar así de un sabio que me causaba tanto respeto y que tenía una facha magnífica.

Un ídolo entre los universitarios

Para los estudiantes madrileños, de cuyas filas formé parte algunos años más tarde, Unamuno era un ídolo. Ya no estaba en Fuerteventura sino en Hendaya y de vez en cuando nos mandaba cartas que circulaban clandestinamente en la Universidad y en las que nos animaba a continuar en actitud rebelde frente a la dictadura. No necesitábamos nosotros tan altos estímulos ya que, como la rebeldía consistía en no entrar en clase y, por ende, en no estudiar, estábamos todos bastante a favor.

Yo cada vez me sentía más entusiasta de don Miguel. Había leído ya *Niebla*, *La tía Tula*, *Amor y Pedagogía* y, aunque ninguna de estas novelas o «novelillas», como él las llamaba, llegó a gustarme tanto como el *Nada menos que todo un hombre*, las devoraba aún con más interés porque ya, no sólo conocía al autor de vista sino que me creía identificada con él por aquello de las huelgas estudiantiles.

En el colmo del entusiasmo creí llegado el momento de abordar por completo la obra de Unamuno y me puse a leer el *Del sentimiento trágico de la vida*. No era una lectura muy apropiada para estudiantes huelguistas y no hace falta decir que no pasé

de la cuarta página a pesar de que hice esfuerzos inauditos. Sin embargo mi admiración hacia Unamuno aumentó aún más porque, aunque la obra era demasiado densa para mí, no me resultaba ininteligible ni muchísimo menos. El don Miguel filósofo, igual que el novelista, era un escritor claro, entrañable, rotundo, único.

Tras la caída de Primo de Rivera, Unamuno volvió a España y se anunció que enseguida vendría a Madrid. Los estudiantes le preparábamos un recibimiento apoteósico. Fuimos por miles a la estación con idea de acompañarle después hasta el hotel Florida, que era donde iba a hospedarse, y a la manifestación nuestra se sumaron miles de curiosos. No recuerdo cómo me las arreglé para colocarme en la primera fila de aquel andén que estaba verdaderamente abarrotado, pero el caso fue que tuve la suerte de contemplar perfectamente al gran hombre cuando el tren se detuvo y apareció él en la puerta del vagón. Era el mismo, exactamente el mismo, que yo había divisado años atrás contemplando el castillo de mi pueblo. Llevaba el mismo chaleco cerrado hasta la barbilla. Visto de abajo arriba me pareció aún más grande, más erguido, más imponente. Tenía, sin embargo, el pelo más blanco y llevaba un brazo en cabestrillo a causa de un accidente que le había ocurrido algunos días antes. Me hizo una impresión tremenda, sobre todo al notar que estaba muy emocionado y que tenía los ojos húmedos.

De pronto, entre aquella masa imponente que aclamaba a Unamuno, se produjo un revuelo enorme. Los gritos de entusiasmo debieron parecerle a la policía demasiado subversivos; el caso fue que los guardias empezaron a repartir palos por todos lados y cada uno nos salvamos como pudimos, y fue realmente milagroso que no ocurriese allí una verdadera catástrofe dada la enorme masa de gente que se apretujaba en la estación y sus alrededores.

Al día siguiente daba Unamuno una conferencia en el Ateneo y, a pesar de que el precedente de la estación era poco tranquilizador y de que la docta casa se encontraba aquella tarde rodeada de policías y guardias a caballo, me fui con dos horas de anticipación y busqué sitio en primera fila, como había hecho la víspera, y me dispuse a ver y oír a don Miguel a mis anchas. El recibimiento que le hicieron los ateneístas fue apoteósico. Unamuno, en pie, detrás de la mesa de los conferenciantes escuchaba la ovación interminable y, como en la estación, estaba emocionado y hasta lloroso.

Al cabo de mucho rato pudo comenzar a hablar y recuerdo que su voz me impresionó tanto como su persona, aunque recuerdo también que aquella conferencia me decepcionó un poco. El Unamuno político no estaba a la altura del Unamuno pensador, del Unamuno literato, ni siquiera del Unamuno poeta. Contó, creo que por diezmilésima vez, lo ocurrido en cierta entrevista que tuvo con el rey años atrás y habló de la policía en unos términos parecidos a los que empleaban los chicos en los pasillos de la Universidad. Solamente al final adquirió su perorata cierta grandeza y creo que hasta me emocioné de veras cuando le vi ponerse de nuevo en pie y pronunciar una sentencia de Eurípides que siento no recordar en este momento.

Parecía un patriarca de la antigüedad, un profeta, algo arcaico y grandioso, plantado milagrosamente en los tiempos del maquinismo y de la prosa vil.

Ya había terminado hacía mucho rato y la ovación continuaba cerrada, llena y, al parecer, interminable. Ninguno de los asistentes, a cuál más entusiasmado, quería ser el primero en dejar de aplaudir y allí seguíamos todos esperando no se sabía qué, tal vez la orden de comenzar aquella revolución de la que tanto había hablado don Miguel y que se pensaba hacer uno de aquellos días, sin que nadie supiese a ciencia cierta quién tenía que llevarla a cabo.

De pronto ocurrió una cosa, para mí chocante. Unamuno, a quien sin duda ya iban pesando tantos aplausos, se encaró con el público y dijo:

—Hemos terminado, queridos y amigos míos. Ahora nos vamos todos. Vosotros, a vuestras casas y yo, ¡a la calle que es mi sitio!

¡Para qué quiso más...! Los que hasta entonces habían aplaudido con moderación, lo hicieron en aquel momento con nuevos e insospechados bríos y los más entusiastas se pusieron como locos. Allí ya no sólo se aplaudía sino que se saltaba, se aullaba, se deliberaba. Aquellos intelectuales ansiosos de revolución, pero que no sabían cómo ni por dónde empezarla, debieron de creer que iba a llegar el anhelado momento de echarse a la calle o, mejor dicho, de que se echaran los obreros, a los que se señalaba en general como los más indicados para cumplir tan incómodo menester. Yo tuve miedo. Había tomado, como muchos, al pie de la letra las palabras de don Miguel y me imaginaba que diez minutos después se iba a armar en Madrid la de San Quintín por lo menos. Unamuno había dicho que se iba ¡a la calle! en un tono que indicaba claramente que pensaba hacer en ella algo más que tomar el tranvía. Como era lógico, aquella multitud enardecida y entusiasta le seguía a ojos cerrados, los guardias de la puerta y los de más allá cargarían sobre ella y no tardarían los obreros en declarar la huelga general. No es que yo tuviese, por el momento, nada que oponer a semejante programa, pero sentí miedo, repito, porque, a pesar de que hasta entonces no había visto ninguna revolución verdadera ni más simulacro de ella que los modestos motines que solían armarse por las mañanas en la Universidad, me parecía peligroso que el tan esperado tumulto se produjese a las diez de la noche y me pillara sin abrigo, sin cenar, a tres kilómetros de la Residencia de Señoritas Estudiantes donde vivía y con un par de pesetas en el bolsillo. Decidí pues salir de prisa a fin de tomar siquiera el último tranvía; pero la multitud estacionada en los pasillos y en la puerta del Ateneo no me dejaba avanzar y ¡cuál sería mi asombro! al ver que, de pronto, todos abrieron calle para dejar pasar a Unamuno quien, al parecer con prisa, salió del local y se metió en un taxi que esperaba en la puerta dando al chófer la dirección del hotel donde se hospedaba.

—¿A dónde va, don Miguel? —preguntaron algunos ingenuos enardecidos o simplemente desconcertados como yo.

Y otros, no menos entusiastas pero sí mejor informados, respondieron:

—A donde vamos todos, ¡a cenar!

Aquella fue la primera ocasión que tuve de aprender que en la política, como en otras muchas materias, las frases no deben tomarse al pie de la letra. Las palabras tienen un valor puramente simbólico y don Miguel había dicho ¡a la calle! a sabiendas de que no pasaría gran cosa, exactamente como un enamorado ofrece su vida sin que se le pase por la imaginación el que la amada pueda disponer de ella.

Una broma pesada

No permaneció muchos días Unamuno en Madrid pero, durante ellos, siguió yendo todas las tardes al Ateneo, no a dar conferencias sino a departir amablemente con sus amigos en la Cacharrería como hiciera en otros tiempos. A veces subía a la biblioteca a mirar un libro o a escribir una carta y, cuando se marchaba, solía dejar en el pupitre hasta media docena de pajaritas de papel de las que hacía constantemente con una habilidad y una rapidez asombrosas. No hacía solamente la pajarita corriente, la que todo el mundo sabe hacer, sino otras mucho más caprichosas y difíciles, especialmente un pingüino al que no le faltaba más que empezar a dar saltitos para que pareciese de verdad. Yo solía andar siempre al cuidado para recoger las pequeñas obras de arte una vez que don Miguel se marchaba y llegué a juntar una verdadera colección.

Una de aquellas tardes, hablando en el Ateneo con don Mario Roso de Luna, a quien yo apreciaba porque le conocía desde niña, se me ocurrió decirle:

—A mí me gustaría mucho conocer a Unamuno, quiero decir, hablar con él...

—Pues, hijita —me respondió don Mario con su agrado habitual—, la cosa no puede ser más fácil. Cuando le veas aquí hablando conmigo te acercas y yo te lo presento.

—Ya lo había pensado, pero... me resulta un poco violento. ¡Hay siempre un corro tan grande alrededor de ustedes...! Ya sabe usted que en cuanto don Miguel se sienta aquí, acuden como moscas los papanatas.

Roso de Luna se echó a reír y después me dijo que para evitar el corro no tenía yo más que ir al Ateneo a primera hora de la tarde.

—Don Miguel —añadió— conserva la costumbre provinciana de comer temprano y suele venir aquí a tomar café a las tres en punto. A esas horas estamos casi completamente solos ya que los ateneístas no suelen comenzar a venir hasta las cuatro.

En efecto, al día siguiente me di bastante prisa y logré llegar al corro de Unamuno y Roso de Luna cuando sólo había en él ocho o diez personas. Como vacilaba en acercarme, don Mario me llamó y me hizo sentar a su lado. Unamuno estaba en aquel

momento explicando no sé qué y no era cosa de interrumpir su divagación para presentarle a un ser de tan poca monta como yo. Esperamos pues el momento propicio, pero mientras tanto el público iba afluyendo. Ya veía con horror que la tertulia crecía, que crecía también el número de los que estaban de pie alrededor y que estos espectadores —que no se atrevían a sentarse ni a intervenir por no ser amigos de los ilustres componentes de cenáculo— me miraban con cierta insolencia como pensando que una mocosa, como yo era entonces, no tenía derecho a llevar vela en aquel entierro. También noté que don Miguel, mientras pontificaba, me dirigió dos o tres miradas que me parecieron poco tranquilizadoras; ya estaba dispuesta a escabullirme como pudiese cuando don Mario, agarrándome por un pico del gabán, me puso junto a Unamuno, le dijo mi nombre y añadió dos o tres frases amables.

Yo pensé que una vez que me hubiera dado la mano, Unamuno seguiría con su perorata y que no se ocuparía más de mí pero, por desgracia, ocurrieron las cosas de muy diferente manera. Entre la expectación de los presentes, Unamuno se volvió hacia mí, me miró de pies a cabeza deteniéndose especialmente en la voluminosa cartera llena de libros y papeles que yo llevaba en la mano, así como en la pluma estilográfica que salía de mi bolsillo, y después me dijo con una voz lo bastante alta para que no se perdieran ni una palabra los papanatas del corro:

—Yo, en esta cuestión del feminismo, tengo mis ideas. Hace ya bastantes años, estando sentado aquí mismo, en estas mismas butacas con doña Emilia Pardo Bazán le dije lo que pensaba del asunto. Y... ¿sabe usted lo que le dije?

Yo, la verdad, no tenía el menor interés en conocer los términos de aquella conversación antigua que don Miguel intentaba resucitar porque me estaba oliendo, dado el tono en que él había pronunciado la palabra «feminismo», que se trataba de alguna frase ingeniosa y sin duda certera pero irremediabilmente destinada a ponerme en ridículo. Pero ante la expectación de los reunidos, no tuve más remedio que decir que no con la cabeza. Entonces don Miguel prosiguió.

—Pues sí... Estando yo una tarde aquí sentado con la Pardo Bazán y hablando del feminismo y de las actividades intelectuales de las mujeres yo le dije: «Desengañese usted, doña Emilia, las mujeres han venido al mundo exclusivamente para concebir, gestar, parir y amamantar. Cuando pasen sin hacer ninguna de estas cosas otros tantos siglos como llevan haciéndolas, entonces habrá llegado el momento de que procreen con el entendimiento que es lo que ahora intentan vanamente hacer».

No hay que decir que la frase fue celebradísima por la concurrencia. Los papanatas, acostumbrados incluso a reírse sin ganas solamente por ser gratos a don Miguel, acogieron aquello, que mirándolo bien podía tener cierta gracia, con carcajadas indescriptibles. Algunos salieron disparados solamente por el gusto de contar los primeros la ocurrencia a otros grupos y creo que hubo quien se decidió a llegarse hasta la Granja el Henar para dar la noticia en las tertulias literario-políticas que se reunían allí.

Por mi parte hubiera querido que la tierra se abriese y nos tragase a todos en aquel

momento, que estallase la revolución, que se hundiera el Ateneo o que vinieran los guardias a clausurarlo como ya había pasado otras veces. Me sentía en el más espantoso de los ridículos sin que me aliviase lo más mínimo el pensar que aquel sofión, dirigido contra mí en aquel momento, lo hubiese soportado con anterioridad una persona tan ilustre como la condesa de Pardo Bazán. Se me ocurrió la idea de preguntar a Unamuno qué era lo que le había contestado doña Emilia pero me contuve por miedo a un nuevo descalabro y, como tampoco me atrevía a levantarme y atravesar la espesa barrera de curiosos que se agolpaba alrededor nuestro, esperé muy acurrucadita en la butaca a que la tertulia se disolviera, cosa que tardó bastante en suceder por desgracia. Menos mal que a los pocos momentos todos se habían olvidado de mí en vista de que Unamuno se puso a hablar de política, que era el tema predilecto. Alguien dijo una frase que circulaba entonces mucho y que era ésta:

—Don Miguel, usted en estos momentos es un símbolo.

Y entonces Unamuno, echando mano de su diversión favorita, jugar con las palabras, respondió:

—¿Símbolo?... Preferiría ser émbolo.

A partir de aquel día le tomé a don Miguel de Unamuno un miedo cerval. Si le veía conversando en los salones del Ateneo, echaba yo a correr escaleras arriba para refugiarme en la biblioteca y si él estaba arriba leyendo, me largaba abajo enseguida. Ya no me atrevía ni a recoger las pajaritas que dejaba sobre el pupitre. Años más tarde, proclamada ya la República, veía mucho a don Miguel en las Cortes Constituyentes, y si me tropezaba con él por los pasillos del Congreso o en el bufé donde merendábamos juntos diputados y periodistas, me hacía la distraída. Cuando en la Redacción del periódico se trataba de hacer alguna entrevista a Unamuno, yo le endosaba siempre este trabajo a algún compañero y jamás le incluí en las encuestas a doble plana que, con verdadera contumacia, hacíamos en las revistas ilustradas.

Sin embargo un día, en el curso de un banquete en honor a don Ramón del Valle-Inclán, caí cerca de Unamuno y alguien volvió a presentármelo sin que yo pudiera evitarlo. Temí otra salida como la del Ateneo y me dispuse a recibirla con más serenidad porque ya habían pasado los años y no me impresionaban tanto como en mis tiempos de estudiante ni los intelectuales ni sus ocurrencias. Pero don Miguel en aquel momento no estaba en vena de lucirse y sólo dijo que ya me conocía de vista (afortunadamente no se acordaba de lo del Ateneo) y que sabía que escribía en los periódicos.

Aquella noche del banquete a Valle-Inclán, pronunció don Miguel de Unamuno uno de los discursos más bonitos y más emotivos de su vida. Nos demostró como nunca la grandeza de su alma y de su talento y puso de manifiesto que un cerebro excepcional como era el suyo es capaz de transformar en algo bello e impresionante una cosa tan idiota y tan huera como suelen ser los discursos de los banquetes. Habló del homenajeado en unos términos tan sencillos, tan veraces y tan certeros que nos impresionaron a todos. El mismo Valle-Inclán, hombre poco dado a los

sentimentalismos como todo el mundo sabe, tenía los ojos húmedos. Unamuno terminó diciendo:

—Para don Ramón, como para mí, la lengua castellana no es madre: ¡es hija!

A mí me conmovió mucho ver cómo aquellos dos grandes hombres, probablemente los más impresionantes que hemos conocido las gentes de nuestra generación, se abrazaban estrechamente olvidando sus mutuas y maldicientes frases. Un vecino mío de mesa, hombre simpático y ocurrente, me dijo al oído:

—¡Cómo se ve que estos hombres están ya viejos! En sus buenos tiempos hubieran terminado el banquete tirándose los platos a la cabeza.

En efecto, don Miguel era ya un anciano y, aunque se mantenía erguido y buen mozo, los años dejaban huellas indelebles en su rostro y en su alma. La vida de Madrid había borrado en gran parte los sanos colores de sus mejillas y la decepción que sufrió con la República le había puesto muy triste. Un día había dicho:

—¡Me duele España en el cogollo del corazón!

Y era verdad. Le dolía España, esta España que para todos es madre y para don Miguel era hija porque, más que todos, la quería; esta España incierta y siempre atormentada le producía muchos quebraderos de cabeza. Adivinaba que algo horrible, espantoso, se nos venía encima. Ya no quería don Miguel ser émbolo como en aquellos tiempos alegres y un poco inconscientes de las vísperas republicanas sino, por el contrario, deseaba ser amortiguador, lluvia benéfica que empapase los corazones ressecos por el odio, bálsamo que aflojase las manos de los españoles crispadas ya trágicamente sobre el gatillo del revólver.

Aquellas legiones de admiradores con que don Miguel contaba, durante la dictadura de Primo de Rivera se habían quedado bastante reducidas. Ya entraba y salía el gran hombre en el Ateneo sin levantar polvareda; daba conferencias alguna que otra vez con la sala discretamente llena y, cuando pasaba por la calle, sólo algunos volvían la cabeza. Todos le discutían. A unos les parecía demasiado blanco, a otros demasiado rojo y todos convenían en que, al igual que los otros intelectuales, como político resultaba desastroso. Vivíamos unos tiempos en que la política lo llenaba todo y aquellos que, como don Miguel, no encajaban ni en uno ni en otro bando, estaban irremisiblemente destinados a que se les depreciase, por grandes que fueran sus méritos.

A pesar de la gran fuerza de su inmensa personalidad, a Unamuno le costó trabajo salir elegido diputado en las segundas elecciones que hizo la República y, si consiguió el acta, fue gracias a que se alió con las derechas en la circunscripción de Salamanca. Hasta para salir • diputado por Salamanca, ¡por su Salamanca!, necesitó de cirineos el gran don Miguel.

Los izquierdistas, aquellos que deliraban por él en el año 1930 y que se quitaban el sombrero para nombrarle, ponían a Unamuno como hoja de perejil. Como el gran hombre tenía fama de tacaño, algunos llegaron a decir que se había esforzado tanto en salir elegido diputado no porque le interesase lo más mínimo la cosa pública, sino por

no perderse las mil pesetas que disfrutaban entonces como sueldo los «padres de la patria».

Aquellos días de su jubilación

A finales de septiembre de 1934 se anunció que iba a celebrarse en Salamanca con toda solemnidad el triste acto de que don Miguel de Unamuno explicase la última lección de su cátedra, porque había llegado a la edad en que la ley impone a los catedráticos la jubilación forzosa.

Como jubilar de veras a Unamuno hubiera resultado algo monstruoso y como, al mismo tiempo, había que cumplir la ley, el ministro había ideado un subterfugio consistente en retirarle la cátedra, a fin de que pudiera ésta ser ocupada por un profesor joven, y crear otra extraordinaria, no sometida al reglamento universitario, a fin de que don Miguel siguiese enseñando Griego a la juventud si tal era su deseo.

A pesar de todo, la cosa no dejaba de tener un carácter melancólico y a los que le admirábamos de veras, que aún éramos muchos en España y en el extranjero, nos dolía que se declarase oficialmente «viejo» a don Miguel de Unamuno.

Yo ya le había perdonado de todo corazón aquella broma de «concebir, gestar, parir y amamantar» que me gastó en el Ateneo, y acepté por tanto con gusto el encargo que me hizo el director de Unión Radio de trasladarme a Salamanca con un equipo y dos técnicos para hacer el reportaje radiofónico de la jubilación de Unamuno.

Se preparaban muchas fiestas: una recepción en el Ayuntamiento con asistencia de personalidades oficiales llegadas de Madrid, veladas teatrales, conciertos por la banda municipal de Madrid dirigida por el maestro Villa, fiestas folclóricas hispano-lusitanas y, por último, un acto oficial en la Universidad consistente en la explicación, por parte de don Miguel, de su última lección, y en la investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Salamanca de un poeta portugués amigo de Unamuno. Un programa, en fin, igual que todos los programas de este género, destinado a cansar y a aburrir a todo el mundo. Pero todos estábamos dispuestos a soportar el cansancio y el aburrimiento que era lo menos que podíamos ofrecer en honor de Unamuno los que teníamos la suerte de ser contemporáneos de un hombre excepcional, uno de esos hombres que producen los países cada dos o tres siglos. La lástima era que no hubiera surgido al mismo tiempo un organizador también excepcional, capaz de haber ideado un homenaje más nuevo y más a tono con el homenajeado.

Llegué a Salamanca la víspera del comienzo de las fiestas, al anochecer, y cuando

aún no había puesto el pie bajo los soportales de la Plaza Mayor, divisé a don Miguel que charlaba con unos amigos. Sobresalía entre el grupo por su corpulencia y su talla. Continuaba erguido y majestuoso como en sus mejores tiempos y, a pesar de haber envejecido bastante, le encontré con mejor color que en Madrid. El moreno encendido de su cara de campesino formaba un noble y hermoso contraste con la albura sin mácula de la barba y la cabeza.

Me hubiera acercado de buena gana a saludarle pero vacilé porque Unamuno continuaba intimidándome, igual que en mis tiempos de estudiante y, además, al respeto imponente que me inspiraba su persona se unía el miedo de que le diese otra vez la humorada de vender mi cabeza a los contertulios como había hecho cuatro años antes en el Ateneo de Madrid. Intenté pues pasar de largo pero don Miguel ya me había visto. Separándose de los que le rodeaban, vino muy cortésmente a saludarme. Después me llevó hacia el grupo y me presentó a sus amigos en unos términos tan amables y tan inesperados que me dejaron confusa.

Yo temblaba de emoción y de agradecimiento porque todo lo esperaba de Unamuno menos que me recibiese de aquella manera, y sentí hacia él en pocos momentos, además de la admiración de siempre, una simpatía avasalladora. Descubrí que, a pesar de su grandeza, Unamuno tenía un alma sencilla hasta el punto de que se sentía obligado conmigo por el simple hecho de que hubiese ido a Salamanca para escribir algo de su homenaje. A pesar de sus diatribas contra el feminismo, don Miguel era, al fin y a la postre, un hombre del siglo XIX, al que halagaba que una mujer se tomase por él cualquier clase de trabajo. Afortunadamente vivía, como todos los sabios, lo bastante fuera de la realidad como para no darse cuenta de que mis deberes periodísticos me obligaban de ordinario a desplazarme por objetivos de mucha menos categoría, tales como los concursos de belleza que estaban entonces de moda, los *raids* de aviación, las artistas de cine, las inundaciones de Murcia o las huelgas de Sevilla.

Dimos una vuelta por la ciudad y don Miguel, que no se cansaba de estar amable conmigo, me fue enseñando las cosas más bonitas de Salamanca o, mejor dicho, las que más le gustaban a él. Yo estaba radiante porque nunca me hubiese atrevido a una cosa así. Me parecía que soñaba y casi no me atrevía a hacer ningún comentario por miedo a no estar a la altura de aquellas circunstancias tan maravillosas como inesperadas. Antes de despedirnos le dije:

—¿A que no adivina usted, don Miguel, dónde le vi yo a usted por primera vez?

—¡Cualquiera sabe!... En Madrid seguramente, en algún café, en el Congreso, en algún puesto de libros viejos...

—No, señor..., no fue en Madrid, fue en mi pueblo, en Arenas de San Pedro, hace lo menos doce o catorce años.

No pude decir cosa mejor para acabar de granjearme las simpatías de Unamuno. Si le hubiera dicho que acababa de ganar el Premio Nobel o que descendía directamente de Aristóteles, no me hubiera mirado con más enternecimiento del que

lo hizo, al saber que me había criado en una casa de labor frente a la sierra de Credos. Tampoco a mí me había parecido nunca mi tierra tan hermosa, tan deliciosa y tan única como al escuchar los comentarios de don Miguel de Unamuno que, a través de su verbo tajante y cálido, me permitió redescubrirla.

—Mire usted —me dijo por último—. Un día estaba yo en París con Blasco Ibáñez, oyéndole como quien oye llover, que era lo que hacía siempre porque, no estando conforme con nada de lo que él decía, optaba por callarme. En el momento al que me estoy refiriendo, Blasco hacía un canto a París, cosa a la que era muy aficionado. Al darse cuenta de que yo no le atendía, me tomó por el brazo y me sacó al balcón desde el cual se divisaba toda la avenida de la Opera al anochecer. «¿Qué tiene usted que decir de esto, don Miguel?, —me acució—. Está usted en este momento ante uno de los lugares más bellos del mundo civilizado. Vamos a ver, dígame, ¿qué echa usted aquí de menos?», y ¿sabe usted lo que le respondí?

—No sé, don Miguel... Tantas cosas podía usted haber respondido que, la verdad, no sé.

—Pues le respondí sencillamente esto: «Mire usted, Blasco, echo de menos... ¡Gredos!». Lo más curioso es que se quedó muy extrañado como si le hubiese dicho algún disparate.

Al día siguiente, en la recepción del Ayuntamiento, Unamuno, en lugar de pronunciar un discurso, se limitó a leer una de sus poesías, la dedicada a Salamanca. A mí nunca me había gustado Unamuno como poeta porque, aun pareciéndome su poesía, poesía, en efecto, y de la buena, los versos no me parecían versos. Los encontraba demasiado profundos y carentes por completo de musicalidad. Yo, que me aprendía de memoria con sólo dos lectoras o dos audiciones, los versos de Rubén o de Bécquer, no hubiera podido aprenderme nunca una quarteta de Unamuno. Sin embargo, recitada por él, aquella poesía adquiría su verdadero tono, su verdadera grandeza. A casi todos los oyentes nos pasó lo mismo y todos aplaudimos rabiosamente sacando, además, la conclusión de que los que no hayan oído a Unamuno recitar o leer sus versos no podrán llegar a apreciarlos ni a comprenderlos jamás. Había que oírseles a él y, además, verle erguido, imponente y sentir cómo latía aquel gran corazón bajo el chaleco negro y cerrado, bordeado por el cabezón de la blanca camisa.

Al terminar, y para demostrarnos que al recitar sus versos nos había hecho el mejor obsequio de sí mismo, don Miguel contó con su llaneza habitual la siguiente anécdota:

—Una vez, ya hace bastantes años, un profesor alemán, con el que yo había mantenido correspondencia sobre cuestiones filológicas, vino a verme a España. Paseábamos un día por las afueras de esta ciudad y no sé por qué le enseñé estos versos. El hombre, sin poder contener su asombro, me dijo: «¡Ah!... pero de modo que ¿usted también es poeta?. —Y yo le contesté—: ¿Cómo que si también soy poeta?... También soy... ¡lo otro!».

Y era cierto. Con ser enorme, inmensa, inconmensurable la mente de don Miguel de Unamuno, eran aún más asombrosos su alma y su corazón henchidos y atormentados. Antes que lingüista, filósofo, novelista y antes que coloso del saber, Unamuno era poeta, y así lo revelan no sólo sus versos, sino también su prosa, esa prosa que él calificaba de «seca y dura» pero que es también caliente y emocionante como la de ningún otro escritor de la lengua castellana. Era en su faceta de poeta, más que en ninguna otra, en la que más le gustaba recibir alabanzas. En sus ensayos lo ha dejado dicho:

«Entristece oír que nos celebren lo menos nuestro, tomándonos así como arca de conocimientos y no como espíritus vivos; cómo apenas oír que delante de nuestros hijos naturales, de las flores de nuestro espíritu, todos alaben a los adoptivos, a las meras execraciones de la mente. Por mi parte, cuando amigos officiosos me aconsejan que “haga” lingüística, que concrete mi labor, es cuando con mayor ahínco me pongo a repasar mis pobres poesías, a verter en ellas mi preciosa libertad, la dulce inconcreción de mi espíritu, entonces es cuando con mayor deleite me baño en nubes de misterio».

Aprovechando el magnífico estado de ánimo en que encontré a don Miguel durante aquellos días que pasé en su Salamanca, fui tomando más confianza con él y una tarde en que pude verle, no precisamente a solas pero sí con muy pocos amigos, le pedí que me leyese su poesía titulada *En un cementerio de un lugar castellano*.

—No está mal elegido, no está mal —respondió don Miguel—. Pero vamos a ver, ¿por qué son esos versos, entre todos los míos, los que más le gustan?

—No son los que más me gustan —le respondí—, pero sí los que más me han impresionado. Estoy segura de que, después de oírseles a usted, no los olvidaré jamás.

Aún me parece que estoy oyendo aquella voz un tanto opaca y que decía con acentos sencillos, sin altisonancias pero con una emoción honda que se nos contagiaba y nos sacudía:

*Corral de muertos entre pobres tapias
hechas también de barro,
pobre corral donde la hoz no siega,
sólo una cruz en el desierto campo
señala tu destino.*

*Junto a esas tapias buscan el amparo
del hostigo del cierzo las ovejas
al pasar trashumantes en rebaño,
y en ellas rompen de la vana historia,
como las olas, los rumores vanos.*

*Como un islote en junio
te ciñe el mar dorado
de las espigas que a la brisa ondean
y canta sobre ti la alondra el canto
de la cosecha.*

*Cuando baja en la lluvia el cielo al campo
baja también sobre la santa hierba
donde la hoz no corta,
de tu rincón ¡pobre corral de muertos!
y sienten en sus huesos el reclamo
del riego de la vida.*

*Salvan tus cercas de mampuesto y barro
las aladas semillas,
o te las llevan con piedad los pájaros,
y crecen escondidas amapolas,
clavellinas, magarzas, brezos, cardos,
entre arrumbadas cruces
no más que de las aves libre pasto.*

*Clavan tan sólo en tu maleza brava,
corral sagrado,
para de un alma que sufrió en el mundo
sembrar el grano;
¡luego... sobre esa siembra
barbecho largo!*

*Cerca de ti el camino de los vivos,
no como tú con tapias, no cercado,
por donde van y vienen
ya riendo o llorando
rompiendo con sus risas y sus lloros
el silencio inmortal de tu cercado.*

*Después que lento el sol tomó ya tierra
y sube al cielo el páramo
a la hora del recuerdo
al toque de oraciones y descanso
la tosca cruz de piedra
de tus tapias de barro*

*queda como un guardián que nunca duerme
de la campiña el sueño vigilado.*

*No hay cruz sobre la iglesia de los vivos
en torno de la cual duerme el poblado;
la cruz, cual perro fiel, ampara el sueño
de los muertos al cielo acorralados.
¡Y desde el cielo de la noche, Cristo,
el pastor soberano,
con infinitos ojos centelleantes
recuenta las ovejas del rebaño!
¡Pobre corral de muertos entre tapias
hechas del mismo barro,
sólo una crin, distingue tu destino
en la desierta soledad del campo!*

No tenía intención, al redactar estas cuartillas, de copiar íntegro este gran poema de don Miguel de Unamuno, pero la pluma ha corrido sin darme cuenta y ahora me alegro porque estoy segura de que aquellos de mis lectores que no lo conocieran, me agradecerán que se lo haya mostrado, y aun los que lo sepan de memoria como yo, gustarán de recordarlo ya que son unos versos enjundiosos que cuanto más se leen y se recuerdan, más impresionantes parecen. Además, gracias a esta transcripción, podrá decirse que este pobre libro contiene al menos una cosa buena.

Cuando me hube repuesto de la emoción que la voz de don Miguel había levantado en mi alma, me atreví a decirle:

—Algunos opinan que sus versos, aun siendo muy buenos, carecen de musicalidad, que no se pegan al oído.

—¡Claro!... Como que yo soy un poeta, pero lo que no soy es un tamborilero.

Aquella misma noche hubo teatro en Salamanca. En honor a don Miguel, se había llevado a escena la adaptación teatral, hecha por Julio de Hoyos y profundamente unamuniana, de *Nada menos que todo un hombre*. Yo no había querido ver nunca esta comedia porque las obras teatrales, igual que las películas sacadas de las novelas que me han gustado mucho, siempre me decepcionan. El solo hecho de que los personajes tengan otra cara y otra voz, distintas a las que yo había imaginado, me desconcierta y me quita ilusión.

Pero aquella vez no salí defraudada. La adaptación estaba muy bien hecha y el actor que hacía el papel de protagonista (de ese Alejandro Gómez que es uno de los tipos más humanos y más impresionantes que pluma alguna haya puesto de pie) conseguía una creación que no vacilo en calificar de genial a pesar de que este adjetivo que debería escatimarse como si fuera oro molido, está hoy absolutamente

desprestigiado gracias al abuso que se hace de él en la radio y en los periódicos.

A aquel actor argentino —Enrique de Rosas— debo yo los mejores momentos que he pasado en el teatro y, precisamente, en aquella obra alcanzaba su máxima calidad. Su marcado acento americano, que a nosotros no nos suena demasiado bien y que a veces le perjudicaba, era un mérito más a la sazón puesto que, siendo Alejandro Gómez un indiano, resultaba bien que hablase de aquella manera.

Nada menos que todo un hombre, que convertida en obra de teatro se titulaba *Todo un hombre, nada más*, me pareció un prodigio en aquel momento en que la vi representada por Enrique de Rosas. Luego se la he visto hacer a Vilches, que fue quien la estrenó, y ya me gustó menos. Hacía Vilches un Alejandro Gómez disfrazado de explorador, con un sombrero ancho y un acento tan exagerado y tan de cómico que no le iba nada bien a la comedia.

El indiano que encarnaba Enrique de Rosas resultaba, en cambio, superior incluso al que don Miguel imaginó y que a mí me había impresionado tanto la primera vez que leí la novela.

Unamuno veía la representación desde un palco proscenio. Yo le miré algunas veces, no muchas porque estaba demasiado interesada y conmovida con lo que pasaba en escena, a pesar de sabérmelo de memoria, y siempre que le miré, le vi indiferente y ajeno a la emoción del público, sin ningún interés por aquel actor que a todos nos subyugaba; incluso parecía aburrido y con sueño. Un señor de Salamanca que estaba a mi lado me explicó el secreto de aquella indiferencia que me extrañaba.

—A Unamuno no le ha gustado nunca ni la adaptación, ni las diversas interpretaciones de *Nada menos que todo un hombre*. Tiene manía a esta comedia, quizá porque es la única de sus producciones que le ha dado dinero. Prefiere su teatro, el teatro que hace él directamente.

No cabe duda de que los sabios suelen equivocarse más que los mortales corrientes, y al mismo don Miguel le había oído yo decir que este mundo más que «un valle de lágrimas» es un «valle de equivocaciones». Una de las suyas era considerar mala aquella comedia, adaptación de una de sus novelas y, en cambio, buenas, las que él hacía directamente. Yo vi sólo una que se llamaba, me parece, *El otro*, representada en el Español por Borrás y la Xirgu, y no quiero acordarme del rato que pasé ni de cómo tosían los espectadores. Uno de ellos se marchó antes de bajarse el telón diciendo:

—Prefiero el otro, el otro Unamuno, quiero decir...

Y es que Unamuno era, ante todo, entendimiento, corazón y sabiduría que son tres valores, tres potencias, tres categorías que nada tienen que hacer en el teatro donde sólo es necesario tener gracia, habilidad, tino, medida... «*Aquila non capit muscas*», dice el proverbio latino; y es verdad. Don Miguel de Unamuno era un águila y por eso perdió el tiempo cuando se puso a cazar moscas.

Su última lección

Las fiestas se sucedían en Salamanca y llegó por fin el momento de que se desarrollara la más importante de todas y también la más melancólica, aquella fiesta que consistía en que don Miguel explicase su última lección.

Como era de esperar, aquello no fue una lección de Griego ni muchísimo menos y eso salimos ganando los circunstantes. Apareció don Miguel de Unamuno en el estrado del Paraninfo de la Universidad y tuve ocasión de verle, por primera vez, sin su eterna indumentaria. Lucía solemnemente la toga de profesor con esclavina morada y el birrete, también morado, en la cabeza. A su lado se sentaba el poeta portugués Eugenio de Castro que era un hombre delgado, con ojos melancólicos, del que ya nos había hablado don Miguel en varias ocasiones y concretamente en su libro *Por tierras de Portugal y de España*.

Había querido Unamuno, en aquel día tan memorable para él, rendir homenaje a la tierra portuguesa a la que tanto amaba y de la que con tan delicioso lirismo había tratado en sus escritos, invistiendo doctor *honoris causa* de la Universidad de Salamanca a un altísimo poeta del que don Miguel hizo un encendido elogio, hablándonos al mismo tiempo de Portugal en términos impresionantes:

«Representaseme Portugal —decía Unamuno con voz temblorosa— como una bella y dulce muchacha campesina que, de espaldas a Europa, sentada a orillas del mar, con los descalzos pies en el borde mismo donde la espuma de las gemebundas olas se los baña, los codos hincados en las rodillas y la cara entre las manos, mira cómo el sol se pone en las aguas infinitas. Porque para Portugal el sol no nace nunca: muere siempre en el mar que fue teatro de sus hazañas y cuna y sepulcro de sus glorias. La literatura portuguesa tiene dos notas dominantes, y son la amorosa y la elegiaca. Portugal parece la patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios».

Cuando, terminadas las fiestas, fui a despedirme de don Miguel de Unamuno, lo encontré un poco cansado por aquellos días de ajeteo. Me recibió muy sencillamente y me hizo sentar a su lado junto al brasero de cisco que ardía debajo de la mesa camilla. Nunca había estado tan cerca de él y confieso que me sobrecogí. Aquel marco sencillo y un tanto ramplón, aquel braserito, aquellas faldas de paño que cubrían la mesa redonda, aquel decorado, en fin, tan de clase media española, lejos de restar grandeza a la figura de Unamuno, la mostraban en cambio a mis ojos como más gigantesca e impresionante.

Le había visto muchas veces y en muchos sitios pero nunca tan bien, tan en su salsa, y la imagen aquella de Unamuno recogido junto al brasero, con un libro abierto sobre la mesa y de espaldas a un balcón a través del cual se veían las torres de Salamanca, se grabó en mi mente de tal forma que perdura en ella y perdurará a través de los años.

¿Fue un presentimiento?...

Quizá, porque fue así, tal como yo le estaba viendo, en aquel mismo sitio, en aquella misma postura, como habría de quedarse muerto don Miguel de Unamuno dos años más tarde.

Disimulando mi turbación, le hablé de las fiestas pasadas y especialmente de Eugenio de Castro:

—Me ha dado usted ganas de leer el poema *Constanza*. Claro que, sin saber portugués, no podré sacarle bien el gusto.

—Apréndalo. Cuando interesa la literatura de un país o simplemente una obra literaria, hay que empezar por tomarse el trabajo de aprender la lengua de ese país. Para estudiar y comprender bien a Kierkegaard aprendí yo ¡el danés! Por cierto que, no encontrando en España gramática ni diccionario de tal idioma, tuve que recurrir a Ganivet, quien andaba de diplomático por aquellos países. Le escribí pidiéndole los libros que me hacían falta y me contestó en términos curiosos: «Ahí le mando con mucho gusto algunos libros en danés; pero gramática y diccionario de ningún modo. Lo que no entienda, querido Unamuno, invénteselo. —Ya comprenderá usted que no le hice caso y le contesté lo siguiente—: Para inventar no hace falta el danés ni el chino ni el ruso. Sobra con la lengua madre aunque ésta se posea defectuosamente. Yo no quiero saber danés para inventar, sino para enterarme de lo que han inventado otros». Naturalmente acabó mandándome la gramática y el diccionario y yo acabé aprendiendo el danés.

Don Miguel quedó un momento callado y después continuó:

—Volviendo a donde estábamos, le diré que no es usted sola quien desconoce el portugués. A muchos que presumen de intelectuales les ocurre otro tanto. Los pocos españoles que lo hablan es por casualidad, porque fueron allí a algún negocio o simplemente de veraneo cuando el escudo estaba barato. Pero aprender portugués por gusto, lo que se dice aprenderlo, sólo lo hemos aprendido yo y algún otro. Y es que no es lo mismo cacarear la armonía ibérica que molestarse en conocer el espíritu de nuestros vecinos reflejado en las obras de sus grandes hombres...

Y como don Miguel no se cansaba nunca de contar anécdotas, me contó una que ya había contado algunas otras veces porque, ¡eso sí!, como repetirse... el buen don Miguel se repetía lo suyo. Es la siguiente:

En cierta ocasión un amigo de Unamuno, que viajaba por Portugal, se acercó al despacho del administrador de un hotel, en el que había un cartel redactado en francés, italiano, inglés y alemán.

—Mi amigo, que chapurreaba algo cada uno de estos idiomas pero que, como usted, ignoraba el portugués, se acercó al administrador y le dijo: «¿*Vous parlez français, n'est-ce pas?*; —a lo que contestó el otro—: *Nao, nao falo francés*. —Entonces—: *Lei parla italiano?*; —y el otro—: *Nao, nao...*». Mi amigo formuló la pregunta igualmente en inglés y en alemán pero, como el recepcionista continuaba con el «*nao, nao*, —el hombre se hartó y dijo—: Pues, amigo..., como no sea que hable usted español, por casualidad, me parece que no vamos a poder entendernos. —

Entonces el portugués respondió—: Sí, señor, nos entenderemos porque yo el español, lo comprendo bien». «Magnífico, agregó mi amigo, pero dígame, antes de continuar, una cosa: usted no sabe ni francés ni italiano, ni inglés ni alemán y tiene ahí una recomendación en esas cuatro lenguas. En cambio en la única lengua que usted conoce, fuera de la suya propia, en castellano, no hay letrado, ¿cómo es así?. — A lo que el portugués contestó, en castellano correcto—: Dígame, señor, ¿en qué hotel de España ha visto usted recomendaciones o advertencias en portugués?». Claro que mi amigo pudo muy bien contestarle que ni allí hace falta el español ni aquí el portugués, puesto que podemos entendernos hablando cada cual su lengua. Ahora bien, para digerir unos versos tan exquisitos como los de mi amigo Eugenio de Castro, igual que para saborear a Guerra Jaqueiro, a Camilo Castelo Branco y para comprender bien a Oliveira Martins, no está de más que se moleste usted un poco en trabajar la lengua portuguesa.

—Una de las cosas que más me maravillan de usted, don Miguel, es cómo ha tenido paciencia para aprender solo tantos idiomas. Siempre me acuerdo de aquellos versos de Salvador Rueda en que decía de usted: «Tiene el coro profuso de las lenguas humanas».

—¡No tantas lenguas, no tantas! —me atajó Unamuno— pero sí sé diecisiete o dieciocho si no correctamente, al menos lo bastante bien para enterarme de cuanto en ellas se ha escrito que merezca la pena o el placer de ser leído.

Junto al brasero

Viendo a Unamuno en su casa, junto a la mesa camilla familiar, se comprendía bien aquel amor tierno, caliente y hondo que el gran hombre sentía por su hogar, por su mujer y por sus hijos. Los mejores ratos de su vida, e igualmente los más dolorosos, los había pasado sin duda allí mismo, donde yo le veía, oyendo a los chicos correr por el pasillo y contemplando cómo su Teresa cosía ropita, también junto al brasero, o cómo susurraba avemarias en el cuarto inmediato junto a la cabecera de algún niño enfermo. Y entonces, cuando tenían a algún niño enfermo, don Miguel se olvidaba de la filosofía, de la filología, de la economía, de la sociología, de la ética, de la estética, y de la historia, e incluso de las dieciocho lenguas, y vagaba por la casa como un alma en pena con el corazón rebotante de frases tiernas y sencillas que se convertían después en versos conmovedores:

*¡Dime quién te ha hecho pupa, hijo mío...!
Algún alma negra...*

*¿Ésto dices? ¡Eh mala, malota,
por mi mano mi niño te pega!
Vamos, abre esa boca, querido,
tan rica y tan fresca,
no la aprietes así, que te ahogas,
toma esto, ¡mi prenda!,
tómalo, que si no, te me mueres,
el Coco te lleva...
Mírale cómo viene montado
caballero en su jaca ligera,
caballo con alas
que corre... que vuela.
Un caballo me pides, ¿de carne?
Si tragas la perla
ya verás qué caballo te compro,
caballo que vuela
que te lleve volando, volando
volando, ¡mi prenda!
¿Que te amarga me dices, niño?
Una caja de dulces te espera
mas primero es preciso que te cures
tragando la perla...*

Ante sus hijos se había mostrado siempre Unamuno como un padre cariñoso y jovial, como el más tierno de los padrazos. Hasta muy mayores no sospecharon aquellas criaturas que habían nacido de uno de los sabios más grandes de la tierra ni que aquel papá, asequible y dulce, con facha de campesino robusto que les hacía pajaritas de papel y que les hablaba con tanta sencillez y claridad, era el español más ilustre, pero también el más atormentado, el que menos paz disfrutaba en su corazón, el que se consumía en meditaciones sobre la angustia de la humanidad:

*No me mires a los ojos, hijo mío,
no quiero que me arranques mi secreto,
y cuando yo te falte
sea el veneno de tu pobre vida.
Nunca, nunca la sombra de tu padre
te vele el sol de la alegría dulce.
¿Alegría te dije?
No, no te quiero alegre.
Pues en la tierra
para vivir alegre*

*menester es ser santo o ser imbécil.
De imbécil, Dios te libre
y de santo... ¡no sé qué decirte!*

Cuando yo le vi en el seno de su hogar, en Salamanca, ya era viejo don Miguel de Unamuno. Tenía más de setenta años. Aquellos hijitos, tan tiernamente amados, se habían convertido en hombres y mujeres. Algunos habían muerto. Pero la casa se había poblado de niños nuevamente: los nietos, los hijos de los hijos, inspiraban también a don Miguel bellas y tiernas cosas.

Al despedirme aquel día de Unamuno y aprovechando que estaba de bastante buen humor le pregunté una cosa tonta que tenía yo curiosidad por saber:

—Dígame, don Miguel, ¿por qué no usa usted corbata como todo el mundo?

—Lo más natural —me respondió— sería que preguntara usted a todo el mundo que por qué la usa. La corbata es la única prenda absolutamente inútil de la indumentaria masculina. No ha dado nadie una explicación que justifique su uso y yo me la represento como una reminiscencia del dogal o la cuerda del suplicio.

Nunca más volví a hablar con don Miguel de Unamuno aunque le vi nuevamente en Madrid alguna vez durante el año 1935. Al año siguiente, me acordé mucho de él y pensé a menudo en las angustias que estaría pasando, encerrado en su modesta casa de Salamanca, al ver cómo su España se desangraba. Durante los últimos días de aquel año trágico de 1936, estando yo en París, me tropecé con un escritor francés que volvía de España y que había visitado a don Miguel en Salamanca:

—Está moralmente destrozado —me dijo—. La tragedia de España pesa sobre él como una losa fúnebre. Padece más que todos los españoles juntos, ¡que ya es padecer! En cuanto al físico, está bien. Me ha dicho que nunca ha estado enfermo ni lo está ahora. Sin embargo, temo que su salud se resienta bajo la tempestad que sacude su corazón y su cerebro.

Pocos días después —justamente el 1 de enero de 1937— al abrir un periódico, me encontré con el retrato de don Miguel y unas líneas diciendo que había muerto la víspera en Salamanca.

Nunca había estado enfermo, en efecto, y ni siquiera lo estuvo antes de morir. Sentado junto a la mesa camilla, entre sus libros, tal como yo le recordaba, se había quedado muerto de repente con la cabeza doblada sobre el crucifijo que llevaba siempre colgado del cuello bajo el blanco lienzo de la camisa.

Tal vez momentos antes, al comenzar a sentir el frío de la muerte, sin sospechar que la muerte se acercaba, habría repetido una vez más las palabras vulgares y corrientes que él supo convertir en unos versitos inolvidables:

*Anda, escarba el brasero
que aprieta el frío,
¡qué poco dura el sol en estos días!*

*Y pensar, hijo mío,
que el sol se hará ceniza
y en el cielo, de Dios la frente inmensa,
¡será un momento!*

Junto al brasero, ese braserito doméstico, dulce y modesta calefacción de los españoles, se había quedado muerto don Miguel de Unamuno. Al gran español que vivió agonizando, quiso Dios concederle el regalo de morir sin agonía. El que había sufrido tanto, murió sin tormento y sin dolor. De su pecho no se escapó un jadeo y, tan serena era la expresión del rostro, que sus familiares le creyeron dormido y hablaban en voz baja para no despertarle. Solamente se dieron cuenta de que estaba muerto al notar que, entre las ascuas del brasero que él había mandado escarbar momentos antes, se le estaba quemando un pie.

Descansó Unamuno en paz el día 31, mes de diciembre de 1936.

Era el último hijo que perdía España durante aquel año de prueba.



Josefina Carabias (Arenas de San Pedro, Ávila, 1908 - Madrid, 1980) fue una abogada, escritora, locutora, corresponsal y periodista española. Licenciada en Derecho en 1930. Poco después debuta como periodista en la revista *Estampa*, con una entrevista a la política Victoria Kent, Directora General de Prisiones.

Durante los años treinta fue cronista parlamentaria de los diarios *Ahora* y *La voz*, al tiempo que colaboradora en el primer programa informativo de la radio española: *La palabra*, de Unión Radio. En esta última labor, tuvo ocasión de retransmitir el homenaje a Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca.

Finalizada la Guerra Civil española se incorporó al diario *Informaciones*, para el que trabajó como corresponsal en Washington desde 1954. En 1959 se traslada a París como corresponsal del diario *Ya*. Se dedicó también a la traducción y escribió varios libros de reportajes y biografías.

Estuvo casada con el abogado y economista José Rico Godoy. Su hija Carmen Rico Godoy, también se dedicó al periodismo, y su otra hija, María de las Mercedes Rico Carabias, es diplomática y la primera mujer en ocupar la titularidad de una embajada de España.

Notas

[1] **Pío Baroja** (San Sebastián, 1872-Madrid, 1956). Fue miembro de la llamada generación del 98. Las notas más características de su estilo son la ausencia de retórica, la frase breve y ágil, y la precisión en el tratamiento de los personajes y los paisajes. Entre sus obras destacan la trilogía *Tierra vasca: La casa de Aizgorri* (1900), *El mayorazgo de Labraz* (1903) y *Zalacaín el aventurero* (1909); *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja* (todas de 1904), que integran *La lucha por la vida*; *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911), y *Memorias de un hombre de acción* (1913-1935). Son muy interesantes sus memorias, tituladas *Desde la última vuelta del camino* (a partir de 1944). <<

[2] Estaba en la cárcel. <<

[3] **Ramón María del Valle-Inclán** (Villanueva de Arosa, Pontevedra, 1866-Madrid, 1936). Su obra se sitúa entre el modernismo, que le aportó musicalidad y el sentido de la búsqueda estética, y la llamada generación del 98, con la que coincide en el tema de la preocupación por España. En su obra en prosa hay que citar las *Sonatas* (1902-1905), que narran las aventuras del marqués de Bradomín, y la trilogía *El ruedo ibérico* (1926). Entre su producción dramática cabe destacar la serie *Comedias bárbaras*, integrada por *Águila de blasón* (1907), *Romance de lobos* (1908) y *Cora de plata* (1922); *Dramas palabras* (1920), y los esperpentos *Los cuernos de don Friolera* (1921), *Luces de bohemia* (1924) y *Las galas del difunto* (1927). <<

[4] **Gregorio Marañón** (Madrid, 1887-1960). Este médico y ensayista posee una gran habilidad expositiva y una prosa clara y fluida. Pese a pertenecer a la generación del 98, tiene una visión más optimista de la vida y la historia, y un claro talante liberal e ilustrado, que se refleja en obras como *Vida y decoro de España* o *Ensayos liberales*. Su literatura combina la historia y la sociología con la ciencia médica en obras como *Amiel, un estudio sobre la timidez* (1932) o *El Conde Duque de Olivares o la pasión por mandar* (1936). *Tres ensayos sobre la vida sexual* es su estudio ligado a la profesión médica más destacado. <<

[5] **Ramiro de Maeztu** (Vitoria, 1874-Madrid, 1936). Vinculado desde el comienzo a las líneas fundamentales de la generación del 98, que contribuyó a fijar, no tiene, sin embargo, la importancia literaria de los otros componentes del grupo. Estuvo estrechamente relacionado con la vida política española del momento y llegó a ser diputado monárquico y fundador de Acción Española durante la II República, defendiendo corrientes tradicionalistas resumidas en unidad, patria y fe. Entre sus ensayos políticos destacan *Hacia otra España* (1899) y *Defensa de la Hispanidad* (1934). Otras obras de carácter más literario son *Don Quijote*, *Don Juan* y *La Celestina* (1926) y *La crisis del Humanismo*. <<

[6] **Pastora Imperio** (Sevilla, 1889-Madrid, 1979). Bailaora y cantante española cuyo verdadero nombre era Pastora Rojas Monge. Fue una de la figuras más sobresalientes de la canción y del baile de la primera mitad del siglo xx. Debutó en Madrid en 1904. En 1911, ya famosa, se casó con el torero Rafael Gómez, *El Gallo*, matrimonio que sólo duró un año. Estrenó el *Amor brujo* de Falla en 1915 en el Teatro Lara de Madrid y actuó con gran éxito en Europa y América. Se retiró definitivamente de la escena en 1959 en Barcelona. <<

[7] **Juan Belmonte** (Sevilla, 1892-1962). Matador de toros, hijo de un comerciante de Triana. En 1909 vistió por primera vez el traje de luces en la plaza portuguesa de Elvas. El 16 de octubre de 1913 tomó la alternativa en Madrid de manos de *Machaquito* y con Rafael *El Gallo* como testigo. Constituyó con *Joselito* una de las parejas más populares y contrastadas de la historia de la tauromaquia. Su toreo introdujo una cierta ruptura en la concepción tradicional de la lidia, y sus innovaciones establecieron las bases técnicas del llamado toreo *estilista*. Toreó su última corrida el 22 de septiembre de 1935 y terminó sus días suicidándose. <<

[8] *Juan Belmonte, matador de toros*, M. Chaves Morales, 1935 <<

[9] **Miguel de Unamuno** (Bilbao, 1864 - Salamanca, 1936). Es uno de los representantes de la llamada generación del 98. Estudió en Madrid y se trasladó a Salamanca tras obtener la cátedra de Griego en su Universidad, donde fue rector. En sus obras, de estilo sobrio y preciso, utiliza un lenguaje rico y vivo, que refleja su pensamiento paradójico y polémico. Entre sus novelas, destacan: *Amor y pedagogía* (1902), *Niebla* (1914), *La tía Tula* (1921) y *San Manuel Bueno, mártir* (1933). También fue autor teatral, poeta y notable ensayista, autor de libros como *Vida de don Quijote y Sancho* (1905). <<